

ANTONIO R. RUBIO PLO

50 santos
para llevar
en el bolsillo



RIALP

ANTONIO R. RUBIO PLO

50 SANTOS
PARA LLEVAR
EN EL BOLSILLO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[1. San Agustín](#)

Un viaje al abismo de la conciencia

[2. San Alberto Hurtado](#)

Chiflado por Cristo

[3. San Alberto Magno](#)

El don del discernimiento

[4. Santa Ángela de la Cruz](#)

Una cruz vacía

[5. San Antonio de Padua](#)

Un santo lisboeta

[6. San Antonio María Claret](#)

El purgatorio en palacio

[7. San Benito de Nursia](#)

El último romano y el primer europeo

[8. San Bernardo](#)

La rebeldía de un caballero de Borgoña

[9. Santa Brígida de Suecia](#)

Una espera en Roma

[10. San Buenaventura](#)

Un itinerario hacia Dios

[11. Santa Catalina de Siena](#)

Dulzura, misericordia y oración

[12. San Cayetano](#)

El padre de la providencia

[13. San Charbel Makhlof](#)

El ermitaño del Líbano

[14. Santos Cirilo y Metodio](#)

Dos modelos para la evangelización de Europa

[15. Santo Domingo de Guzmán](#)

Contemplación y predicación

- [16. San Francisco de Asís](#)
Enamorado de la naturaleza, enamorado de Cristo
- [17. San Francisco Javier](#)
Gloria de Dios y glorias humanas
- [18. San Francisco de Sales](#)
Remedios contra la tristeza
- [19. Santa Genoveva Torres Morales](#)
El amor que vence a la soledad
- [20. San Ignacio de Loyola](#)
La buena imaginación
- [21. Santa Isabel de Hungría](#)
Darse a los necesitados
- [22. Santa Isabel de Portugal](#)
La paz entre las espinas
- [23. San José](#)
El hombre de la esperanza
- [24. San José de Calasanz](#)
Piedad y letras
- [25. San Josemaría Escrivá de Balaguer](#)
¡Qué bella eres, Roma!
- [26. San José María Rubio Peralta](#)
Con la fuerza de la oración
- [27. San Juan de Ávila](#)
Un maestro de oración
- [28. San Juan Bautista de la Salle](#)
Almas para formar
- [29. San Juan de la Cruz](#)
¿Adónde te escondiste?
- [30. San Juan de Dios](#)
Una vida inquieta
- [31. San Juan María Vianney](#)
El santo de la perseverancia
- [32. San Juan XXIII](#)
La mansedumbre de David y la sabiduría de Salomón
- [33. San Juan Pablo II](#)
El encuentro con la Roma de los primeros cristianos
- [34. Santa Juana Francisca de Chantal](#)
La humildad unida a la dulzura
- [35. Santa Luisa de Marillac](#)
La caridad de Cristo nos apremia
- [36. Santa Maravillas de Jesús](#)
Junto al Corazón de Cristo
- [37. Santa María Magdalena](#)
Encontré al amor de mi vida
- [38. San Pablo apóstol](#)
Todo empezó en el camino de Damasco
- [39. San Pedro apóstol](#)
El hombre de la promesa

[40. San Pedro Poveda](#)

Mujeres de vida activa y contemplativa

[41. Beata María Pilar Izquierdo Albero](#)

Un amor hasta la locura

[42. San Pío X](#)

Anunciar a Dios en todo momento

[43. Beata Teresa de Calcuta](#)

Aún así

[44. Santa Teresa de Jesús](#)

Nuestra maestra en el amor a Dios

[45. Santa Teresa de Lisieux](#)

La fortaleza de la fragilidad

[46. Santa Teresa Benedicta de la Cruz](#)

La ciencia de la cruz

[47. Santo Tomás de Aquino](#)

El homenaje de la razón a la fe

[48. Santo Tomás Moro](#)

Un amigo para todas las horas

[49. San Vicente de Paúl](#)

Caridad y apostolado

[50. Beato Vladimir Ghika](#)

La liturgia del prójimo

[Créditos](#)

PRÓLOGO

¿Qué pueden tener en común un pescador de la Galilea de hace 2.000 años con una monja de clausura llamada Teresa de Lisieux, o con un lord canciller de Inglaterra llamado Tomás Moro, fiel a Dios y a su conciencia ante el dilema de justificar las arbitrariedades de su rey? ¿Y qué pueden tener en común un místico como san Juan de la Cruz con un teólogo como santo Tomás de Aquino, o con un converso como Pablo de Tarso? El denominador común lo ha sabido poner bien en el candelero Antonio Rubio Plo en estas páginas, que ha titulado *50 santos para llevar en el bolsillo*: se llama santidad; o sea alegría, fe, esperanza y amor. Él mismo me ha contado que no ha querido hacer hagiografías —lo que antes se llamaba vidas de santos—, sino reflexiones sobre episodios vitales o aspectos concretos de su espiritualidad; también me ha hecho otra confidencia: «Este libro no ha de leerse en clave de pasado, porque sus protagonistas nos siguen acompañando hoy, y son un ejemplo para nuestra vida diaria».

La cosa está clarísima. Y lo está desde que comenzó la Iglesia, en la que perdura un lema imprescriptible e imborrable: «Cristo hoy, y siempre, y por todos los siglos». Los santos son luz de Cristo, no otra cosa; por eso su luz ha iluminado la vida de los hombres, ayer, hoy y lo seguirá haciendo por los siglos de los siglos. Lo de menos es si el santo es hombre o mujer, anciano o joven, papa, fundadora o seglar de a pie; lo que importa es que no son ellos. Es Dios en ellos. En medio de los vendavales —no solo históricos, sino también personales— que acompañan ineludiblemente la vida de los hombres, siempre hubo seres diferentes. Parecen iguales a los demás y en muchas cosas lo son; pero son diferentes, aunque no falten manipuladores y enturbiadores que quieran apagar la luz, porque se mueven más a gusto en la oscuridad. A pesar de su empeño en vender a diestro y siniestro mercancías averiadas, es un hecho gozoso y permanente que siempre ha habido seres humanos que no se avienen a pactos ni componendas, que no confunden la verdad con el consenso, que no negocian con la verdad sino que sencillamente se dejan invadir por su esplendor. Eso, y no otra cosa, es lo que significa ser santo.

Vienen a ser los santos —dicen los que saben de tan altas cosas— como las teselas de un mosaico maravilloso que se uniesen para formar, en todos los tiempos, el rostro de Cristo. Unos de estos seres diferentes, santa Maravillas de Jesús, decía simpáticamente que es «gente sin perifollos», que tratan de hacerse, cada segundo de su vida, fotocopia

lo más fiel posible de su modelo original, Jesucristo. Los vendedores de mercancías averiadas tratan de presentarlos con aureola, tañendo cítaras poco menos que en éxtasis permanente y escuchando música celestial. Pero hay pocas cosas que tengan que ver menos con la verdadera realidad de los santos que la música celestial. En la carta 2.843 del proceso de canonización de santa Maravillas de Jesús se lee: «¡Cómo complicamos nosotros la santidad! Y es muy sencilla: [basta] dejarse, confiada y amorosamente, en manos de Dios, queriendo y haciendo a cada momento lo que creemos que Él quiere...» ¡Total, nada! Quien lo crea fácil, pruebe y comprobará que de aureolas, nubes y músicas celestiales, nada de nada. Impresionante realismo, una vida pegada a la cruda realidad, y, eso sí, entrega constante, sacrificios sin condiciones... y dejarse trabajar por Dios. Y la prueba inequívoca, que nunca falla: la alegría.

Charles Péguy escribió: «Nada de lo que es grande —y nada es más grande que el amor— nace como las patatas, sino que es una cuestión de muertes y de resurrecciones». Y otro paisano genial de Péguy, Georges Bernanos, en su *Diario de un cura de aldea*, completa así este mismo pensamiento: «No somos nosotros quienes hemos inventado el amor. Dios es su dueño».

Dios es más que su dueño. Él es el amor, y no otra cosa. Un espléndido escritor, el sacerdote José María Cabodevilla, en uno de sus preciosos libros titulado *Feria de utopías*, bajo el sugerente subtítulo de *Estudio sobre la felicidad humana*, nos dejó lapidariamente sentenciado que «preguntarse qué tiene que ver el dolor con el amor es como preguntarse por qué arde el fuego o por qué la circunferencia es redonda».

Así que, para resumirlo de una vez y en pocas palabras, esto de los santos no es otra cosa que una cuestión de amor. Quizás por eso Antonio Rubio ha querido titular este libro *50 santos para llevar en el bolsillo*. La verdad, imposible encontrar mejor compañía...

MIGUEL ÁNGEL VELASCO
Director del semanario católico
Alfa y Omega

INTRODUCCIÓN

¿Es este un libro de historia o de biografías? Si así fuera, solo se podría decir de él que recrea el pasado. Es un libro de santos, nada más ni nada menos. Habla de personas que vivieron en todos los tiempos, similares a otras que ahora conviven con nosotros. No es un libro sobre un tiempo que ya pasó, porque el cristianismo se caracteriza por ser una religión de eterno presente. La fe cristiana considera que la felicidad empieza aquí y ahora, desde el momento en que el hombre busca estar más cerca de Dios.

Pero los cristianos no están solos en su relación con Dios. Cuentan con la compañía de muchos intercesores que, con su palabra y con su ejemplo, les ayudan a descubrir cada día el rostro de Cristo: son los santos, que trataron de acomodar sus vidas a la imagen de su Maestro. No cabe un cristianismo sin santos. Equivaldría a decir que Dios está solo, cuando, en realidad, Él mismo ha afirmado que «*mis delicias son estar con los hijos de los hombres*» (Pv 8,31). Sin embargo, algunos trataron de descalificar a los santos tachándoles de diosillos a los que dirigir peticiones materiales. Los santos no son otros dioses. Son otros Cristos y quien se acerca a ellos, no se aleja del Dios hecho hombre sino que encuentra a personas cargadas de defectos y debilidades, pero que, lucharon por conformar su existencia a la fe cristiana. La clave de la santidad consiste en querer ser fieles, con todas las fuerzas, pocas o muchas, y la insustituible ayuda de Dios. Lo dice la parábola de los talentos: «*Porque fuiste fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor*»(Mt 25, 31). Los santos son aquellos que han querido olvidarse de sí mismos para abandonarse en las manos de Dios.

Santo y amor son sinónimos. Un santo es alguien que ama a Dios, pero el amor a Dios solo puede medirse con el amor que se ofrece al prójimo, sin distinción alguna. Santo es el que está lleno del amor de Dios y lo transmite a otros con alegría. De ahí que otra forma de conocer a un santo es por su alegría, la misma que Jesús dijo que nadie podría quitar a sus discípulos (Jn 16, 12).

Este libro no es una recopilación de hagiografías, aunque aparezcan abundantes detalles de la existencia de cincuenta santos y beatos de todos los tiempos. No todos son abordados con la misma extensión. Son retazos, forzosamente incompletos, de algunas vidas sacadas de entre una multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus, pueblos y lenguas (Ap 7, 9). El libro se propone despertar el interés del lector para saber más sobre las vidas, el ejemplo o los escritos de los santos. Es además una

invitación a caminar en la presencia de Dios en compañía de los santos. La lectura la compondrán elementos dispares: detalles biográficos, meditación de pasajes de la Escritura, algunas reflexiones históricas o de actualidad, pequeñas anécdotas vividas por el propio autor... Todo es válido para acostumbrarse a tratar a los santos. No olvidemos que el cariño nace de la relación con las personas, y los santos son personas no diferentes de nosotros en tantas cosas. Debemos tratarles con frecuencia para que nos ayuden a caminar, a pesar de las dificultades, con el mismo amor y la misma alegría que caracterizaron sus vidas. Ser amigo de los santos es ser amigo de Dios.

1

SAN AGUSTÍN

UN VIAJE AL ABISMO DE LA CONCIENCIA

Hay mucha gente aficionada a la lectura de biografías. Sin embargo, los grandes personajes históricos suelen quedar distantes para el hombre corriente, incapaz de emular sus gestas, entre otras cosas porque está convencido de vivir en una sociedad muy diferente a la que ellos conocieron. Pese a todo, algunos personajes no solo trascienden los límites de su época sino que nos llevan a interrogarnos sobre nosotros mismos. Este es el caso de san Agustín, que creó un nuevo género literario con *Las Confesiones*. Esta obra supone la entrada del *yo* en la literatura universal, aunque, a diferencia de otros relatos en primera persona, el *yo* llegó de la mano de la humildad y la sencillez, del reconocimiento o confesión de que hay un único Dios del cual procede el hombre. Mil seiscientos años después, no se pueden leer *Las Confesiones* con indiferencia, pues es un libro que nos lleva a inquirir sobre nosotros mismos, a preguntarnos sobre el sentido de la vida, sobre la relación con Dios y con los demás seres humanos a lo largo de nuestro viaje terreno. Seguramente hubo lectores que dejaron el libro al poco de comenzar, pues en sus páginas irrumpe con energía una invitación a renovar la vida, que el hombre tiende a no valorar si no sabe entender lo que es el amor, pese a la aspiración a ser amado que está dentro de cada uno. De hecho, san Agustín es famoso por una cita tomada de su homilía sobre la Primera Carta de San Juan, «*ama y haz lo que quieras*». Si realmente lo haces por amor, puedes hacer lo que quieras. Y lo que produce una cierta tristeza a Agustín es no haber amado antes a Dios. Hubiera querido amarle desde el comienzo, aunque reconoce con toda sinceridad al principio de *Las Confesiones*: «*¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y nueva, tarde te amé!*».

El libro de san Agustín ha estado y está en muchas bibliotecas del mundo, pero probablemente no todos sus propietarios lo leyeron rescatándolo de las estanterías en las que estaba, clasificado o no, entre otros cientos o miles de ejemplares. Me dio que pensar una fotografía de la biblioteca de Thomas Edward Lawrence, más conocido por Lawrence de Arabia, situada en su casita de campo de Cloud Hills. Era una pequeña habitación con unos 1300 libros, desde el suelo hasta el techo, y entre esos volúmenes estaban *Las Confesiones* de san Agustín, en una edición lujosamente encuadernada y limitada a 400 ejemplares, impresa en Londres en 1900. En la portada se ve una imagen del santo obispo de Hipona junto a esta cita de *Lc 15,10*: «*Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no tienen*

necesidad de arrepentirse». El legendario coronel Lawrence contaba entre sus libros favoritos *Los hermanos Karamazov*, *Moby Dick* y *Así hablaba Zaratustra*, tres obras en la que autores y personajes encierran una compleja personalidad, y en las que se palpa la soledad del individuo. Obras de búsqueda para un Lawrence que había escrito: «*En algún lugar existe un Absoluto, es lo único que cuenta, y no acierto a encontrarlo*». Si hubiera leído con detenimiento su ejemplar de *Las Confesiones*, aquel espíritu inquieto quizás hubiera logrado serenarse, pues sus páginas se adentran en el abismo de la conciencia, rebosan sinceridad, y buscan también un Absoluto. Pese a todo, en la tumba de Lawrence, alguien, acaso su madre, mandó grabar estas palabras: «*Vendrá la hora, y ahora es, en que los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán*» (Jn 5, 25).

Quien debió de leer *Las Confesiones* fue Jean Jacques Rousseau, autor de una obra con idéntico título y publicada en 1782, al poco de su muerte. Ambos libros coinciden en la gran sinceridad de sus autores, siempre a la búsqueda de la felicidad, y con ansias rebosantes de amor y de amistad. La gran diferencia entre ellos es que Rousseau no solo desconoce el sentido del pecado sino también el arrepentimiento. Lo importante es desnudar los sentimientos. Quien es vanidoso, no tiene por qué ocultarlo. El filósofo ginebrino aspira a ser juzgado por los hombres, no por Dios, aunque tampoco le interesa el veredicto final desde el momento en que se ha autoproclamado inocente y virtuoso. La felicidad en Rousseau es efímera, pues se aferra a un pasado que nunca volverá, a la nostalgia de la madre, de los días soleados, de los paseos por la montaña... Por el contrario, en san Agustín hay pleno arrepentimiento. Reconoce el mal que ha hecho y que se ha alegrado de hacer, como en el conocido ejemplo de las peras robadas por pura diversión y arrojadas luego a los cerdos. En Rousseau solo vive el presente y el fugaz pasado, mientras que en san Agustín hay un futuro, llamado a ser eterno presente, para el encuentro con un Dios Amor que acoge a los pecadores.

2

SAN ALBERTO HURTADO

CHIFLADO POR CRISTO

Al poco tiempo de la elección del papa Francisco, empecé a profundizar en la vida y los escritos del que acaso sea el más importante santo de la historia de Chile: san Alberto Hurtado, canonizado por Benedicto XVI en 2005. No pocos han visto paralelismos entre el pontífice argentino y el santo chileno, pues ambos comparten la espiritualidad de la compañía de Jesús.

Alberto Hurtado Cruchaga (1901-1952) fue un jesuita joven, apasionado y entusiasta, un auténtico enamorado de Dios y un punto de referencia para quienes ven a Cristo en cualquier persona pobre y necesitada. Desbordaba de amor por Dios, y no es extraño que la frase más repetida —unas doce mil veces— en sus numerosos escritos, sea: «*Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2, 20). Creía que esto se hacía realidad por medio de la Eucaristía, que hace que dos sean uno. Además acostumbraba a recordar a quienes se cruzaba en su camino, a modo de norma suprema de conducta: «*¿Qué haría Cristo si estuviese en mi lugar?*». No es menos significativo que nuestro santo acostumbrara a llamar con cariño y suma delicadeza «patroncitos» a los pobres que no tenían casa, que padecían hambre y frío, y a los que recogería en el Hogar de Cristo, la institución por él fundada en 1944. En aquellos años su camioneta verde recorría las calles de Santiago de Chile buscando a los desposeídos para acogerlos en el Hogar. Después de todo, veía en ellos la imagen del Patrón, Dios, al que también llamaba cariñosamente Patroncito.

Afirmaba que había que dar a los pobres un trato justo, porque son hermanos en Cristo. Los pobres son Cristo y cualquier injusticia cometida con ellos es una bofetada al rostro de Cristo. Desamparar a los más pequeños de nuestros hermanos es desamparar al propio Jesús: «*Se presenta bajo una u otra forma: preso en los encarcelados, herido en un hospital, mendigo en la calle; durmiendo con la forma de un pobre, bajo los puentes de un río*». Estas palabras de san Alberto Hurtado nos siguen interpelando porque a los pobres los tendremos siempre con nosotros (Jn 12, 7), y es lamentable que sucedan escenas como la que oí comentar a dos mendigos que pedían en la puerta de una iglesia. Decían «buenos días» a los que entraban en el templo, pero la gran mayoría agachaba la cabeza y ni siquiera les respondía. O, si respondían el saludo, lo hacían en voz baja como si se avergonzaran de ello. Hay quien da unas monedas a los pobres, pero lo hace sin mirarles a la cara y de forma apresurada. Esa limosna seguramente llega menos a los

pobres que si se hace con naturalidad. A este respecto, san Alberto decía que no solo hay que darse, sino que hay que darse con una sonrisa, y hacer la vida de los que nos rodean sabrosa y agradable.

Muchos santos deben a sus padres su vocación cristiana. En el caso de Alberto, huérfano de padre a los cuatro años, la piedad de su madre, Ana Cruchaga, marcó una huella profunda en su vida desde sus primeros años. También le influyó la atención que, pese a sus escasos recursos, su madre dispensó a los pobres. Nuestro santo conoció el desamparo desde muy niño, al igual que muchas de las personas a las que atendió a lo largo de su existencia. Con todo, Ana no dudó en acogerse a la hospitalidad de unos parientes en Santiago de Chile para sacar adelante a sus hijos Alberto y Miguel. Muchos años después, Alberto recordaría a un joven apesadumbrado por ofender a su madre, que ellas son el gran regalo del Patroncito: debía abrazar fuerte a la suya y pedirle perdón, porque la quería mucho. Él siempre tuvo presente a Ana, una de esas madres cristianas, que tanto saben de sacrificios escondidos y silenciosos, sobrellevados con la alegría de tener un hijo «chiflado por Cristo». Cualquier cristiano que quiera mucho a su madre terrena, suele ser al mismo tiempo un apasionado de la Madre del cielo, pues los hijos que aman al Hijo no pueden separarlo de su Madre. Un mes antes de su muerte, originada por un cáncer de páncreas que no le arrebató su alegría cristiana, Alberto decía a Marta Holley, colaboradora suya en el Hogar de Cristo: *«La Virgen es la «Mamita»... Améla con toda el alma. Es la madre de Cristo y la dispensadora de todas las gracias. Entréguese a ella para que la guíe hacia Dios, siéntase una niña a su lado. Es nuestra madre».*

Su colegio —San Ignacio en Santiago de Chile— influyó mucho en sus decisiones. En él descubrió Alberto su llamada a la compañía de Jesús. Allí conoció al padre Fernando Vives que despertó su interés por la doctrina social de la Iglesia. Con el paso del tiempo, ya jesuita, Alberto recordaría a los jóvenes que le seguían: *«Ser católicos equivale a ser sociales».* Luego llegaría su carrera de leyes, su ordenación sacerdotal y sus años de ampliación de estudios en España y Bélgica, hasta su definitivo regreso a Chile en 1936. Cinco años después, publicó *¿Es Chile un país católico?*, un libro que causó un gran impacto. En su análisis mostraba a una nación con una profunda ignorancia religiosa, con un diez por ciento de asistentes a la misa dominical, pocos religiosos y sacerdotes de origen chileno, y un gran número de pobres en condiciones inhumanas. Este libro hacía hincapié en que Chile necesitaba cristianos de verdad, hombres de bien y chiflados por Cristo. San Alberto estaba denunciando la superficialidad de su época, en muchas cosas nada diferente de la nuestra, con un predominio del egoísmo y del ansia de placeres, con un temor irracional al esfuerzo y sin alegría de vivir. El libro no era un diagnóstico pesimista sino una exhortación a huir de la mediocridad y de la vida fácil, siendo duro duro con uno mismo y blando con los demás.

A lo largo de la década de 1940, en las conferencias y retiros espirituales para señoras que san Alberto pronunciaría con su habitual entusiasmo, que no era mero optimismo sino la alegre conciencia de su filiación divina, tenía siempre en mente el ejemplo de los primeros cristianos, que eran un solo corazón y una sola alma (*Hch* 4, 32): *«¿Cómo se*

salva a un hombre? Amándolo, sufriendo con él, haciéndose uno con él, en el dolor, en su propio sufrimiento. No con discursos, que no cuesta nada pronunciarlos; con sermones que no cambian nuestras vidas; ¡sino con la evidente demostración del amor! La Iglesia no necesita demostradores, sino testigos».

Un ex presidente, el socialista Ricardo Lagos, llegó a calificarle de «nuevo padre de la patria».

3

SAN ALBERTO MAGNO

EL DON DEL DISCERNIMIENTO

«*Sacó muchas cosas del océano infinito de los hechos*». Estas palabras de un filósofo tan crítico como Roger Bacon son el mejor elogio de san Alberto Magno, el teólogo que no despreció los saberes contenidos en los escritos de pensadores no cristianos, desde Aristóteles a Avicena y Maimónides, lo que le ganaría mercedamente el sobrenombre de *Doctor Universalis*. Pero su afán por el estudio venía desde su adolescencia, cuando cambió la carrera de las armas por los estudios en la universidad de Padua. Allí cursó Derecho y Ciencias Naturales, aunque lo que más le atraía eran las ciencias experimentales.

Una de sus principales aportaciones a la cultura occidental y, en definitiva, cristiana, fue el tomar conciencia de la importancia de la obra de Aristóteles, base de la filosofía escolástica. Esta alcanzó sus máximas cotas gracias a uno de sus principales discípulos en Colonia, Tomás de Aquino, perteneciente como él a la orden de los dominicos. Se solía citar a Aristóteles, pero ¿cuántos lo habían leído en su integridad? Para Alberto este interés no era incompatible con su gran conocimiento de las Sagradas Escrituras, y destacará por sus comentarios al evangelio de san Lucas. Sin embargo, consideraba que había que leer a Aristóteles, pues estaba convencido de que allí también encontraría destellos de un Dios que ha dejado su presencia en todas partes. Esto le llevaría a leer la *Metafísica*, la *Física*, la *Ética a Nicómaco* y la *Política*, entre otras obras. Sin embargo, no se limitó a restaurar el pensamiento de Aristóteles sino que se ganó el derecho a interpretarlo. Se ganó su autoridad con esfuerzo, y regresó al punto de partida para convertirse en un gran contemplativo. Las ansias de saber no pueden quedarse en la esterilidad de la autosatisfacción. Lo que importa es hacerlo todo teniendo en cuenta a Dios, tal y como había expuesto el Apóstol: «*Si coméis o bebéis, o hacéis alguna otra cosa, hacedlo para la gloria de Dios*» (1Cor 10, 31). San Alberto lo expresaba en estos términos: «*Querer todo lo que yo quiero para la gloria de Dios, al igual que Dios quiere para su gloria todo lo que Él quiere*».

Su principal don fue el del discernimiento, pues sus estudios le servían para profundizar en la verdad y difundirla entre los hombres. Quien realmente busca la verdad, no tiene ningún temor. Solo pueden tener miedo quienes parten de juicios preconcebidos, los que diseñan primero la teoría y luego tratan de adecuar los hechos, forzosamente si es necesario, de modo que encajen en esa teoría. En cambio, Alberto

demostró ser un auténtico espíritu libre en la investigación, que difícilmente habría encajado en algunos centros de investigación actuales, prisioneros de dogmas ideológicos. Son los que plantearían la pregunta de Pilato, «¿*Qué es la verdad?*» (Jn 19, 35), una cuestión que no aguarda ni desea ninguna respuesta. Son los que niegan que haya que buscar un significado profundo en las cosas, pues lo consideran superfluo e inútil. Son los que hablan de libertad, pero la disfrazan de inseguridad y nunca se plantean llegar a ninguna parte, pues coartaría su libertad. En cambio, Alberto creía haber encontrado su meta en Aquel que dijo: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (Jn 14, 6). Pensaba que la razón, atributo de origen divino, solo podía desarrollar más sus posibilidades si se abría a la Verdad eterna, al Logos que se ha hecho hombre en Cristo.

No cayó, pese a todo, en el error de algunos intelectuales de todos los tiempos. No se volvió huraño y desconfiado por los saberes adquiridos. Nunca es buena señal la sabiduría que nos vuelve escépticos y desconfiados. Acabaremos prisioneros de una mentalidad racionalista y en esa prisión no habrá apenas resquicios por los que se filtre la luminaria de la fe. La preparación intelectual de Alberto iba acompañada de la alegría de ser cristiano y su palabra se revalorizaba con el testimonio de una vida santa. Demostró que mucha ciencia no aleja de Dios, pues todo progreso en las ciencias nos ayuda a conocer más profundamente al Creador y a acercarnos más a Él. En su mentalidad sencilla, Alberto no concebía que pudiera existir ningún conflicto entre la razón y la fe. La razón y la revelación pertenecen a ámbitos diferentes, pero no tienen que estar enfrentadas entre sí. Muchas doctrinas filosóficas y religiosas han caído en el radicalismo por haber separado tajantemente la razón de la fe. Alberto, como gran enamorado de la verdad, supo asumir la ciencia profana e integrarla en una sólida doctrina teológica.

4

SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

UNA CRUZ VACÍA

Uno de los prejuicios anticlericales más extendidos en los países católicos ha sido que las religiosas contemplativas son gente que no quería trabajar y que se refugiaba en los conventos en busca de una vida cómoda y descansada. Esta mentalidad anticlerical viene de lejos. Tenemos el ejemplo histórico de uno de los primeros decretos de la Asamblea Constituyente, durante la Revolución Francesa, que en 1790 suprimió las órdenes religiosas salvo las dedicadas a los hospitales y la enseñanza. Pero ni siquiera la labor asistencial ha quedado a salvo de las críticas anticlericales que, aun reconociendo la práctica de la caridad, subrayaban que los religiosos se cuidaban de que a ellos no les faltase de nada. Pese a todo, surge de vez en cuando en la historia de la Iglesia alguien que consigue dismantelar los prejuicios y obtener incluso el reconocimiento de personas críticas con el cristianismo. Al realizar tareas humanitarias o caritativas, algunos santos han logrado ese reconocimiento, aunque son la excepción, pues una gran mayoría han sido víctimas de incomprensiones, algo que no suele desaparecer con su elevación a los altares. Pese a todo, un cristiano debe ser ejemplar en su conducta, consciente de que no puede esperar el beneplácito de todos. Ni siquiera su Maestro logró librarse del juicio de una generación que consideró a Juan el Bautista como un endemoniado o al propio Jesús como un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores (*Lc 7, 34*). No todos pueden ser la beata Teresa de Calcuta, galardonada con el Premio Nobel de la Paz, ni santa Ángela de la Cruz, a quien el ayuntamiento republicano de Sevilla, a su muerte en 1932, otorgó por unanimidad dar su nombre a la calle donde se ubica su convento.

Pero a santa Ángela le hubieran importado muy poco los reconocimientos externos. Procedía de una familia humilde, de orígenes campesinos, emigrada a Sevilla a mediados del siglo XIX. Sus padres eran personas piadosas, que además trabajaban para el convento de los padres trinitarios. La infancia de Angelita (así la llamaban todos) estuvo vinculado a un ambiente de piedad, que influyó en que, desde muy pequeña, buscara momentos para su oración personal. Sus inquietudes espirituales le movieron a solicitar sucesivamente su admisión en las carmelitas descalzas y en las hijas de la Caridad, si bien no pasó del noviciado por diversos problemas de salud. En consecuencia, se vio forzada a trabajar en un taller de zapatería, pero sin descuidar su vida interior. El padre José Torres Padilla, que la dirigía espiritualmente, intuyó que aquella alma sencilla estaba llamada a una unión más profunda con Dios e incluso a fundar una nueva

institución religiosa, que sería conocida como las hermanas de la Cruz.

Angelita escribirá que en 1873 contempló en su oración la existencia de una cruz vacía junto a la cruz de Jesús en el Calvario. No era ninguna de las cruces de los dos ladrones, colocadas a izquierda y derecha. Se trataba de una cruz vacía, situada enfrente de la del Redentor. Angelita comprendió que ella y las religiosas de su futura institución, debían ocupar la cruz vacía, lo que implicaba una vida llena de oración, y a la vez de sacrificio, concretado en una atención preferente a los pobres. Esta vida implicaba la más costosa de las renunciaciones: la renuncia a uno mismo. A este respecto, la Madre Angelita diría: *«No ser, no querer ser, pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera»*. Una afirmación que se da de bruces con las consignas actuales de autorrealizaciones y autoafirmaciones, que suelen ocultar un ego enfermizo. No era esa la aspiración de la Madre Angelita. Ella buscaba mostrar un amor a la medida del amor de Cristo, recordando que todo lo que hacemos por los más pequeños de nuestros hermanos, lo hacemos por Él (*Mt 25, 40*). Sin embargo, no es difícil atender a los necesitados desde fuera, sin darse uno mismo, y hay muchos ejemplos de gentes que dan cuantiosas limosnas de lo que les sobra (*Mc 12, 44*). Lo que realmente cuesta es atender a los pobres desde dentro, con sacrificio personal. La Madre Angelita diría: *«Si para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, sentirse pobre... ¡qué hermoso sería un Instituto que por amor a Dios abrazara la mayor pobreza!»*. Así fue: las hermanas de la Cruz vivirán la pobreza, el desprendimiento y una santa humildad, unas directrices marcadas por el propio Cristo. Las utilizarán para atender a los necesitados del cuerpo y del espíritu por medio de una institución que desde Sevilla se propagó rápidamente a las zonas rurales de Andalucía y a otras regiones de España.

En la homilía de beatificación de la Madre Angelita, que tuvo lugar en Sevilla el 5 de noviembre de 1982, Juan Pablo II recordó que la labor de las hermanas de la Cruz al servicio del prójimo supone *«una gran reserva de fe para inmolarsen sonriendo, sin pasar factura quitando importancia al propio sacrificio»*. En su testimonio de amor a los necesitados se cumple una vez más este pasaje bíblico: *«Si das tu pan al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía»* (*Is 58, 10*). Esto sucede cuando un cristiano se acerca a las necesidades de sus hermanos los hombres, sin distinción alguna. No la hizo tampoco la Madre Angelita en la España de su tiempo, en la que las diferencias sociales y económicas servían para aumentar una crispación política que desembocó en una devastadora guerra civil. De ahí que la caridad de la Madre fuera una *«caridad de urgencia»*, en expresión de Juan Pablo II, una urgencia a la que podrían aplicarse las palabras de san Pablo: *«El amor de Cristo nos apremia»* (*2 Cor 5, 14*).

Cambian los tiempos y las sociedades, pero al lado de la cruz de Cristo sigue habiendo una cruz vacía, para quienes buscan amar a Jesús y al prójimo, tantas veces mediante el sacrificio humilde y silencioso. Lo practicó la madre Angelita, con la alegría de quienes están muy cerca del Maestro.

5

SAN ANTONIO DE PADUA

UN SANTO LISBOETA

Viví la experiencia inolvidable de pasar unos días en las fiestas de San Antonio, la celebración más popular en Lisboa. Era en la ciudad vieja, junto al castillo de San Jorge y el barrio de Alfama. Noches de fuegos artificiales, bailes, música y cenas al aire libre con la agradable temperatura de junio, donde no faltan las imprescindibles sardinas asadas. Un tiempo de revivir tradiciones asociadas al recuerdo y la intercesión de unos de los santos más populares de la Cristiandad. Devociones, favores e imágenes; presencias en los retablos, en las hornacinas y en la toponimia... Todo sirve para honrar al lisboeta más ilustre que, sin embargo, no es el patrono de Lisboa. En casi todas partes se le conoce como san Antonio de Padua, ciudad en la que desarrolló buena parte de su actividad apostólica y en la que está enterrado. Sin embargo, en Portugal le llaman san Antonio de Lisboa, ciudad en la que nació alrededor de 1195, en una casa junto a las afueras de la urbe medieval. Allí se alza una iglesia dedicada a su memoria. Con todo, es de esperar que la capital portuguesa cuente algún día con una segunda catedral dedicada a san Antonio. Es un proyecto que Juan Pablo II, en su visita de mayo de 1982, deseaba que pudiera reunir a todos los portugueses *«en unidad de fe y armonía de corazones, para la gloria de Dios»*.

Recuerdo que hace unos años, aprovechando los días de las fiestas de san Antonio, se presentó en los cines lisboetas un film italiano, *Antonio, guerrero de Dios*, de Antonello Belluco, realizador procedente del mundo de la publicidad y nacido en Padua. No era exactamente una hagiografía, sino que se resaltaba el papel de san Antonio como defensor de los derechos humanos. Aparecía como el predicador que en sus sermones ejercía una denuncia profética de las injusticias cometidas por los poderosos de su tiempo. También ese fue san Antonio, aunque las circunstancias sociales y políticas de su momento histórico concreto no pueden separarse de un mensaje espiritual lleno de profundas ansias de unión con Dios. No se explica de otra manera su habitual representación con el Niño en brazos, en tantas imágenes en las que solo parece tener ojos para su Jesús, como si estuviera ajeno en esos instantes a todo lo de alrededor. Aquel *«brillante comunicador del Verbo encarnado»*, en expresión de Pío XII, aparece siempre abrazado fuertemente a Jesús. Se siente atraído por el Amor de un Dios que no ha dudado en rebajarse hasta hacerse Niño.

La santidad antoniana tiene una doble dimensión: la fortaleza y la humildad. La

fortaleza de la Palabra de Dios, «*penetrante como espada de dos filos*» (Heb 4, 12), y al mismo tiempo la humildad de quien no pierde la capacidad de asombro y abandono en las manos del Dios amado. La humildad es una manifestación de la fe, pues según nos recuerda el santo en uno de sus sermones: «*Hay que creer amando, abandonándose en Dios*». San Antonio no podía separar la fe de la caridad. Una de las expresiones de su caridad se traducía en el afán de saber y profundizar en la Sagrada Escritura. Al contrario de aquellos sabios que guardan celosamente su saber, san Antonio se consagró al estudio bíblico para alimentar el hambre de amor y felicidad de quienes le rodeaban. Unido a Dios, llegó a ser en su vida terrena un «predicador insigne», y ahora es un «intercesor poderoso», en palabras de la oración colecta de la Misa del 13 de junio.

En san Antonio el gran predicador, hay sencillez, paralela al saber. Hay sencillez porque hay amor, pues su vida responde a una entrega total tras la llamada de Cristo. Tal y como recordaba Juan Pablo II, fue uno de los santos «*enamorados del ideal de la verdad y del amor, movidos por el Espíritu y Cristo*». Ese ideal llevó al joven de la nobleza portuguesa, Fernando de Bulhoes, a convertirse en Antonio, y a abandonar la quietud de los monasterios de Lisboa y Coimbra para hacerse fraile franciscano. Dejó su amada Portugal en busca de una imposible acción misionera en Marruecos. Terminó sus días en Italia con una constante llamada a la conversión, al encuentro personal con un Cristo capaz de enamorar y colmar la vida.

6

SAN ANTONIO MARÍA CLARET

EL PURGATORIO EN PALACIO

¿Puede la literatura, en nombre de la libertad que predica toda creatividad, alterar la imagen de las personas y los acontecimientos? Lo ha hecho muchas veces, y casi nadie se lo ha reprochado, sobre todo si el escritor sintoniza con el sentir generalizado de buena parte de la opinión pública, aunque esta pueda estar desinformada o llena de prejuicios. Lo hizo Ramón María del Valle Inclán en su inconclusa serie de novelas de *El Ruedo Ibérico*, en especial *La Corte de los Milagros*, despiadado esperpento de la corte de Isabel II. El estilo del autor animaliza en sus páginas a personas y cosas, aunque esta visión ha sido ayudada por el amplio juicio negativo sobre la «Reina Castiza», al que contribuyó la revolución de 1868 que la destronó.

El descrédito de la soberana se hizo extensivo, sobre todo en su época, a quienes la rodeaban. Así sucedió con su confesor, el padre Antonio María Claret, fundador de los misioneros del Corazón Inmaculado de María. Aquel religioso tuvo que soportar toda clase de calumnias, por no decir de groseras infamias, por el mero hecho de ser confesor de la reina. Sus enemigos, llenos de todos los excesos del anticlericalismo del siglo XIX, no valoraron al hombre que la Iglesia proclamó santo en el siglo XX. Descalificaron su labor de catequesis, confesión y predicación de ejercicios espirituales dirigida a la reina y su familia por completamente inútil, dada la fama de casquivana de Isabel II. El perdón sacramental fue interpretado como una licencia para que la reina continuara con sus vicios hasta la siguiente absolución. También acusaban al padre Claret, al que pusieron el mote despectivo de «padre clarinete», de pretender influir en las decisiones políticas de la reina. En realidad, el fundador de los claretianos se consideraba mero espectador. Sabía muy bien que el móvil de aquellos dirigentes políticos era la ambición, el orgullo y la codicia. Sin embargo, muchas biografías de Isabel II y no pocas referencias en libros históricos sobre aquel período, han variado muy poco el juicio crítico sobre san Antonio María Claret, difundido más tarde en obras de Galdós y Valle Inclán.

Los tópicos no quieren reconocer que el padre Claret, hasta entonces arzobispo de Santiago de Cuba y con una vida de penalidades y afanes apostólicos en la isla caribeña que estuvieron a punto de costarle la vida, se vio sorprendido por su nombramiento de confesor de Isabel II en 1857. Esto conllevaba su inmediato traslado a Madrid y habría sido una distinción incomparable para muchos. Sin embargo, el santo reconoció en su autobiografía que «*tener que vivir en la Corte y estar continuamente en Palacio es para*

mí un continuo martirio». Sabía que gozaba del aprecio de la soberana y de su familia, y le agradaba la devoción manifestada externamente Isabel II, junto con sus azafatas y camaristas, por la práctica anual de los ejercicios espirituales. A todas ellas recomendaba la lectura de los consejos de su obra más difundida, *El camino recto y seguro para llegar al cielo*, que contiene una variedad de consejos para padres, hijos, jefes, subordinados... Con todo, si de él hubiera dependido, habría abandonado Madrid. Las dos grandes cruces que le habían sido otorgadas, las de Isabel la Católica y la de Carlos III, eran para san Antonio María una mortificación, y no un honor. Al principio evitaba llevarlas, aunque accedió a hacerlo con ocasión de ceremonias señaladas. Sin embargo, el disgusto de estar en la Corte le servía para no dejarse llevar por glorias efímeras, que habrían arrastrado a la mayoría de los que hubieran estado en su lugar. Empleos, destinos y dignidades, acompañados de regalos y otros medios, eran lo que pedían, de palabra o por escrito, las gentes que acudían a las audiencias del palacio real. San Antonio María no se inmutaba ante este desfile de vanidades, que él mismo tenía que soportar de continuo. Es muy posible que sus negativas le crearan enemigos que luego se encargarían de propagar vergonzosas calumnias.

Hubiera sido más sencillo renunciar a su puesto, pero toda una vida de espíritu misionero desaconsejaba la deserción. La fuerza centrífuga de sus pensamientos era contrarrestada por la convicción de que estaba allí en cumplimiento de la voluntad de Dios. Aprovecharía incluso los viajes de la reina y su séquito por distintos lugares de la geografía española para dar doctrina al pueblo. La Mancha, Valencia, Andalucía, Castilla, León, Asturias y Galicia fueron algunos escenarios de sus predicaciones. Un sacerdote que había tratado a gente de tan diversa condición social, en poblaciones de Cataluña, Canarias y Cuba, consideraba a ricos y pobres, a nobles y plebeyos, necesitados por igual. A todos buscaba Jesús, como se puede leer en las páginas del evangelio. «*Jesús era amigo de los Niños, los pobres, los enfermos y los pecadores*» escribió el santo, y en todas las clases sociales hay gente de esas condiciones. Todos están necesitados de afecto humano y consuelo espiritual. Por cierto, solía escribir niños con mayúscula, como queriendo identificar con su Maestro a los sencillos y a quienes no han perdido la inocencia.

7

SAN BENITO DE NURSIA

EL ÚLTIMO ROMANO Y EL PRIMER EUROPEO

San Benito de Nursia, fundador del monacato en Occidente, fue proclamado Patrono de Europa por Pablo VI en 1964. Ante ese título, me imagino que alguien replicaría: *¿Los monasterios, Europa? ¿No son las ciudades, las hijas de Atenas y Roma, más merecedoras de ser llamadas «Europa»? ¿Dónde quedaban las ciudades en la oscura Alta Edad Media?* Habría que recordarle que Benito era un patricio romano, de una de esas ilustres familias que sobrevivieron a la ruina imperial.

Cuando el santo nació, en el año 480, ninguna autoridad había llenado el vacío de Roma. Bandas armadas imponían su ley en la tierra que fue cabeza del mundo. Pese a todo, la familia de Benito le había enviado a la Urbe a los catorce años para cursar una carrera político-administrativa. El joven Benito se llevó una decepción, pues la Roma de comienzos del siglo VI no era una ciudad para personas serias y honestas. No era muy diferente en costumbres a la Roma de algunos Césares del pasado, pese a la pátina de cristianismo que la envolvía. El poder político lo ostentaban los ostrogodos, apegados a un arrianismo negador de la divinidad de Cristo. Era una creencia que degradaba su naturaleza y misión, al favorecer la formación de Iglesias *nacionales*, controladas por el poder. Benito terminaría por abandonar unos estudios en los que no encontraba la auténtica sabiduría, aquella que empieza a percibirse cuando en el alma se va deslizando la sed de Dios. El ambiente romano le asfixiaba, y decidió huir a los montes de Subiaco, junto a los restos de una antigua villa de Nerón, donde creyó haber encontrado la paz en la búsqueda de Dios en medio de la naturaleza.

La vida de los eremitas de los desiertos de Oriente fue trasplantada por Benito a tierras de Occidente, pero ya no era la vida del asceta solitario, sino la de una comunidad, presidida por el abad, un padre, un maestro, al que rodeaban hijos espirituales que eran sus seguidores. En un tiempo en el que la autoridad había decaído en el plano civil y en el político, se echaba de menos una dimensión paterna de la existencia humana, trasunto de un Dios que es Padre, algo que no eran los dioses paganos con todas sus paternidades accidentales, ajenas al verdadero amor. En esa Edad Media, hoy tan denostada y desconocida, la fe y la razón no se separaron, y la oración y el trabajo encontraron su perfecta armonía. Recordaba Juan Pablo II, con motivo del XV centenario del nacimiento de san Benito: *«No es lícito al hombre fiel a Dios olvidarse de lo que es humano: debe ser fiel también al hombre»*. Este comentario resume muy bien el lema

ora et labora: la oración y la acción deben ir juntas. El amor a Dios no puede separarse del amor a los hombres. Una fe que se encerrara en sí misma no es comprensible desde el punto de vista cristiano; una acción sin referencia a la fe, por muy bienintencionada que fuera, termina por volverse estéril.

Benito de Nursia fue santo y maestro de humanidad en una época de crisis y de pérdida de sentido de la existencia. Serán sus monjes, cultivadores de tierras y bibliotecas, los que alumbren un mundo nuevo en la Europa oscura, de tal modo que san Benito fue llamado *el último romano y el primer europeo*. Estas son las raíces de la auténtica Europa, cuyos monasterios benedictinos conservaron las semillas de la cultura aportadas por Jerusalén, Atenas y Roma. Europa surgió así como una comunidad cultural, en la que el cristianismo representa un ideal de plenitud. Sin embargo, los que quieren construir una nueva Europa aferrados al mito de un supuesto progreso y haciendo tabla rasa del pasado, se arriesgan a caer en brazos de la utopía, con lo que esto conlleva de irracionalismo. Se olvidan de que el hombre y el mundo no son perfectos, sino perceptibles. Alguien podría replicarnos que los *ingenieros sociales* que hoy nos adoctrinan son también defensores de la justicia y la paz, ideales compartidos por los cristianos. Pero el problema radica en el contenido de esos ideales. Recordaba Benedicto XVI, al principio de su pontificado, que lo peor que les puede pasar a esos ideales es su indefinición, por lo que es fácil que se deslicen hacia un ámbito de política partidista, entendidos como una exigencia dirigida hacia los otros, y menos como un deber personal en nuestra vida diaria.

8

SAN BERNARDO

LA REBELDÍA DE UN CABALLERO DE BORGOÑA

Hace tiempo conocí a un amigo mexicano que trabajaba para un organismo de las Naciones Unidas de ayuda a los refugiados. Profesor universitario erudito y a la vez persona muy sencilla, me confesó un día que en cuanto se le presentaba la ocasión, marchaba algún que otro fin de semana a residir en la abadía benedictina de Solesmes. Me hablaba de la paz de los monasterios y casi me dio la impresión de que un día estaría dispuesto a cambiarlo todo por el silencio y la tranquilidad del claustro. Por lo que he sabido de él, no lo hizo y siguió en su labor docente e investigadora, aunque en aquellos años me dio por pensar que mi amigo estaba emulando las ansias de Antoine de Saint-Exupéry. Este escritor en su búsqueda de lo Absoluto, en un afán por la verdad que sobrepasaba su ideología de corte niezstcheano, llegaba a imaginar que terminaría su vida en la tranquilidad de un monasterio dejando atrás su carrera paralela de piloto y escritor.

En aquellas conversaciones nocturnas en la habitación de nuestra residencia universitaria, mi amigo me habló de un libro que le había entusiasmado. Era uno de los volúmenes de una trilogía de novelas históricas sobre san Bernardo, el reformador del Císter y que lleva el título de *La familia que alcanzó a Cristo*. En esta novela nos sorprendemos de cómo los padres y los hermanos de Bernardo van abrazando, uno tras otro, el estado religioso. Sucedió esto en un tiempo, el siglo XII, en el que la tarea más urgente en su Borgoña natal parecía ser la de salvaguardar la soberanía de este ducado frente a las ambiciones expansionistas de Francia y del Sacro Imperio Romano Germánico. Leí la novela muchos años después, aprovechando que había sido recomendada como lectura en el colegio de mis hijos. Pero tengo que admitir que no podía entender la actitud de aquella insólita familia. ¿Por qué todos tenían que hacerse monjes? ¿No podía quedarse alguno de ellos sirviendo a Dios en las ocupaciones terrenales que, en su caso concreto, eran poner sus armas de caballero al servicio del duque de Borgoña? De hecho, este mismo argumento lo empleaba en el libro Humbelina, la hermana de Bernardo, para disuadirlo de marchar a la abadía del Císter. Sin embargo, Bernardo no era alguien que huía asustado de las complicaciones del mundo. Por el contrario, su actitud era una forma de rebeldía frente a la secularización de la Iglesia por el Estado. La época de Carlomagno, considerado por muchos como un monarca santo, quedaba lejana y los emperadores alemanes, por no hablar de otros

soberanos cristianos, estaban feudalizando la Iglesia y poniendo en la jerarquía eclesiástica a hombres de su confianza. La autoridad espiritual del Romano Pontífice se vio así cuestionada, y esto abriría el camino para la formación de Iglesias nacionales que no serían la Iglesia universal de Cristo.

Las reformas de los monjes cluniacenses languidecían al cabo de dos siglos, pero Bernardo se proponía volver al origen de la reforma y recordar a sus contemporáneos que *«el hombre no fue creado para ser siervo o soberano sino para ser santo»*. Dejar la gloria de las armas, los torneos y los amores de la Corte representaba un gran sacrificio para todos aquellos nobles que acompañaron a Bernardo al Císter, aunque también era ardua la renuncia de aquellos que vivían para su propia comodidad en la compañía de los libros y con agradables conversaciones con sus amigos. Unos y otros confesarán que su vida en el monasterio transcurre en medio de una paz y una alegría nunca antes conocida. Puede que esto fuera un sentimiento pasajero en algunos, aunque no así en Bernardo que afirma que el secreto de la santidad reside en amar. Por tanto, la vida de un cristiano es un camino para hallar a Dios, fin último para el que los hombres han sido creados. Una vida es muy poco para dedicarla a Dios, es una existencia finita frente al Creador infinito. Pese a todo, Bernardo no se desanima ante la infinita distancia que separa a la creatura del creador y está convencido de que debe entregarse a Dios en su pequeñez: *«Mi vida es la entrega del óbolo de la viuda»*. Aquella viuda que depositó unas pobres monedas en el templo de Jerusalén (Mc 12, 38-44) fue elogiada por Cristo como si hubiera echado más que aquellos ricos que solo depositaban cantidades ingentes de lo que les sobraba.

Toda la doctrina de san Bernardo gira en torno al amor, lo que le convierte en uno de los primeros místicos de la Iglesia. No deja nunca de proclamar que el amor conduce al Amor y no será extraño que medite, al igual que otros muchos santos posteriores, sobre el Cantar de los Cantares. Bernardo terminará siendo un apasionado de Jesús al que dirige estos calificativos: *«miel en la boca, cántico en el oído, júbilo en el corazón»*. Todo esto demuestra que Bernardo es un hombre alegre, con una alegría que brota desde la humildad de su corazón. Su forma de ser nace de una profunda fe en Dios, avivada de continuo por la oración y la contemplación, muy ajena al retórico ejercicio intelectual de algunos teólogos. La preparación intelectual de Bernardo era excelente, si bien acabó encontrando a Dios más en la oración que en los discursos. Llegará finalmente a considerar que el valor de las ciencias profanas es ínfimo en comparación con el de las sagradas. A esta consideración se llega a través de la humildad, cuyo primer requisito es el reconocimiento de la propia miseria. Pero si no diéramos el paso siguiente a la caridad, podríamos dejarnos llevar por la tristeza que, según el escritor argentino Leopoldo Maréchal, es el juego más tramposo del diablo. Es la caridad la que nos lleva a sentir igual piedad por nuestras miserias que por las del prójimo. Gracias a la caridad podemos llorar por nuestras faltas y las de quienes nos rodean. El bien supremo de la caridad nos lleva a una unión con Dios, en la que existe una armonía de voluntades, aunque no una confusión de sustancias. Afirma san Bernardo que la voluntad humana es esencialmente la obra de un amor divino que nos ha creado por pura caridad. Sin

embargo, el pecado trastornó el plan originario de Dios. Fuimos engañados rastreramente al asegurarnos que teníamos que renunciar a nuestro querer propio, cuando en realidad se nos estaba pidiendo que amáramos a Dios en nosotros mismos y en las demás cosas creadas.

9

SANTA BRÍGIDA DE SUECIA

UNA ESPERA EN ROMA

Santa Brígida de Suecia reúne una doble vocación: la de laica casada, madre de ocho hijos, y la de religiosa, fundadora de la Orden del Santísimo Salvador. Casada con Ulf Gudmarson, senador y gobernador de la región de Närke, llegó a ser dama de honor de la reina Blanca de Suecia. Era, por tanto, una mujer situada en lo más alto de la pirámide social de su época. Compartía además inquietudes y prácticas de devoción cristianas con su esposo: la oración, el estudio de la Escritura, la atención a los enfermos en un pequeño hospital fundado por el matrimonio... Aquello era tan solo una preparación para otros destinos más comprometidos que Dios le tenía reservados. De hecho, sería una peregrinación a Santiago de Compostela, en compañía de su marido, lo que realmente le abrió los ojos y le hizo combinar la contemplación con la acción.

A mediados del siglo XIV, la Iglesia conocía lo que vino en llamarse «la cautividad de Babilonia», la prolongada permanencia de los Papas en Aviñón. No solo era cuestión de ubicar la sede papal en una ciudad u otra. La realidad era una tremenda relajación moral y de costumbres, además de un sometimiento de la Iglesia al poder del César, representado en aquella ocasión por el rey de Francia. Santa Brígida conoció además de cerca otros padecimientos físicos y morales de la sociedad de entonces, la de la Europa de la peste negra y de la guerra de los Cien Años. La muerte del esposo, ingresado poco antes en un monasterio cisterciense, no supondría, sin embargo, para Brígida, como en el caso de otras santas viudas, una retirada a la paz del claustro. Había fundado una orden religiosa en su patria, la Orden del Santísimo Salvador, para alabar al Señor y a su Madre y reparar los pecados con la contemplación frecuente de la Pasión. Eran tiempos en los que en la vida de Brígida se multiplicaban las visiones y revelaciones sobrenaturales, acompañadas, lo que no es nada extraño, de frecuentes tentaciones. Entre los textos de esas revelaciones, se puede destacar uno en el que se muestra la medida del amor de Cristo que ama hasta el extremo (*Jn 13, 1*). Benedicto XVI lo recordaba en una de sus catequesis de 2010: «*Amigos míos, yo amo con tanta ternura a mis ovejas que, si fuera posible, quisiera morir muchas otras veces por cada una de ellas con la misma muerte que sufrí para la redención de todas*».

Brígida, al igual que otros santos a lo largo de la historia, conocerá que la voluntad de Dios pasaba por ir a Roma, una Roma huérfana del Papa pero que se aprestaba a acoger a los peregrinos de toda la Cristiandad que llegarían allí en el Año Santo de 1350. La

santa pasaría en la Ciudad Eterna prácticamente el resto de su vida, a excepción de una peregrinación a Tierra Santa en compañía de su hija Catalina, que también alcanzaría la santidad. Bien podría haberle repetido el Señor a Brígida las mismas palabras que a Pablo: *«Ten ánimo, pues igual que has dado testimonio de mí en Jerusalén, así debes darlo también en Roma»* (Hch 21, 11). Dicho testimonio no era una tarea sencilla, pues Brígida no conoció en la tierra la satisfacción que hubiera deseado: el regreso definitivo del Papa a Roma, lo que sí alcanzaría su contemporánea Catalina de Siena. Sin embargo, a diferencia de Catalina, Brígida no puso los pies en Aviñón y se limitó a esperar en Roma contra toda esperanza. Asistió en 1367 al regreso temporal de Urbano V a la Urbe, pero a los pocos meses el Pontífice volvió a Aviñón. Añadamos que la Roma de entonces no era precisamente un ejemplo de rectitud moral. Las palabras de Brígida a la conversión y a la penitencia resultaban incómodas para muchos romanos, pues exhortaba a la reforma moral del pueblo cristiano y del propio clero. A veces recuerdan a las palabras de Jeremías a los habitantes de Jerusalén en los momentos finales del reino de Judá (Jer 5, 1-31).

La espera de Brígida no era pasiva: estaba llena de obras de caridad, oración y penitencia. La voluntad de Dios que la había llevado a Roma la convirtió en una de las doncellas prudentes de la parábola evangélica (Mt 25, 1-13), pues su lámpara estaba permanentemente encendida en espera de la llegada del Esposo. De ahí su amor ardiente por Jesús Crucificado y por la Eucaristía. Aquellos años de Roma fueron de intervenciones sobrenaturales en la vida de santa Brígida, reflejadas en la infinidad de oraciones y testimonios que nos ha dejado. Una de esas oraciones muestra la espera, intensa y amorosa: *«Oh, Señor, ven pronto y alumbra la noche; como suspira el moribundo, así suspiro por Ti»*. Pero también es una espera confiada en quien a la vez es Esposo y Padre: *«Di a mi alma que nada sucede siempre que Tú lo permites y que nada que Tú permites, desconsuela»*. La fe y el amor le hacen también exclamar: *«Vengo a Ti como el herido a su médico. Otorga, oh Señor, paz a mi corazón»*.

10

SAN BUENAVENTURA

UN ITINERARIO HACIA DIOS

Soy de los que aprovechan un viaje al extranjero para entrar en librerías y adquirir libros que no conseguiría de forma inmediata en España, y hay quien aprovecha mi afición para hacerme encargos, como un primo mío en mi primer viaje a París. Me pidió que le consiguiera *La filosofía de San Buenaventura* del filósofo medievalista francés Étienne Gilson. A estas alturas tengo que reconocer que apenas he hojeado el ejemplar que encontré en aquella librería del Barrio Latino. Pese a todo, con el tiempo descubrí a san Buenaventura por medio de Benedicto XVI, autor de una tesis doctoral sobre este santo y su teología de la historia, reeditada al cabo de medio siglo. En ella encontramos una brillante exposición y una claridad de ideas que han sido el fundamento de muchas de las reflexiones teológicas de este pontífice.

La filosofía medieval marca una de las cumbres del pensamiento humano, y corresponde a una época en la que la fe y la razón no circulaban por caminos opuestos. Antes bien, y en expresión de san Buenaventura, la fe era «*amiga de la inteligencia*», aunque ese vínculo empezaría a quebrarse a finales del Medioevo. Desembocaría en una traumática separación a partir de los siglos XVI y XVII, con el triunfo del racionalismo y el fideísmo, de la que el mundo occidental no ha terminado de recuperarse. El racionalismo no consiguió erradicar la fe, aunque ha contribuido, sin ser esa su intención, a debilitar a la propia razón. Tanto es así que el mundo posmoderno de nuestros días, donde ha arraigado el «pensamiento débil», se ha convertido a la vez en enemigo de la fe y de la razón. La posmodernidad nos ha arrojado a una época de eterno presente, en el que la angustia sofoca la felicidad individualista de un supuesto paraíso. Ha convertido la existencia humana en algo estático, en un conformismo en el que nada puede cambiarse. ¿No se parece un poco este panorama al universo inmutable con el que algunos identificaban la mentalidad medieval, tal y como señalaba Gilson en *El espíritu de la filosofía medieval*? No es descabellado afirmar que el mundo posmoderno ha renunciado a la idea de progreso, tal y como la concibieron grandes racionalistas como Condorcet y Hegel. Se complace en el inmovilismo, aunque a veces confunda con el progreso sus múltiples apetencias y deseos, a los que da un toque de solemnidad al considerarlos usos sociales dignos de ser incluidos en el ordenamiento jurídico.

En contraste, el cristianismo no se aferra tanto al presente. Su idea de progreso está marcada por un principio y un fin. Tampoco concibe el eterno retorno de los

acontecimientos con el símil de un monótono girar de una rueda o el de un telar que hace y deshace la obra que acaba de empezar. San Buenaventura, fiel discípulo de san Francisco, creía en la belleza de este mundo y lo comparaba a un poema cantado por un cantor divino. Creía en un Dios providente, opuesto a ese gran relojero mudo e indiferente de algunos filósofos ilustrados. Por el contrario, ese Dios cuida de sus criaturas y las encamina hacia un fin, pues es Bondad y Amor. Es un Dios que envió a su Hijo y lo convirtió en el centro de la historia humana. Esta es la teología de la historia que defiende san Buenaventura, en la que encontramos ecos de la alegría de Francisco de Asís, abierta a las maravillas de lo creado con los ojos del cuerpo y los de la fe.

San Buenaventura se convirtió en ministro general de la Orden franciscana en 1257 y recogió por escrito las tradiciones orales de la vida del santo fundador en la *Legenda maior*. En sus páginas vive el auténtico *Poverello* de Asís. No es alguien al que se querría presentar como un ejemplo de una espiritualidad descarnada, una especie de anunciador de un evangelio del Espíritu Santo para el comienzo de una nueva era en el mundo y en la Iglesia. Este era el pensamiento del franciscano Joaquín de Fiore y de sus seguidores, pero san Buenaventura supo destacar desde el primer momento que solo había un evangelio, el de Cristo, el Hombre Dios que había padecido realmente en la cruz y cuyos estigmas de la Pasión quedaron impresos en san Francisco.

Una de las grandes obras de san Buenaventura, y que escribió en la misma montaña donde Francisco recibió los estigmas de la Pasión, es el *Itinerario de la mente hacia Dios*, libro favorito de un escritor argentino, Leopoldo Marechal. En el período de entreguerras, este autor se sintió atraído por las vanguardias del momento, como el surrealismo con su meca particular de París. Sin embargo, las técnicas literarias, con esa mezcla de novela y ensayo que triunfaría años después en el boom de la novela latinoamericana, no sofocaron su inquietud de búsqueda de lo Absoluto. Marechal siguió siendo un perseguidor de la belleza, pero no cayó en el esteticismo de muchos intelectuales. Su personaje de Adán, en la novela *Adán Buenosayres*, vuelve sus ojos a la imagen de un Cristo con la mano rota en la fachada de la parroquia bonaerense de San Bernardo. Le dice que lo buscó por las huellas peligrosas de la hermosura y extravió los caminos y se demoró en ellos, todo por haber olvidado que «*solo eran caminos, y yo solo un viajero, y tú el fin de mi viaje*». Marechal había asimilado bien la teología de san Buenaventura: la vida es un viaje para el encuentro con un Dios que espera al hombre con los brazos abiertos.

El itinerario de san Buenaventura no contiene fórmulas complejas para acercarse a Dios. Antes bien, el cristiano ha de dejarse llevar por su Creador. Es el momento de la docilidad y de la humildad, y del acompañamiento de la inteligencia por la fe, reflejado en estos incisivos consejos del libro de nuestro santo: «*No basta la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la consideración sin la alegría, la diligencia sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina y el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada*». Acertados consejos de uno de los grandes filósofos de todos los tiempos, que también conocía los límites de la Filosofía, que para un cristiano no es causa sino ocasión en su camino hacia Dios. San

Buenaventura era consciente de que Aristóteles no era infalible, aunque tampoco se quedaría conforme con el afán de estudio del teólogo, con la satisfacción de un erudito que llegara a olvidar la aspiración cristiana a la santidad.

11

SANTA CATALINA DE SIENA

DULZURA, MISERICORDIA Y ORACIÓN

Hace algunos años, en el transcurso de un viaje organizado, visité la ciudad francesa de Aviñón, conocida por ser la sede del papado durante el siglo XIV. Tras un recorrido por el palacio de los Papas, una señora que iba en el viaje me expresó su decepción. No veía la dimensión espiritual del papado por ninguna parte. Habíamos visitado una imponente fortaleza medieval con todas las características de castillo inexpugnable. De hecho, a ningún rey o noble se le ocurrió lanzar a sus tropas contra aquel colosal edificio con tres majestuosas torres. Pero el desmesurado grosor de aquellos bloques de piedra solo podía estar justificado, según mi compañera de viaje, por la avidez de acumular tesoros. Aquella mujer llegaba a la conclusión de que una de las principales ocupaciones de la corte pontificia era tan solo la de contar dinero. Un historiador serio no podría desmentir estas afirmaciones. Textos y documentos de la época nos hablan de un complejo sistema de impuestos o de los préstamos de los banqueros italianos. Nos dicen incluso que Juan XXII (1316-1334) estaba interesado en conocer el secreto de los alquimistas para fabricar oro. Lo único que acerté a responder a la señora es que una mujer, una terciaria dominica, había conseguido que los papas abandonaran aquel castillo para volver a Roma.

La Iglesia está compuesta por seres humanos, con sus luces y sombras. Una realidad presente en el siglo XIV y en el siglo XXI. El Aviñón de los papas conoció la efervescencia de las intrigas políticas y cortesanas pero a la vez la presencia de santa Catalina de Siena, mujer de gran facilidad de palabra y conversación. Atrajo a muchos seguidores, entre los que sobresalió fray Raimundo de Capua que nos ha dejado una apasionada biografía. Las cualidades humanas de esta religiosa brillaron con más intensidad por haberlas puesto al servicio de Cristo.

Es conocido el cariño de santa Catalina por el Papa. Le llamaba «*il dolce Cristo in terra*» pero a muchos no les habrían parecido nada «dulces» los pontífices de aquel tiempo. ¿Podía ser «dulce» un Urbano VI dispuesto a defender su legitimidad de Papa romano por todos los medios contra Clemente VII, su rival francés entronizado en Aviñón? ¿Cómo hablar de «dulzura» en ambientes no siempre propicios para una vida santa? ¿Cómo llamar «cristos» a personas que externamente podían dar otra impresión muy diferente? Sin embargo, santa Catalina no tuvo reparos de exponer en sus escritos los defectos y la mala vida de eclesiásticos de aquel momento. No era, por ejemplo,

ningún secreto a los ojos de los fieles que algunos clérigos ocuparan sus horas con tabernas, juegos y concubinas. Pero a diferencia de los representantes de un «profetismo» ajeno a la caridad o de aquellos que se complacen en la morbosidad, las palabras de santa Catalina responden al propósito manifestado en la Escritura: Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva (Ez 18,21). Santa Catalina señala una raíz de todos los males, algo común a todos los seres humanos con independencia de estado y condición. Esta raíz no es otra que la soberbia, el amor propio. A este respecto señala en su *Diálogo*: «Este amor propio ha envenenado el mundo y al cuerpo místico de la Iglesia y ha convertido en salvaje el jardín de esta esposa». Sin embargo, santa Catalina señalará constantemente en sus escritos que no todo está perdido. El Dios de la paciencia y la misericordia aguarda siempre. Es un Dios que espera vencer a los hombres a fuerza de misericordia.

En esa misericordia de Dios juegan un papel decisivo santos como Catalina. Ella fue también llamada a contribuir a lavar la cara de la Iglesia, la esposa de Cristo con «oraciones, sudores y lágrimas». Santa Catalina es un ejemplo del poder de la oración. No hay otro secreto para el cristiano. Únicamente el poder de la oración puede explicar que la humildad de aquella mujer doblegara la voluntad de Gregorio XI y le persuadiera a volver a la sede de Roma. La oración ayudó además a Santa Catalina a comprender aquello de que la caridad empieza por uno mismo. En efecto, la verdadera caridad es fruto de la vida interior. La santa escribió que los hombres son crueles consigo mismos al privar a su espíritu de la unión con Dios y correr tras inclinaciones que les llevan al pecado. Todo tiene su origen en el desconocimiento de un Dios que ha venido «para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Es sabido que para conocer a las personas hay que tratarlas. De ahí la necesidad de la oración, de la vida interior que es, como diría santa Catalina, «el manjar que ha de alimentar y dar vida al alma». Pero nos equivocáramos al pensar que nuestra santa puso su afecto en consuelos y visiones espirituales. Habría caído así en otra clase de amor propio, el espiritual, que le habría llevado al amargo sabor de la tristeza. Supo recibir la leche y la miel espirituales juntamente con la carne de Cristo crucificado. Porque, en definitiva, es Cristo quien da sentido a toda inquietud espiritual del ser humano.

12

SAN CAYETANO

EL PADRE DE LA PROVIDENCIA

Hay muchos santos de devoción popular, que en sus fiestas reciben la veneración de miles de fieles, capaces de soportar interminables colas para besar sus imágenes. Seguramente muy pocos de esos devotos sepan detalles de la vida del santo, pero todos los que hacen la cola esperan recibir ayuda en sus necesidades. Pese a los pronósticos de algunos sociólogos, estas devociones no languidecen con el paso del tiempo. Antes bien, en épocas de crisis económicas y sociales, el culto a estos santos suele incrementarse, contra toda consideración de mito o fetiche.

Unos de esos santos populares es san Cayetano, fundador en el siglo XVI de los canónigos regulares o teatinos, y conocido como Padre de la Providencia. En algunas tradiciones el santo es dispensador del pan de los pobres, un símbolo de la solicitud por sus necesidades, incluyendo las del cuerpo y del alma, tal y como demostrara en su labor asistencial en Roma, Venecia y Nápoles, las ciudades en que transcurrió su vida. Pero el pan material era para san Cayetano una figura del pan celestial, y abogaba por la comunión frecuente de los fieles, algo totalmente inusitado en aquella época y otras posteriores. A este respecto, decía a sus seguidores: *«No dejéis de luchar hasta ver a los cristianos hambrientos correr para nutrirse del Pan Sagrado»*.

Cayetano fue un destacado estudiante de Leyes en la universidad de Padua y llegó a ser protonotario apostólico en la corte pontificia de Julio II. Podía haber acumulado muchos honores y beneficios en aquella Roma de contrastes entre la riqueza de sus palacios y la miseria de sus suburbios, pero renunció a todo para ser sacerdote y fundar una orden de clérigos que fueran ejemplares y vivieran la pobreza evangélica. En aquel siglo de reformadores abruptos y violentos, Cayetano creía que la mejor reforma era la que empezaba por uno mismo. Con todo, en Roma pasó por uno de los peores momentos de su vida, cuando él y sus compañeros de la orden fueron maltratados y escarneados por los soldados alemanes del emperador Carlos V en el saqueo de la Ciudad Eterna en 1527. Fueron retenidos y se pidió un rescate por ellos, pero finalmente uno de sus captores los dejó huir al considerarlos demasiado pobres para que alguien pudiera interesarse.

En los años siguientes Cayetano desarrolló sus labores caritativas y apostólicas en Nápoles, con la asistencia en hospitales, la creación de un banco popular para realizar préstamos sin intereses y un hogar para prostitutas arrepentidas. En todo momento, el

santo fue apreciado como un artesano de la paz entre bandos enfrentados. Lo había hecho en tiempos de Julio II con una labor mediadora con la república de Venecia y quiso hacerlo entre el pueblo de Nápoles y el virrey español con motivo de una revuelta en 1547. No alcanzó a ver el fruto de su gestión al fallecer el 7 de agosto de aquel año. Pese a todo, los napolitanos estaban convencidos de que la pacificación de la ciudad se debía a su intercesión. Otro motivo más para aumentar su fama de santidad.

Probablemente el lugar del mundo en que la devoción a san Cayetano arrastra a más multitudes sea el santuario erigido en su honor en la barriada bonaerense de Liniers. Cada mes de agosto muchos devotos hacen grandes colas para besar al santo con el Niño Jesús en brazos. El origen del santuario se remonta a finales del siglo XIX con la creación de un convento de las hermanas del Divino Redentor, una escuela de niñas y una capilla, si bien esta última fue sustituida por el templo actual en 1913. Con los años san Cayetano se ha convertido en un santo porteño, y experimentó un fuerte crecimiento de su devoción a partir de la gran crisis económica de los años treinta del siglo pasado. La inestabilidad política, económica y social que afectó durante décadas a la nación argentina ha contribuido a traer ingentes masas de peregrinos al santuario de San Cayetano de Liniers. Es un ejemplo de que todas las crisis no escapan a un trasfondo religioso. En los años en que el papa Francisco fue arzobispo de Buenos Aires, nunca faltó a su cita con los fieles en esta centenaria parroquia. En sus homilias en el santuario no hay referencias a la vida terrena del santo, pero está muy presente su labor como intercesor ante la Providencia divina. Por ejemplo, monseñor Bergoglio solicitaba al santo el 7 de agosto de 2012 que bendijera al pueblo argentino con paz y trabajo. En otra ocasión recordaba cómo san Cayetano lleva al Niño Jesús, y que los fieles son capaces de esperar horas y horas con el fin de contemplar de cerca los dos rostros. Es, sin duda, una expresión de fe popular que predispone a estar más cerca de Dios y sirve para renovar fuerzas y esperanzas. Es una devoción con una grandeza cuyos efectos no deben pasar inadvertidos: reúne a los cristianos en casa del Padre común y es una oportunidad de encuentro entre los hermanos, lo que brinda una oportunidad de servicio. La idea de servicio es consustancial al papa Bergoglio, que recomendaba en la festividad de 2006 que los cristianos deberían, por medio del servicio, lavarse los pies unos a otros, aunque lo más habitual fuera lavarse las manos como Poncio Pilatos, ante la situación de los más necesitados. Pilatos no tuvo grandeza y con aquel gesto, señalaba el cardenal, entró en la historia del ridículo.

El afán de servicio, en el que tanto insiste el papa Francisco, siempre estuvo presente en la vida de san Cayetano, que acostumbraba a repetir: «*El Amor no debe estar ocioso*». Si no está ocioso el Amor con mayúscula, menos deben de estarlo sus seguidores.

13

SAN CHARBEL MAKHLOUF

EL ERMITAÑO DEL LÍBANO

Hace años, a la puerta de una iglesia madrileña, se me acercó un hombre mayor con unas muletas. Tenía la barba y los cabellos blancos, y sus facciones estaban muy demacradas. Me habló en francés para decirme que procedía del Líbano, azotado entonces por una prolongada guerra civil a la que no eran ajenos ni sus vecinos ni las grandes superpotencias. En medio de la sorpresa causada por aquel inesperado encuentro, apenas acerté a darle un poco de conversación y unas monedas. Sin embargo, nunca olvidaré las palabras que me dijo: «*Vous êtes mon frère*». Era un cristiano libanés, de los que han vivido en el país de los cedros durante dos mil años, y han contribuido a dar a esa tierra un aspecto singular de convivencia de etnias y religiones, que han mantenido su armonía a lo largo del tiempo, pese a estallidos ocasionales de conflictos en los que la política ha pretendido mezclarse con la religión. Tampoco ayuda a la percepción externa del Líbano y de los libaneses las categorías que nos hemos formado los occidentales, incapaces de entender que un libanés se considera, ante todo, libanés, o más exactamente, árabe. Su patria no va asociada a su religión, y no puede extrañarnos que un cristiano libanés se sienta solidario con los árabes de su país o de otros lugares de Oriente Medio, aunque estos sean mayoritariamente musulmanes. A este respecto, Benedicto XVI recordó ante los jóvenes libaneses, en su viaje apostólico de septiembre de 2012, que la auténtica belleza del Líbano se encuentra en su bella simbiosis entre cristianos y musulmanes. Quizás esto pueda explicar que muchos musulmanes hayan considerado como un hombre santo a Charbel Makhlof, un monje y ermitaño cristiano, que vivió entre 1828 y 1898. Fue canonizado por Pablo VI el 16 de octubre de 1977.

El Líbano es una tierra privilegiada, visitada por el propio Jesús que, pese a desarrollar toda su actividad en Palestina, quiso también llegar a los confines de Tiro y Sidón. Allí fue testigo de la fe de una mujer sirofenicia de nación que le imploraba la curación de su hija, con una constancia mayor que la de bastantes israelitas (*Mc 7, 25-30*). Ese recuerdo del paso de Cristo por su país ha acompañado a generaciones de libaneses. También estuvo presente en la vida de san Charbel, nacido en un hogar profundamente cristiano, en el que la madre fue la principal transmisora de la fe. Esta madre, piadosa y mortificada, aceptó que su hijo ingresara en un monasterio, pues estaba convencida, como ella misma reconoció, de la vocación de su hijo y de que sería un buen religioso. De no haberlo creído así, no hubiera aprobado su decisión. Antes bien, le dijo: «*Que*

Dios te bendiga, hijo mío, y haga de ti un santo». Con todo, la vida monástica no fue suficiente para Charbel que, tras pasar dieciséis años en una comunidad, se convirtió en ermitaño durante los últimos veintitrés años de su vida, enlazando así con una tradición de vida eremítica presente en Oriente desde el siglo IV.

La decisión de hacerse ermitaño puede resultar incomprensible desde un punto de vista meramente humano. El propio Pablo VI, en la homilía de canonización, salió al paso de lo que habría opinado cierta psicología moderna, que consideraría la actitud del ermitaño como una renuncia a la vida y a la libertad. Por el contrario, desde el punto de vista de la fe, la existencia de Charbel estuvo marcada por la búsqueda de Dios en el silencio contemplativo, pero sin dejar de estar abierto a la caridad con el prójimo. De hecho, sus contemporáneos, por encima de todos los credos, le veneraban como un médico de almas y cuerpos. Hoy sigue siendo un santo con fama de milagroso entre los libaneses de su patria y de la diáspora. Sin embargo, Charbel nunca buscó el reconocimiento externo. Se asemejaba a Moisés en el Sinaí, que subía a la montaña para hablar con Dios como se habla como un amigo (*Ex 33, 11*). Al igual que el profeta bíblico, nuestro santo conoció la soledad del desierto, una soledad no equivalente a la tranquilidad de estar libre de desánimos y tentaciones. La aceptó con el propósito de que Dios le hablara en su interior, pues bien sabía él, que había sido pastor de niño, que el Señor era su mejor pastor en el camino a la tierra prometida. Además quiso acogerse a la protección de la Virgen María, muy querida en tierras libanesas. Su amor se había fortalecido además con la meditación de los escritos marianos de san Alfonso María de Liguori.

Pablo VI calificó a Charbel de *«artesano paradójico de la paz»*, pues la encontró retirándose del mundo y buscándola en Dios. De ahí que sea recomendable orar a este santo para pedir por la paz en el Líbano y en todo el Oriente Medio, donde los cristianos son minoría y experimentan la tentación de emigrar. Es un buen intercesor para la paz y la concordia entre las diferentes confesiones religiosas, pues no debemos olvidar que la historia del pueblo libanés es una demostración, pese a las esporádicas convulsiones políticas, de que se puede respetar el derecho de las personas a la libertad religiosa.

14

SANTOS CIRILO Y METODIO

DOS MODELOS PARA LA EVANGELIZACIÓN DE EUROPA

Se escribieron muchos libros y se redactaron infinidad de artículos al poco tiempo de la caída de los regímenes comunistas europeos iniciada en 1989. En algunos de estos escritos se pretendía explicar los hechos por la fuerza del azar; en otros por la superioridad del capitalismo liberal o por la influencia del mensaje universal de respeto a los derechos humanos. Años después, aquellos acontecimientos se han vuelto lejanos y hasta cierto punto incomprensibles. La implantación de los regímenes comunistas se ha explicado desde la defensa de unos ideales sociopolíticos, elevados a la categoría de nueva religión, que buscaban la transformación de la sociedad. Sin embargo, cuando los ideales están vacíos de contenido o se han apagado, la única ley imperante es la de la supervivencia individual. Existirá una ética formal en todo sistema político pero esta no es suficiente para luchar contra la corrupción, una enfermedad perfectamente compatible con las estadísticas de los buenos resultados económicos globales.

Gorbachov, Walesa o Havel pasaron a ser personajes de los libros de historia, quizás desde hace años, cuando dejaron de ser alternativa para el futuro político en sus respectivos países. De hecho, el pasado reciente, con tintes heroicos, de la Europa central y oriental corre el riesgo de quedar sepultado por el consumismo banal y frívolo importado de Occidente. Este ha prendido en las nuevas generaciones y pretende sepultar no solo el pasado comunista, que a veces revive en una idealizada nostalgia, sino también las tradiciones cristianas integrantes de su historia. Sin embargo, la esperanza puede estar agazapada en los detalles pequeños, por ejemplo, en el efusivo y alegre saludo que los fieles ortodoxos se intercambian en cualquier lugar durante la Pascua de Resurrección: «*Cristo ha resucitado*», «*Verdaderamente ha resucitado*». ¿Cuántos de nosotros, católicos occidentales, proclamamos este mensaje a voz en grito?

Juan Pablo II, hombre de esperanza y siempre atento al mensaje de Dios en medio de los avatares del mundo, proclamó en 1980 patronos de Europa a los santos Cirilo y Metodio, dos hermanos evangelizadores de los pueblos eslavos en el siglo IX. Otra contribución de un papa santo a la construcción de una Europa que tiene que respirar con sus dos pulmones, como acostumbraba a decir. Además los católicos occidentales celebramos su fiesta el 14 de febrero, al igual que los católicos de las iglesias orientales. Cirilo y Metodio son un ejemplo para esa nueva evangelización de Europa que no entienden ni los pesimistas ni los nostálgicos de una Edad Media elevada a la categoría

de utopía. Imitar los modelos de otro tiempo no es una buena guía para el momento presente. Las buenas intenciones, poco fundamentadas histórica y racionalmente, acaso servirían para resucitar el asfixiante legalismo de la Florencia de Savonarola, por no decir el de la Ginebra de Calvino.

Lo cierto es que muchos cristianos se desaniman porque piensan que el mundo se aleja cada vez más de Dios y su melancolía les hace incapaces de percibir que las flores crecen incluso entre el estiércol. Recuerdo que un escritor rumano en el exilio presentaba el París de finales del siglo XIX como una especie de «nueva Babilonia» pero sus penetrantes análisis no le dejaban apreciar la descomunal fe de los impulsores de otro de los símbolos de la ciudad, construido en aquella época: la basílica del Sacré Coeur de Montmartre. Es un sitio único en el mundo, donde la adoración eucarística es continua desde hace más de un siglo. Y es que los cristianos no deberíamos dejarnos ganar por el miedo y meditar con frecuencia las palabras que Jesús dirige a los Apóstoles, poco antes de la Ascensión: *«A los que crean acompañarán estas señales: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes y, si beben algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados»* (Mc 16, 17-18). Vale la pena recordar el comienzo de la cita evangélica: esto les sucederá a *«los que crean»*.

Cirilo y Metodio eran hombres de estudio y oración. Hijos de un rico magistrado de Salónica, los dos hermanos cambiaron un destino que les hubiera llevado a altos cargos en la administración bizantina. Les atraía la vida monástica y si de ellos hubiera dependido, habrían pasado sus días dedicados a la contemplación en algún monasterio del Bósforo o del monte Olimpo. Pero tanto el emperador bizantino como el papa serían los instrumentos que les mostraron la voluntad de Dios: llevar el evangelio a otros pueblos. Primero fueron los jázaros, habitantes de las regiones al norte del mar Negro entre el Don y el Cáucaso, sometidos a la influencia del judaísmo y el islamismo. Después serían los pueblos eslavos, pues Cirilo y Metodio conocían correctamente su lengua. Los eslavos no tenían una literatura propia y los dos hermanos aprovecharon esta circunstancia para crear un alfabeto adaptado a las exigencias fonéticas eslavas. Expresarían en ese alfabeto cirílico los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las Cartas de san Pablo que ellos mismos tradujeron al eslavo. El papa Adriano II autorizó el uso de la lengua eslava en la liturgia cuando los dos hermanos llegaron a Roma hacia el 867. Cirilo murió un año después en la Ciudad Eterna y está enterrado en la iglesia de San Clemente, por decisión expresa del papa. Una circunstancia más que hace a san Cirilo un excelente patrón para el ecumenismo. ¿Cuántos peregrinos ortodoxos, y en particular de Bulgaria, no se han acercado hasta su tumba en su visita a la Urbe?

Se dice que antes de morir, Cirilo exhortó a su hermano Metodio a continuar con su labor evangelizadora, pese a conocer sus deseos de volver a la vida monástica. Metodio continuaría con la predicación y viviría para acabar casi por completo la traducción eslava del Antiguo Testamento. Ambos hermanos hicieron suyo el consejo de san Pablo de *«hacerse a todo para ganar a todos»* (1 Cor, 9, 19). Tenían el auténtico don de lenguas que todos los cristianos deberían pedir.

Pese a las apariencias externas, no pensemos que Europa está condenada irreversiblemente a dejar de ser cristiana. Recordemos la oración de Juan Pablo II al final de la encíclica *Slavorum apostoli*: «¡El futuro! Por más que pueda aparecer humanamente grávido de amenazas e incertidumbres, lo ponemos con confianza en tus manos padre Celestial, invocando la intercesión de la Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia (...) y la de todos los evangelizadores de Europa, los cuales fuertes en la fe, en la esperanza y en la caridad anunciaron a nuestros padres tu salvación y tu paz, y con los trabajos de su siembra espiritual comenzaron la construcción de la civilización del amor...»

15

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

CONTEMPLACIÓN Y PREDICACIÓN

Alguien que conoció al fundador de la orden de Predicadores, santo Domingo de Guzmán, lo definió certeramente con estas palabras: «*De día, nadie más comunicativo y alegre. De noche, nadie más dedicado a la oración y la meditación*». Se cuenta que Domingo pasaba muchas noches en vela orando y cuando se encontraba cansado se dejaba vencer por el sueño al pie del altar de una iglesia, o apoyaba la cabeza en una piedra del camino, al igual que el patriarca Jacob en su viaje (*Gn 28, 10-19*). Estaba convencido de que Dios estaba allí para sostenerlo en todas sus empresas.

Las iglesias románicas, que conoció nuestro santo, eran, desde luego, mucho más sobrias que las edificadas en siglos posteriores, cuando la ornamentación barroca, un tanto exagerada para nuestros gustos actuales, quería ser a la vez un desbordante acto de alabanza a Dios y un instrumento de pedagogía para unos fieles que necesitan ser instruidos con la Palabra. Recuerdo una visita, un tanto apresurada por ser hora de cierre, a la iglesia de Santo Domingo en Granada, situada en el barrio del Realejo, donde contemplé un retablo dedicado al santo con sus columnas salomónicas de color rojizo y profusas en decoración. Allí se encuentra una hornacina acristalada con un santo Domingo de tamaño natural, aunque las proporciones no facilitan que el santo resalte a la vista del espectador: llama más la atención la imagen de un *Ecce Homo* maniatado, conocido como el Señor de la humildad. Pensé que era una buena compañía para un santo Domingo que quería estar día y noche muy cerca de su Señor.

A lo largo de la historia del cristianismo siempre ha existido la controversia de si debe primar la acción sobre la contemplación. Se trata de un debate estéril porque los grandes contemplativos, como santo Domingo de Guzmán, han sido al mismo tiempo muy activos. En el evangelio de Mateo (12, 34), que el fundador de los dominicos conocía prácticamente de memoria, leemos: «*De la abundancia del corazón habla la boca*». En consecuencia, el predicador debe hablar con Dios y de Dios. Un teólogo que no fuera contemplativo, incurriría en una grave contradicción, y sus saberes terminarían siendo más humanos que divinos.

Santo Domingo desbordaba de piedad y, a la vez, se prodigaba en atenciones entre los que le rodeaban, y de modo especial hacia los pobres y necesitados en lo material y en lo espiritual. En efecto, la orden de predicadores surgió para ir al encuentro del otro. Eran religiosos itinerantes que vivían pobremente, aunque al mismo tiempo procuraban tener

una buena formación teológica. Santo Domingo apenas escribió nada, pero de su orden saldrían grandes teólogos como san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino. La predicación en los dominicos es un acto supremo de caridad porque uno de los mayores enemigos de la religión es la ignorancia. Y esta, a su vez, puede ser origen de graves errores sobre la naturaleza del cristianismo. No es extraño que en el siglo XIII proliferaran, sobre todo en el sur de Francia y norte de Italia, doctrinas como la de los albigenses o cátaros.

Los albigenses surgieron como un movimiento de renovación espiritual, un intento de restaurar la pureza primitiva de la Iglesia, pero cayeron en un rigor espiritualista, muy poco humano. Al considerar que en el mundo había una continua lucha entre los principios del bien y del mal, creían que la materia procedía del principio del mal. Así, terminaron por negar la encarnación de Cristo e incluso los sacramentos, entre ellos el matrimonio, elevado por Cristo a la dignidad de sacramento (*Ef 5, 22-33*). Con todo, resultaban atractivos para mucha gente por preconizar una vida pobre y austera, todo un contraste con la situación de algunos clérigos de la época. A santo Domingo, que viajaba por el sur de Francia en compañía del obispo del Burgo de Osma, Diego de Acebes, le apenó que los albigenses hubieran atraído a sus doctrinas a mucha gente. Regresaban de una misión enviada a Dinamarca por el rey castellano Alfonso VIII para concertar el matrimonio del príncipe heredero Fernando con una princesa del país nórdico, si bien esta eligió finalmente la vida monástica. Su paso por Montpellier les demostró el alcance que había tenido la propagación de las ideas albigenses. Esto sería a la vez el punto de partida para que Domingo no regresara a su canonjía de la catedral de Osma y fundara una nueva orden religiosa, dedicada a la contemplación y a la predicación. La orden no encontró un camino fácil para ser aceptada en Roma, en un tiempo de proliferación de nuevas instituciones religiosas, pero consiguió en 1218 su aprobación definitiva por el papa Honorio III. Los frailes predicadores, luego conocidos como dominicos, tendrían el celo misionero de santo Domingo, aunque a la vez su acción se sustentaría en el fundamento del estudio contemplativo de las verdades de la fe cristiana. Es una exigencia necesaria para comunicar a los demás el fruto de su propia contemplación.

La alegría interior nacida del trato con Cristo, unida a una vida pobre y austera, caracterizarían a Domingo y a sus seguidores. Tenían que predicar desde el amor, y la orden dominica se veía reflejada en el lema *caritas veritatis*, una expresión que matiza el amor por la verdad, nacida del estudio, y conlleva el rechazo a la búsqueda fría o académica de conocimiento. Hay que poner el corazón en la predicación y no olvidar que únicamente la persona es destinataria del amor. Lo cierto es que a santo Domingo le inspiraban compasión aquellos que se habían dejado llevar por el espiritualismo albigense. La actitud de nuestro santo no difiere de la que expuso Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*: «*Defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad*».

Por lo demás, tras mi visita a la iglesia granadina de Santo Domingo, me quedó el recuerdo de un impresionante camarín barroco, dedicado a la Virgen del Rosario, copatrona de la ciudad andaluza. El rosario es la gran devoción mariana difundida por

santo Domingo, una repetición del saludo del ángel a María y de la bendición recibida de su prima Isabel. El rosario representa una corona de rosas entregadas a la Madre de Dios, si bien esta repetición de alabanzas no haya sido a veces comprendida y se la haya tachado de mecánica o monótona. En realidad, el rosario responde al «*clama, no ceses*» (Is 58, 1) o al «*orad sin cesar*» de san Pablo (Ef 6, 28) con el que tantos cristianos se dirigen de forma insistente a Dios y a su Madre, la mejor de las intercesoras. Cuando no se encuentran las palabras adecuadas o estamos fatigados, ¿qué mejor manera de rezar que entonando alabanzas a María? Pero además, tal y como resaltara Juan Pablo II, el rosario es una oración marcadamente contemplativa. Los misterios de la vida de Cristo y de María son el centro de esta oración mariana, puesta en nuestros dedos para aumentar nuestra fe, esperanza y amor.

16

SAN FRANCISCO DE ASÍS

ENAMORADO DE LA NATURALEZA, ENAMORADO DE CRISTO

Armonías del bosque y serenidad de la noche estrellada, cantos de pájaros y susurros de manantiales. En el Renacimiento era la novela pastoril y la nostalgia de la Arcadia feliz; en el Romanticismo, los poemas cantaban a las tormentas y al claro de luna. La cuestión siempre ha sido evadirse, convertirse en un enamorado de la naturaleza para escapar de las preocupaciones de la tediosa vida cotidiana. Nuestra sociedad ha cambiado poco en ese aspecto y sigue con las mismas inclinaciones escapistas de épocas anteriores. El posmodernismo del «hombre-presente» lleva en su ensimismamiento una huida de la realidad. Muchos dicen añorar la supuesta paz de la naturaleza, aunque luego confiesen su incapacidad para vivir lejos de las comodidades urbanas. Seguramente algunos de esos enamorados de la naturaleza harían un elogio de san Francisco de Asís, aunque solo admirarían al Francisco de los pájaros y del lobo manso e ignorarían al *Poverello* imitador de Cristo. Despojarían al santo de su aureola y caerían en el trillado y estéril camino de un «franciscanismo» nada cristiano, que busca, en expresión del papa Francisco, «una especie de armonía panteísta con las energías del cosmos».

Esa mentalidad, que tergiversa el mensaje de san Francisco, insiste machaconamente en el amor a la naturaleza hasta el extremo de mostrar poco aprecio por el ser humano, y suele caer con facilidad en la tentación de achacarle la exclusiva responsabilidad de haber destrozado la naturaleza. La naturaleza, elevada al rango de divinidad, importaría más que el propio hombre, algo que está lejos del equilibrio que se pretende defender.

Sin embargo, san Francisco no veía en la naturaleza un fin en sí mismo: las cosas creadas muestran la mano del Creador. La naturaleza es un medio para descubrir a Dios, tal y como nos dice el salmo 18: «*Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento la obra de sus manos*». La naturaleza es, por tanto, una manifestación de la presencia de Dios. Chesterton, en su apasionado libro sobre san Francisco, nos dice: «*A san Francisco no le gustaba ver en el bosque una confusa masa de árboles. Necesitaba ver cada árbol como cosa distinta y casi sagrada, por ser criatura de Dios, y, por lo tanto, hermano o hermana del hombre... No llamó madre a la Naturaleza; llamaba hermano a un determinado gorrión o jumento*». No obstante, la naturaleza difícilmente ayudará a nadie a descubrir a Dios si no lo ha descubierto previamente en su corazón. La sed de Dios no se apaga con la lectura del libro de la naturaleza. La Teología natural o Teodicea nos hablará de Dios aunque no puede decirnos nada acerca de Cristo. San

Francisco amaba la naturaleza porque amaba a Dios, un Dios personal que no se había limitado a crear el mundo. Sus entrañas de padre y madre le llevaron a compadecerse de los hombres y hacerse hombre Él mismo. Ese Dios hombre era el verdadero amor de Francisco de Asís.

A Francisco Bernardone, hijo de un acaudalado comerciante, le llamaba la atención que Cristo, siendo rico, se despojara de su riqueza. Así fue desde su venida al mundo en aquel pesebre de Belén, una imagen que el propio san Francisco pondría en escena en la ermita de Greccio en 1223, lo que dio lugar a la tradición de los nacimientos navideños. Un Niño Dios, pobre e indefenso, nada tenía que ver con los viejos dioses identificados con las fuerzas de la naturaleza. No era una mecánica divinidad panteísta sino un niño como los demás. Los truenos o las lluvias torrenciales, presentes en la no tan pacífica naturaleza, asustan al hombre. Un niño recién nacido no solo no le asusta sino que hasta puede hacerle sonreír. Tal es el Dios amado por san Francisco.

Sin embargo, Dios no vino a la Tierra solo para ser niño. Vino a rescatar al hombre y únicamente podía hacerlo al precio de su propia sangre, un precio para cancelar la deuda del pecado clavándola en la cruz. San Francisco se abrazó también a la cruz de los padecimientos físicos y morales, y poco antes de morir, mereció ver reproducidas en su cuerpo las llagas de la pasión de Cristo. El imitador de Cristo se transformó progresivamente en espejo de Cristo. Pero era imitador de Cristo por amor. Como al apóstol Pablo, a Francisco le apremiaba el amor de Cristo (2 Cor 5, 14). Respondió además a ese amor con el amor a la Iglesia, la Esposa de su Señor. Nada quería hacer al margen de Pedro: por eso visitó al papa Inocencio III para la aprobación de su Regla. *Ubi Petrus, ibi Franciscus*. En definitiva, Francisco era un cristiano enamorado de Cristo, que es mucho más que un enamorado de la naturaleza.

SAN FRANCISCO JAVIER

GLORIA DE DIOS Y GLORIAS HUMANAS

En 1525 la universidad de La Sorbona se estaba convirtiendo progresivamente en un hervidero de teorías políticas y religiosas. Aquel viejo centro del saber medieval no era ajeno a las agitaciones del espíritu que barrían entonces Europa, comenzando por la Alemania de la Reforma luterana. Violencia en los espíritus y violencia en los cuerpos. La historia europea del siglo XVI, prolongada después en la Guerra de los Treinta Años, sería un entramado de guerras interestatales y guerras civiles, en las que los ideales políticos y religiosos se entremezclaban y confundían con suma facilidad, y apenas podía distinguirse a Dios del César.

Al igual que en otros centros intelectuales europeos, en La Sorbona pululaban las mentalidades «reformistas» y contestatarias. En apariencia había muchos motivos para rebelarse: la Roma papal del Renacimiento no parecía ajustarse al modelo evangélico, y la expresión *Roma veduta, fede perduta* se estaba convirtiendo en un lugar común. Si a este ambiente le añadimos la impetuosidad y el idealismo de la juventud, nos encontraremos con una personalidad rebelde e inquieta: la de Francisco Javier, estudiante y profesor de La Sorbona. Era un joven de una aristocrática familia navarra que hacía gala de una inteligencia superior, de brillantez académica y, por supuesto, de ambición humana.

Francisco Javier había cursado brillantemente tres años de filosofía y alcanzado el título de *Magister Artium*. Profesor y residente del colegio de Santa Bárbara, seguía preparándose para obtener el grado de doctor al cabo de siete años. No era, sin embargo, un intelectual retraído y solitario. A diferencia de su compañero de habitación, Pedro Fabro, un joven bueno y paciente, Francisco Javier no era hombre encerrado en aulas y bibliotecas. Si hubiera vivido en París un siglo después, bien podría haber sido un perfecto compañero de arrogantes y audaces espadachines como los personajes de *Los tres mosqueteros*, de un D'Artagnan, diestro en la espada y en las conquistas femeninas, o de un Aramis que combinaba dichas cualidades con los conocimientos teológicos. En el siglo XVIII, Javier podría haber sido un enciclopedista asiduo de los salones, sin la melancolía de un Rousseau, pero quizás con la ironía y agudeza de un Voltaire, y dada la sensualidad del ambiente, acaso hubiera tenido algo de Casanova. En cualquier caso, Javier no tenía otros ideales que los de su gloria personal. Difícilmente atendería a razones quien solo estaba preocupado de su propia razón. Se explica que su

temperamento impetuoso nunca se adaptara a la rígida disciplina de La Sorbona, más teórica y formal que real. La Historia nos enseña que los formalismos suelen conllevar la ruina de las instituciones o su transformación en algo ajeno a sus raíces.

A pesar de todo, Javier no había caído en la enfermedad, casi incurable, del cinismo. Conservaba aún la generosidad de la juventud y era verdadero amigo de sus amigos. Pedro Fabro le presentó a Ignacio de Loyola que, a sus cuarenta años, continuaba sus estudios en La Sorbona y recibía lecciones del propio Javier en el colegio de Santa Bárbara. Ignacio se había curtido entre sufrimientos físicos y morales: una herida en una pierna y las mil heridas punzantes del desprecio y la comprensión. Pese a todo, se sentía un hombre feliz porque estaba convencido de haber encontrado a Cristo. Sin embargo, le resultaba difícil persuadir a su nuevo amigo, Javier, de la superioridad del ideal cristiano, un ideal que busca la gloria de Dios, y no la gloria de los hombres.

Ignacio nunca se había encontrado con alguien tan rebelde a la acción de la gracia. A lo mejor pensó que Javier se asemejaba al joven rico del Evangelio no en sus riquezas materiales pero sí en sus saberes sagrados y profanos, en su prestigio y ascendencia social. ¿Cómo cometer la locura de cambiar una vida atractiva y llena de promesas futuras para convertirse en un signo de contradicción por vivir el ideal cristiano? No había «razones» de Ignacio para convencer a Javier. Al final a su amigo solo le quedaban las palabras del evangelio. Habla el mismo Cristo y sus palabras dejan una desazón, una inquietud en el espíritu: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt 16,26). Estas palabras subrayan que la gloria humana es solo vanagloria.

El joven profesor de La Sorbona hará, o mejor dicho vivirá, los Ejercicios Espirituales de Ignacio y comprenderá lo que realmente tenía que importarle. Entenderá que todo ha de hacerse «*Ad maiorem gloriam Dei*». Pero ese Dios al que se le ofrece toda la gloria no es, en modo alguno, un Dios distante, únicamente interesado en que se le tributen honores. Su gloria va siempre acompañada del amor. No puede ser de otro modo en un Dios llamado Jesús. Será ese nombre el que Javier tenga en los labios, mientras agoniza en 1552 a tan solo cien millas de Cantón, cuando por la gloria y el amor de Jesús pretendía llevar el evangelio a China.

18

SAN FRANCISCO DE SALES

REMEDIOS CONTRA LA TRISTEZA

El ser humano se mueve con frecuencia a merced de los vientos cambiantes, pasa de la alegría a la tristeza con suma facilidad. Y aquello en lo que pone sus expectativas, una vez alcanzado, termina por hastiarle. Contrariedad y tribulaciones acaban arruinando una alegría que no debía de tener raíces profundas, como le sucedió a la semilla caída en terreno pedregoso (*Mt 13,5*). Esto nos sucede porque confundimos la felicidad con un camino libre de obstáculos, como si no supiéramos que la existencia tiene continuos altibajos. Los santos tenían mucha experiencia en estos temas, pues su camino de búsqueda y unión con Dios tampoco les resultó fácil. Descubrieron con el tiempo que lo más sencillo era abandonarse en los brazos de su Señor, aunque no por ello estuvieron libres de los ramalazos de la tristeza. Uno de ellos, san Francisco de Sales, con sobrada experiencia en ser probado por el desánimo e incluso por la desesperación, escribió en su *Tratado del Amor de Dios*: «*Tiene excusa el que no está siempre alegre, pues nadie es dueño de la alegría para tenerla cuando quiera; pero nadie tiene excusa de ser siempre bondadoso, flexible y condescendiente, porque esto depende siempre de nuestra voluntad, y solo es menester resolverse a vencer el humor y la inclinación contraria*».

El autor de las anteriores líneas era alguien que en su juventud demostró tener un temperamento irritable, poco dispuesto a pasar por alto bromas y humillaciones. Era un joven de familia noble, en el que se mezclaban la elegancia de la educación recibida con el afán por el estudio. Esto le llevaría a estudiar en París con los jesuitas, y luego cursar la carrera de jurisprudencia en la universidad de Padua. Francisco podía haber sido, si no hubiera elegido una vocación sacerdotal, un destacado jurisconsulto en cualquier corte de su época. Tenía riquezas, juventud e inteligencia y sus prácticas de piedad habían conseguido suavizar su carácter. Pese a todo, en 1586, al cumplir los diecinueve años, un terrible pensamiento se apoderó de su mente, que lo indujo no solo a soportar la carga de una melancolía extenuante sino también a una desesperación que le quitaba las ganas de seguir viviendo.

Francisco era originario de Thorens, en la diócesis de Ginebra, un territorio sometido a la influencia de las doctrinas del calvinismo con su desolador mensaje sobre la predestinación. Calvino había proclamado que Dios había escogido a sus elegidos, que no serían demasiados, y el resto estaba destinado a la condenación eterna. Francisco llegó a creer que él mismo era uno de los marcados para ir al infierno por toda la

eternidad. Perdió el apetito y no podía conciliar el sueño por las noches. Cada día que transcurría era un paso más hacia la locura. Pese a todo, su talante piadoso le hacía rogar a Dios que le concediese seguir amándole, dondequiera que estuviera, incluso en el mismísimo infierno. Terrible contradicción que solo servía para deprimir aún más al joven, pues causa infinita tristeza no poder contemplar al amado por estar privado de su compañía para siempre. Un día, Francisco entró en la iglesia de San Esteban, en París, y ante una imagen de la Virgen, se sintió impulsado a rezar esa oración tan llena de confianza filial, que es el *Acordaos*, compuesto por San Bernardo. Entonces se sintió liberado de su tristeza y desesperación, y recordó estas palabras del evangelio de san Juan: «*Dios no envió al Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve gracias a él*» (Jn 3, 17). El joven había superado la prueba y esto le sirvió para descubrir que su propio orgullo y vanidad le habían llevado a un callejón sin salida. Sabía que aquella tristeza que le invadía no procedía de Dios sino del mundo, y es la que causa la muerte (2 Cor 7, 10). No toda tristeza es mala, pues el mismo Jesús llora en el evangelio por Jerusalén (Lc 19, 41) o por su amigo Lázaro (Jn 11, 35), mas no es una tristeza amarga. Es una tristeza que va unida a la caridad, que en este caso está representada por un corazón compasivo y misericordioso, el de Cristo.

Hay quien afirma que una mayor o menor alegría es cuestión de temperamento, y que nada puede hacer un carácter melancólico por superarse a sí mismo. Pero la voluntad del cristiano puede ser más fuerte que los condicionantes del carácter, sobre todo si esa voluntad está moldeada por el deseo de crecer en el amor a Dios. De ahí que san Francisco de Sales dé el consejo de practicar de continuo la bondad, pues para ejercer la caridad no valen excusas. Contra el supuesto determinismo del carácter, el santo nos ofrece esta fórmula: «*Porque un melancólico no puede mostrar en sus ojos, en sus palabras y en su rostro, la misma gracia que tendría si estuviese libre de su malhumor; pero puede, aunque sea sin gracia, decir palabras graciosas, amables y corteses, y, a pesar de la inclinación que entonces siente, hacer, por pura razón, lo que es conveniente en palabras y en obras de caridad, de dulzura y de condescendencia*».

Por lo demás, el santo hubiera tenido motivos para entristecerse cuando le fue encomendada la misión de anunciar la fe católica en su tierra suiza natal, en la que el calvinismo estaba muy asentado. Llegó a ser obispo de Ginebra, pero pese a su preparación intelectual, rehusó el arma de los argumentos teológicos para rebatir a sus adversarios. Quien quiere ganar realmente el corazón de otro, no puede quedarse satisfecho con salir vencedor en un combate dialéctico. Aquel obispo, tan probado por la paciencia, decía que el mejor modo de predicar a los calvinistas era el amor, sin decir una sola palabra de refutación contra sus doctrinas. El rey de Francia, Enrique IV, que antes había sido calvinista, le invitó a predicar en la capilla real y acudieron muchas personas conmovidas por la sencillez de sus palabras. Esto ayuda a pensar en las oportunidades que tuvieron al alcance los reyes franceses en su época de mayor esplendor, el siglo XVII, cuando trataron a santos de la talla de Francisco de Sales o Vicente de Paúl, por citar solo dos de las grandes figuras de la Iglesia francesa de aquella época. Pero la supremacía de la razón de Estado y las aspiraciones a la hegemonía en

Europa, que no escatimaron en guerras, lo oscurecieron todo.

Generosidad, caridad, humildad y compasión. Estas cualidades de un santo amable como Francisco de Sales son el mejor remedio contra la tristeza, esa impostora que nos condena a la soledad. Pero no olvidemos que la tristeza es muchas veces el resultado de no tener paciencia con uno mismo. La dulzura de corazón tiene que impregnar nuestra paciencia tanto con nosotros como con los demás.

19

SANTA GENOVEVA TORRES MORALES

EL AMOR QUE VENCE A LA SOLEDAD

Vivimos en un mundo en el que todos tenemos mucha prisa y nos cuesta terriblemente dar a otros una parte de nuestro tiempo. Estamos dispuestos a desprendernos de nuestro dinero, aunque tampoco demasiado, y a regalar objetos materiales. Podemos incluso interesarnos por la salud de los demás o por sus preocupaciones, aunque a veces lo hacemos como un trámite obligado, como la práctica de un uso social no exento de cierta frialdad, si bien el hacerlo sirve incluso para elevar nuestra autoestima y considerarnos personas educadas. Esto no es propio de un cristiano auténtico, pues el cristianismo no consiste tanto en dar como en darse. Y una moderna obra de misericordia es saber escuchar a los demás, sin mirar de soslayo el reloj, pues en la mayoría de las ocasiones esos hermanos nuestros están afectados por el tan extendido mal de la soledad.

Estamos comprobando cómo la soledad camina a pasos agigantados por nuestras sociedades, y muchas veces es el equivalente del aislamiento. Otras veces, la soledad se caracteriza por estar rodeada de gente e incluso puede adoptar la careta de orgullosa opción de vida libremente escogida. La soledad ya no afecta solo a las viudas o a los huérfanos. Afecta a muchísimas personas de nuestra sociedad posindustrial, con independencia del tamaño de la ciudad en la que vivan.

La soledad mereció también una referencia de Jesús en el evangelio, donde dice que en el día del Juicio alabará a los justos que le visitaron cuando estaba enfermo y a los que fueron a verle en la cárcel. Hacer estas obras con sus pequeños hermanos, equivale a hacerlo por Cristo (*Mt* 25, 31-46). Esto nos sirve para recordar que hoy abundan las enfermedades no físicas y las prisiones sin barrotes. Aquellos que las sufren están pidiendo un poco de compañía para mitigar su soledad. Piden ser, ante todo, escuchados, y así la disposición a escuchar y la práctica de la escucha se ha convertido en una moderna obra de misericordia, aunque solo los humildes saben realmente escuchar. A esta clase de personas, que saben escuchar y estar pendiente de los detalles, pertenecía santa Genoveva Torres Morales, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón y de los Santos Ángeles, más conocidas como las Angélicas. Se trata de una institución religiosa dedicada al cuidado de mujeres mayores en estado de soledad y abandono, si bien el cariño y la atención de estas religiosas llega a muchas otras personas necesitadas del afecto que este mundo no les termina de dar.

Genoveva supo desde muy niña lo que eran la soledad y la incompreensión. Nacida en

Almenara (Castellón) en 1870, perdió pronto a sus padres y a la mayoría de sus hermanos. Por si fuera poco, le amputaron la pierna izquierda a los doce años a causa de un tumor, y desde entonces, tendría que llevar muletas el resto de su vida. Luego fue internada en la Casa de la Misericordia, un orfanato de Valencia, dependiente de las carmelitas de la Caridad. Pese a estas penalidades, heredó de su madre el tesoro más precioso, el de la fe, completado por la lectura habitual de los libros religiosos que ella leía. Apenas fue a la escuela y se ganó habitualmente el sustento con labores de bordado, aunque dio pronto muestras de que la sabiduría de Dios estaba con ella. Grande debía de ser su fuerza de voluntad, pero mayor fue su fe operativa al sentirse llamada a abordar el problema de las mujeres que se quedaban solas, tras fallecer los maridos o irse los hijos de casa. La sociedad las ignoraba o minusvaloraba. Genoveva abrió en 1911 una casa para ellas en Valencia, pero al año siguiente se trasladó a Zaragoza donde quedaría fijada la sede central de la nueva institución, que empezaría a tomar impulso cerca de la Virgen del Pilar. En un principio, el pequeño núcleo de religiosas encontró una casa en la calle Canfranc, en pleno centro de la capital aragonesa, aunque este emplazamiento tenía un serio inconveniente: no estaba cerca del Pilar, la basílica a la que Genoveva acudía a diario para pedir la protección mariana. Sorprendentemente encontraría un lugar definitivo para establecerse en el antiguo palacio del marqués de Ayerbe, en plena plaza del Pilar. En 1925 las Angélicas se convirtieron en un instituto religioso de la diócesis zaragozana y en 1953 consiguieron su reconocimiento definitivo por la Santa Sede.

La obra de Genoveva abrió nuevos horizontes de evangelización. Era diferente de otras instituciones dedicadas a cuidar a personas mayores. La fundadora decía que buscaba acoger a «señoras retiradas», y evitaba emplear el calificativo de solas. Se dirigía a mujeres que buscaran su santificación viviendo en una comunidad de religiosas. Las hermanas rezarían y convivirían con ellas, compartirían sus alegrías y tristezas, y procurarían crear en las casas un ambiente de familia, que es mucho más que el mero acompañamiento o consuelo. Las religiosas no podrían sentirse ajenas a quienes vivían bajo el mismo techo, y tampoco deberían caer en una labor monótona y rutinaria de trabajo, pues la relación de quienes habitan el mismo hogar tiene que estar fundamentada en el amor. Todos sabemos de casas que pretenden llamarse hogares, pero que no tienen calor humano. El calor se ha apagado porque está ausente el amor de Cristo. A este respecto, santa Genoveva escribió unos consejos de cómo debe de vivirse la caridad: *«La caridad se manifiesta diariamente en la amabilidad, el respeto mutuo, la ayuda, la condescendencia y los pequeños sacrificios. Vivir sin sufrir, es vivir sin amar; amar sin sufrir, es morir. No dejemos a Dios que ame Él solo. Amemos al prójimo, recibéndolo, para ganarlo para Dios».*

La vida de santa Genoveva es otra demostración de que Dios se sirve de los humildes para hacer obras grandes. Dios necesita instrumentos humanos para manifestar su ternura y compasión hacia todas sus criaturas. Suscitó un ángel de la soledad para llegar a personas necesitadas de amor y consuelo, que requerían ser atendidas en su cuerpo y en su espíritu. La fuerza para seguir adelante la sacaba de su amor a la Eucaristía y de su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, presente en las capillas de todas las casas de la

institución. Santa Genoveva había conocido la soledad y el sufrimiento mucho antes que las numerosas personas que atendió. Sus muletas eran un ejemplo vivo de su sacrificio, si bien Dios obró en ella un milagro mayor que si se hubiera limitado a devolverle la pierna. Supo darle la fortaleza y el amor necesarios para cumplir su voluntad en la aventura apasionante de llevar el amor de Cristo a quienes se encuentran prisioneros de la soledad y la tristeza.

20

SAN IGNACIO DE LOYOLA

LA BUENA IMAGINACIÓN

¿Es realmente la imaginación la «loca de la casa», tal y como decía santa Teresa de Jesús? La imaginación tiene fuerza creadora porque es un don de Dios, aunque todo depende del uso que hagamos de ella. Nos da ideas e inspiraciones para nuestra vida, y también puede conducirnos por caminos alejados de la realidad y de los afanes cotidianos. Existe una imaginación buena al servicio de Dios y los hombres, pues puede despertar en nosotros otras facultades del intelecto. Resulta urgente hacer una defensa de la imaginación en unos momentos en que los únicos «creativos» parecen ser ciertos publicitarios no siempre caracterizados por su buen gusto. La imaginación suele ser elogiada en los primerísimos años de la infancia pero parece estar excluida por algunas teorías psicológicas de la vida de niños y adolescentes. Acaso influya en esto que vivimos en una sociedad de las nuevas tecnologías donde no paramos de consultar datos en Internet, elaborados tal vez por alguien que no necesariamente es un experto. Una vez localizados, se usan y se olvidan. En este marco de banalización de la información no hay mucho espacio para imaginaciones salvo en lo relativo al «continente»: los contenidos no siempre se caracterizan por la creatividad.

Pese a todo, la imaginación puede jugar un papel importante en la vida espiritual. Uno de los grandes santos de la Historia estaba convencido de que con la imaginación se puede alcanzar a Dios: san Ignacio de Loyola. Sus *Ejercicios espirituales* son una invitación a meternos en los pasajes de la vida de Jesús, a imaginar que estamos allí viviendo los mismos momentos que Jesús y los personajes de su entorno. Muchos santos han seguido este método ignaciano. Viajar con la Sagrada Familia a Belén y a Egipto, estar en el monte de las bienaventuranzas o en el Calvario es una invitación a profundizar en los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Es una oportunidad de empaparse de vida interior. Para algunos será una niñería, una práctica ingenua. Un amigo mío decía que al pensar en la vida de Jesús, se imaginaba escenas de esas superproducciones de la era dorada de Hollywood sobre los primeros siglos del cristianismo. «Una de romanos», en definitiva. Pero este método, que puede ser válido en algunos momentos de la vida espiritual, no consiste en recrearse en imágenes de cartón piedra o en un Jesús de largos cabellos que en muchas películas sacaban de espaldas. San Ignacio lo aplica a la vida corriente como puede apreciarse en su *Autobiografía*.

Durante sus años de estudio en París, el fundador de la Compañía pensó en ganarse la vida trabajando en el servicio de algún colegio mayor. El problema podía surgir en el trato con el maestro y los escolares del colegio, porque servir nunca ha sido valorado en ninguna sociedad, aunque fuera oficialmente cristiana. Por muy instruido que sea un servidor, e Ignacio lo era, nunca dejaría de ser un criado. Además existía el riesgo de que los reproches dirigidos a un criado despertaran en él el rencor. Ignacio no quería caer en eso y con su imaginación se propuso identificar al maestro con Cristo, y a los escolares con cada uno de los doce Apóstoles. En definitiva, se trataba de ver a Cristo en los demás, pues la dignidad de los seres humanos se fundamenta sobre todo en un Dios hecho hombre. Lo difícil, sin embargo, es ver a los que conviven en nuestro entorno, sean familiares o compañeros de trabajo, como otros Cristos. Mala cosa sería ver a Cristo en los necesitados de ayuda material y no verlo tan claramente en quién solo está pidiendo de nosotros una escucha paciente, una sonrisa o unas palabras de ánimo. La imaginación recomendada por san Ignacio permite ver a Cristo en cada ser humano sin distinción.

¿Pero puede la imaginación jugar malas pasadas en la vida espiritual? El propio santo reconoce que, cuando estudiaba Gramática en Barcelona, le venían en mente toda clase de «*nuevas inteligencias espirituales*» y, en definitiva, se sentía lleno de consuelos para el alma. Esta apertura de su entendimiento a las cosas de Dios bullía con frecuencia en su interior y él mismo reconocía que «*ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa me vienen estas inteligencias tan vivas*». San Ignacio acaba rechazando esto como una tentación, pues si para descubrir a Dios, hay que alejarse de la oración y de la eucaristía, el resultado no implicará nada bueno. El alma acabará envaneciéndose de una sabiduría que no es suya y que solo pertenece a Dios. Si además va cortando los canales que le unen a Él, el fracaso será tremendo. De ahí puede salir una persona con un acentuado espíritu de rebeldía y quizá con la amargura de la sensación de no ser suficientemente valorada. Es el momento de cortar la imaginación, y san Ignacio aboga por someterla a los medios que Dios ha puesto para llegar hasta Él. La imaginación tendrá que ser sierva de la oración y de la contemplación. Es el sometimiento al Creador lo que le infundirá toda su plenitud creadora.

Hay quien podría entender el método ignaciano como un «vaciamiento» de la mente. San Ignacio no es ningún gurú. En la oración cristiana, los creyentes se llenan de Cristo, no se vacían. Evocar la vida de Cristo, u otros pasajes de la Sagrada Escritura, es hacer actuales esos momentos. No es momento de argumentos sino de sentimientos, que no de sentimentalismos. Es, como asegura Pablo (*Fil 2,5*) «*tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús*». Este método ignaciano de oración ha producido recomendables libros de lectura espiritual como *El comulgatorio* del jesuita Baltasar Gracián, publicado en 1655 para difundir el valor de la comunión frecuente. Una obra rica en imágenes y sensibilidades que nos recuerdan de continuo que el Verbo se hizo carne (*Jn 1, 14*).

21

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

DARSE A LOS NECESITADOS

Una socióloga española ganó hace unos años un premio de ensayo con su libro *El mal samaritano*, un estudio de los motivos profundos por los que muchas personas se sienten impulsadas a dedicar parte de su tiempo en labores asistenciales y humanitarias. La conclusión del libro era que los buenos samaritanos no abundan hoy y que en realidad no son ideales religiosos o éticos los que mueven a la mayoría de los voluntarios sino que estos aspiran a sentirse bien, a llenar sus vidas aparentemente vacías con buenas acciones. Las actuaciones desinteresadas estarían dominadas por el imperio de las emociones, del «yo siento», tan extendido en nuestras sociedades occidentales desarrolladas. No lo dice el libro pero la primera conclusión es que si una labor humanitaria se mueve solo por los estímulos, sus resultados serán efímeros y, por supuesto, inestables. Además si únicamente nos dejamos llevar por los estímulos, por muy altruistas que resulten, tenderemos a idealizar cualquier acción humanitaria y a considerarla por encima de nuestras actividades cotidianas, más incluso que la familia y el trabajo habitual. Los meros estímulos pueden ser muy adecuados para quienes sueñan con una vida aventurera aunque no para quienes tienen tareas muy precisas a diario. ¿Es la poesía de los ideales muy superior a la prosa nuestra de cada día? Un cristiano no tiene que vivir esta dicotomía, pues ve el mundo con ojos nuevos y se acercará a los pobres y los enfermos con la mirada de Cristo. Al atender a los necesitados, los santos estaban haciendo lo mismo que Cristo, que «*pasó por el mundo haciendo el bien*» (Hch 10, 38). Este fue el caso de la reina santa Isabel de Hungría.

En todas las biografías de santos de la realeza o de la nobleza, siempre aparece el mismo contraste: el choque entre una vida de piedad, oración y frecuencia de sacramentos, con un ambiente que oficialmente se proclama cristiano. De ahí que estos santos resultaran incómodos. Desde luego, ellos no querían fastidiar a nadie ni poner en evidencia determinadas conductas. La suya era una relación de amor con Cristo que les llevaba a tener un trato personal con Él para conocerle mejor y amarle más. Es algo al alcance de cualquier cristiano aunque tengamos la experiencia, atestiguada por el propio san Pablo (*Rom 7, 19*) de que no hacemos el bien que queremos sino el mal que no queremos. Isabel sufrió las contradicciones despertadas por su vida de piedad en la corte de la Turingia del siglo XIII. La joven había llegado a aquella corte por la voluntad de su padre, el rey Andrés II de Hungría, dispuesto a establecer la consabida alianza a partir de

una boda real. El amor y la vida de piedad de Isabel encontraron, sin embargo, una respuesta en su marido Luis IV. Consiguieron que el monarca tomara más en serio su condición cristiana, de tal modo que algunos en Alemania le consideran santo pese a no haber sido canonizado. La reina Isabel se ganaría además el amor de su pueblo por su dedicación a los pobres y a los enfermos, labor que intensificó tras la inesperada muerte de su marido, víctima de la peste en 1227. Isabel solo le sobrevivió cuatro años, tras haber buscado su camino espiritual en la orden terciaria franciscana, sin descuidar al mismo tiempo el cuidado y la educación de sus tres hijos.

La atención de santa Isabel a los pobres y los enfermos está muy relacionada con la identificación de los que sufren con el propio Cristo. «*Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*» (Mt 25, 40). Otras personas de su noble condición se habrían limitado a dar dinero y alimentos, o a enviar a gente para distribuir las ayudas. Para Isabel no era suficiente. Lo que muchas veces alivia los sufrimientos de otros no son las cosas materiales sino la presencia física, la llegada de una persona que con pocas o muchas palabras, con más o menos simpatía, ha venido para estar al lado de quienes lo pasan mal. En los últimos años de su vida, la santa visitaba personalmente a algunos enfermos hasta dos veces al día. La reina hacía lo que Cristo había hecho: darse Él mismo. Desde una visión cristiana, toda labor humanitaria pasa por darse uno mismo a los necesitados en el sentido más amplio del término. Consiste en imitar a Cristo, y recordemos que para imitarlo hay que ir uniéndose cada día a Él. Habrá muchas veces un efecto externo: el de la alegría que está relacionada más con el dar que con el recibir (Hch 20, 35). Pero un cristiano no se quedará en lo externo de ese sentimiento si no pierde su unión con el Maestro.

SANTA ISABEL DE PORTUGAL

LA PAZ ENTRE LAS ESPINAS

Hace muchos años un sacerdote aragonés visitó el convento de Santa Clara en Coimbra. Allí se detuvo a rezar por unos instantes ante la tumba de la reina santa Isabel de Portugal. Aquel sacerdote, dotado de una fe impresionante, había acudido a implorar por las labores de apostolado que debía desarrollar en Coimbra. Al final, y con toda naturalidad, pasó la mano por el túmulo de la santa y dando unos golpes muy suavemente, exclamó: «*¡A ver cómo te portas, paisana!*». Nuestro cura había visto muchas representaciones de santa Isabel como la de la iglesia del seminario zaragozano donde había realizado sus estudios sacerdotales. No obstante, la presencia más destacada de esta santa, nacida en el palacio de la Aljafería de Zaragoza, la encontramos en una plaza cercana a la basílica del Pilar donde tiene dedicada una monumental iglesia barroca. Esta construcción fue aprobada en el siglo XVII por las Cortes aragonesas para honrar a una de las patronas del antiguo reino.

Isabel, nieta de Jaime I el Conquistador e hija de Pedro III el Grande, tuvo que dejar Zaragoza a los doce años para desposarse con el rey de Portugal, don Dionís. Aquella niña, muy pronto convertida en mujer, tenía ya entonces una madurez forjada por su formación cristiana. Las crónicas portuguesas de la época la presentan como dulce, bondadosa e inteligente. Le había tocado pasar de una corte a otra y cambiar unas intrigas y mezquindades cortesanas por otras similares. Pese a todo, el lujo y la ostentación de palacio nunca le hicieron olvidar este consejo aprendido en su infancia: «*Tendrás más libertad de espíritu cuanto menos deseos tengas de cosas dañinas o inútiles*». Aguardaban a Isabel solemnidades, banquetes, recepciones, audiencias y visitas. En todas ellas sabría comportarse con naturalidad de esposa y reina. Podía lucir una corona de oro y piedras preciosas aunque en realidad tendría que ceñirse una de espinas. De su profunda piedad, sustentada en el rezo de los salmos y la misa diaria, sacaría fortaleza para llevarla.

«*Vivo vida muito amargosa*», confesaba santa Isabel en una carta a su hermano Jaime II de Aragón. Lo cierto es que el rey don Dionís parecía estar más interesado en los poemas galantes de los trovadores que en los asuntos de gobierno. Sus infidelidades estaban al orden del día, aunque la reina guardaba silencio y se recogía en la capilla de palacio cuando las desenfundadas lenguas de los cortesanos acudían a atormentarla con las últimas noticias de las correrías amorosas de su marido. Crecía también la

indignación del hijo legítimo, el futuro Alfonso IV, porque su padre daba muestras de preferir más a sus hermanos bastardos que a él mismo. A esto se añadía que el carácter violento de Alfonso le impedía comprender la actitud apaciguadora de su madre. Cuando finalmente se desató la guerra civil entre padre e hijo, Isabel, al igual que la Esther bíblica, bien habría podido decir: *«Mi Señor y Dios, no tengo otro defensor que Tú»* (Est 4, 17). Así pues, la reina acudirá en 1322 a Santarem, escenario de un milagro eucarístico casi un siglo antes, donde unas formas consagradas empezaron a sangrar cuando estaban a punto de profanarlas. Santa Isabel organizaría una procesión con las formas del milagro para rogar por la paz entre su marido y su hijo. Más tarde, llena de coraje, les escribiría estas palabras: *«Como una loba enfurecida a la que le van a matar sus cachorros, lucharé por impedir que las armas del rey se alcen contra nuestro hijo. Pero al mismo tiempo prefiero que me destrocen las armas de los ejércitos de mi hijo a que estas ataquen a los seguidores de su padre»*.

Santa Isabel alcanzó de Dios *«la gracia de reconciliar a los hombres enfrentados»*, según recuerda la oración colecta de la misa de su festividad. La reina santa de Portugal nos demuestra con su vida que la acción se cimenta en la oración y que la fortaleza es fruto de la humildad y del abandono confiado en Dios. En un tiempo como el nuestro, en el que las relaciones familiares y sociales tienden a deslizarse por senderos de ruptura o desconfianza, hacen falta personas que trabajen por la paz. Por desgracia, hay quien confunde la paz con un reparto de intereses o con la creación de cotos de privacidad a los que nadie tiene acceso. Se repite a otra escala el viejo concepto de equilibrio de la geopolítica. Y como todo equilibrio es por naturaleza inestable, las apariencias de paz, tarde o temprano, se resquebrajan. Solo quien se llena de Dios, tiene paz y está en condiciones de transmitirla. No es casual que Jesús llame hijos de Dios a los que trabajan por la paz (Mt 5, 9). Santa Isabel de Portugal mereció sobradamente este título, como resultado de su intensa piedad y entrega a la voluntad de Dios.

23

SAN JOSÉ

EL HOMBRE DE LA ESPERANZA

En cierta ocasión, un amigo me regaló un libro de Charles Péguy, que reproducía textos de su obra *El misterio del pórtico de la segunda virtud*. Era una de las pocas ediciones en castellano de este poeta francés, cuyos versos traducidos no tienen siempre la misma fuerza que en su idioma original. Aquel amigo me aseguraba que Péguy era el poeta de la esperanza, el escritor que afirmaba que los cristianos son «*el estupor de Dios*» cuando saben mantener la esperanza, pese a todas las contrariedades. A lo mejor no es exagerado afirmar que tener fe no es tan difícil, pues se trata, en definitiva, de un don de Dios. Pese a todo, recuerdo que un filósofo americano, William James, representante del pragmatismo, hacía una defensa de la voluntad de creer. No deja de ser un fideísmo que prescinde de la razón y de la historia, a las que mira con desconfianza y autosuficiencia. Podemos creer en Dios y no hacer absolutamente nada más. Eso es la fe sin obras. Pero la ausencia de obras es a la vez una ausencia de esperanza. La esperanza es el paso siguiente de la fe. Creemos en Dios pero esperamos que actúe. Dios no es un elemento pasivo e inmóvil. Actúa en la historia y en la vida cotidiana de los hombres. El es la razón de nuestra esperanza.

Los auténticos hombres de fe son también hombres de esperanza. ¡Terrible sería la situación de quien creyera en la existencia de Dios y no tuviera la esperanza de estar algún día junto a Él! San José fue uno de esos hombres de esperanza. Su fe es comparable a la de Abrahán, y su esperanza fue también «contra toda esperanza» (*Rom 4, 18*). La fe de José estaría incompleta sin la esperanza. Creía en las promesas de Dios y su esperanza pasaba por el convencimiento de que no le faltaría la ayuda divina para la misión encomendada. Y es que la esperanza es una concreción de la fe. El apóstol Pablo exhorta a los cristianos a estar «*alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación y constantes en la oración*» (*Rom 12, 12*). Estas palabras de la Escritura sugieren que José era un hombre alegre, capaz de vivir su esperanza en medio de todas las dificultades. Bien podía Dios haber suprimido los obstáculos en la vida de la familia en la que nació su Hijo. No lo hizo porque el mensaje de Jesús es un mensaje de esperanza, capaz de crecer entre los trabajos y tribulaciones de los hombres en este mundo. La esperanza cristiana es una virtud para la vida cotidiana, llena de pequeños y grandes momentos que nos acercan a Dios, y nos preparan para el encuentro definitivo con Él.

La esperanza implica, por lo demás, fiarse de Dios. Pero el cumplimiento de la

esperanza lo marca Dios, y no los hombres. *«Nosotros, sin embargo, esperábamos que sería él quien salvaría a Israel»* (Lc 24, 21), dicen decepcionados los discípulos de Emaús. Su esperanza humana se había venido abajo al carecer de auténtico fundamento. Por el contrario, la esperanza de José es muy distinta. Es una esperanza al compás de la voluntad divina. El padre adoptivo de Jesús es un ejemplo de docilidad a los planes de Dios. Decía un sacerdote santo: *«Espéralo todo de Jesús, tú no tienes nada. El obrará en ti si te abandonas»*. Una frase perfectamente aplicable a san José. Aquel Niño, en apariencia como los demás, era la concreción de su esperanza. Antes que a nadie, antes que a los apóstoles y discípulos, un Dios hecho hombre, el Hijo de la promesa, se manifestó a José que tenía el privilegio diario de poder estrecharlo entre sus brazos. Jesús es una esperanza viva, una esperanza de todas las horas. Nada importa con tal de estar junto a Él. Así lo ve José, y su esperanza es necesariamente alegre.

Decía santa Teresa que san José concede todo lo que pedimos. Es una experiencia que muchas personas han podido comprobar personalmente. Un cristiano debe pedirle seguridad en la esperanza, solicitarle que la esperanza en Dios llene su vida entera, pues este maestro de oración es a la vez un maestro de esperanza.

SAN JOSÉ DE CALASANZ

PIEDAD Y LETRAS

Recuerdo que hace años fui a comprar un sofá para una habitación de mi casa. Visité una tienda de muebles, cuyo propietario debía de estar a punto de jubilarse, y cuando cerramos el trato, salió en la conversación la procedencia de cada uno. Me dijo que él también era aragonés, de Peralta, un pueblecito de Huesca, y yo añadí que debía ser Peralta de la Sal. El vendedor me corrigió inmediatamente diciendo que su localidad se llamaba Peralta de Calasanz, por ser el lugar donde había venido al mundo el fundador de los escolapios. Aquel hombre estaba muy orgulloso de su paisano y el municipio lo sigue estando en la actualidad, pues la casa natal de san José alberga una iglesia, un noviciado escolapio, un museo y una hospedería.

Han pasado más de cuatro siglos desde que se abriera en el barrio romano del Trastevere la primera de las Escuelas Pías, extendidas por todo el mundo y que representaron los primeros centros de enseñanza públicos y gratuitos en la Historia. Todo empezó cuando unas expectativas profesionales, las de José de Calasanz, se vieron frustradas en los pasillos de la curia romana. Calasanz pertenecía a una familia de hidalgos aragoneses y desde muy pequeño manifestó su vocación religiosa. Fue un estudiante destacado de Teología y Derecho. Además desarrolló una brillante carrera eclesiástica, y llegó a ser secretario de los obispos de Barbastro, Lérida y Seo de Urgel. En esta última ciudad ejerció las funciones de secretario del cabildo y maestro de ceremonias de la catedral. El paso siguiente debería haber sido una canonjía, en la catedral de Barbastro o incluso en la Seo de Zaragoza, y Calasanz marchó a Roma en 1592, cuando tenía treinta y cinco años, con el fin de hacer las correspondientes gestiones. Estas se prolongaron demasiado tiempo y sorprendentemente aquel hombre de iglesia, que aguardaba su ascenso profesional mientras desempeñaba el empleo de preceptor de los sobrinos del cardenal Colonna, renunció a la anhelada canonjía. ¿Cuál fue el motivo de esta sorprendente decisión?

En sus paseos por aquella Roma lujosa y teatral del Barroco, Calasanz había reparado en algo en que muchos no se fijaban o no querían fijarse: los cientos de niños y jóvenes que vagaban sin rumbo por las calles de la Ciudad Eterna, siendo presa fácil de todos los vicios. Las biografías del santo relatan que un día oyó en su interior estas palabras tomadas del Salmo 10, 14: *«A ti se acoge el desvalido, tú eres el amparo del huérfano»*. Le pareció una invitación divina a comprometerse a remediar aquella penosa situación,

pues también recordaba aquellas otras palabras de Jesús: «*Aquello que hicisteis a uno de mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis*» (Mt 25, 40). La elección estaba hecha. José de Calasanz nunca volvería a su tierra natal y permanecería en Roma hasta su muerte a los noventa y dos años.

Comenzó a fundar escuelas. La primera, la de la parroquia de Santa Dorotea, en el Trastevere. En el comienzo de su edad madura, había caído en la cuenta de algo que otros pueden tardar menos tiempo en descubrir: lo importante para un cristiano no son sus méritos personales, aquellos que, en el caso de nuestro santo, habían influido para llegar a ser un buen sacerdote o un gran predicador. Lo más importante era amar a Dios, y una forma de hacerlo era amar a los que tenía a su alrededor, aquellos que vagaban como ovejas sin pastor, y sin amor, por las calles romanas. Lo más valioso que se podía dar a un niño o a un joven era instrucción. Calasanz salía al paso de aquel humanismo renacentista, de signo elitista y reflejado en los escritos de Erasmo, que dejaba la educación para unas ilustres minorías. Había que transmitir a los niños el amor por la verdad, y los maestros escolapios serían llamados por su fundador «*cooperadores de la verdad*». A esos maestros les recomendaría lo que tanto se ha recomendado a los educadores de todos los tiempos: tener el amor de un padre y ejercitar una gran paciencia. A la vez deberían ser afables en el trato, poseer una gran cultura y tener facilidad para enseñar. Son consejos de hondo sentido común, si bien están complementados por una percepción sobrenatural: los maestros debían ver en sus alumnos a Jesús educado por María.

José de Calasanz supo, como pocas personas, compaginar la caridad con la justicia. Ambas no son excluyentes ni están enfrentadas, como algunos enseñan, pues las exigencias del derecho a la educación para todos pueden ir revestidas, como es el caso de nuestro santo, de una profunda caridad que ve a Cristo en los demás seres humanos, en particular los más débiles y desfavorecidos. Pensé en esto una vez en la capilla de un colegio de los escolapios, en la que había unas imágenes talladas en madera que representan a Cristo muerto en brazos de su Madre. El rostro de María está envejecido y desfigurado por el llanto, mientras que el de Jesús sigue siendo bello y apacible, pese a las llagas que cubren su cuerpo. Junto a la Madre y el Hijo, un angelote llora contemplando al Señor. Las imágenes eran todo un testimonio de compasión y dolor ante el sufrimiento. Más allá de que pudieran constituir un paso de la Semana Santa, se adivinaba en ellas el espíritu de san José de Calasanz, lleno de una profunda compasión ante el sufrimiento de los inocentes, y por lo mismo capaz de conmoverse ante los padecimientos del Redentor. Cabe llegar así a la conclusión de que no se entendería la labor educativa de nuestro santo sin la profundidad de su vida interior. Por lo demás, el lema de las Escuelas Cristianas era el de «Piedad y Letras». La fe y la cultura no se excluyen. Son tan complementarias como puedan serlo la fe y la razón.

Pese a todo, no se le ahorraron pruebas al fundador de los escolapios. El papa Urbano VIII le llamaría el segundo Job, pues las intrigas y envidias le privaron del gobierno de su orden y le arrastraron a un proceso ante el Santo Oficio. Murió sin ver el definitivo reconocimiento de los escolapios por la Iglesia, aunque estaba convencido de que sus

continuadores lo verían muy pronto. Ocho años después, en 1656, la nueva fundación era reconocida como congregación religiosa. La confianza en Dios se vio premiada en aquel hombre de fe profunda, esperanza incansable y desbordante caridad.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

¡QUÉ BELLA ERES, ROMA!

Tuve oportunidad de contactar en una ocasión con monseñor Hugo de Azevedo, el autor portugués de una biografía de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Don Hugo tenía catorce años cuando el 14 de octubre de 1948 conoció al fundador del Opus Dei, que se encontraba en Oporto para visitar la residencia universitaria de Boavista, de inminente inauguración. Al joven Hugo le llamó la atención su sonrisa, su buen humor y su alegría, todo ello expresado en una canción que entonaba mientras subía de un piso a otro de la residencia. Poco después, Josemaría Escrivá le diría, sonriendo: «*¡Debes de pensar que el Padre está loco!...*», y tras una breve pausa, concluyó con rotundidad: «*¡Pues lo está!*». Hugo de Azevedo, en realidad, pensaba que el Padre era una de las personas más felices que había visto nunca. En todo caso, su «locura» era fruto del amor a Dios.

Su alegría era la de un enamorado y, como todo enamorado, tenía que romper a cantar. Era de los que paladeaban las letras de la jota de su tierra aragonesa y extraía de ellas resonancias divinas. Las canciones de su amada Italia también le servirían para discurrir lo que él calificaba de «coplas a lo divino». Nada de esto es extraño al ser una consecuencia de la unidad de vida en el cristiano, de su amor apasionado por un mundo que ha salido de las manos de Dios. Cuando existe esa unidad, el templo no es el único lugar de encuentro entre el cristiano y Dios. Lo es la vida entera, las personas, los lugares, el arte, la música..., desde el momento en que todo se hace para la gloria de Dios. Cualquier cosa, la página de un periódico o la letra de una canción, resulta un motivo para dirigir el pensamiento a Dios. No es algo forzado, pues sale espontáneo y brota con intensidad del corazón que se siente amado por Dios, hijo de Dios.

¿Qué cantaba san Josemaría aquel día en Oporto? Hugo de Azevedo lo recordará siempre: *Quanto sei bella Roma*, una popular canción romana, compuesta en 1934, con letra de Ferrante Álvaro de Torres y música de Cesare Andrea Bixio. San Josemaría la entonaba con voz natural, bien timbrada y vibrante. Conociendo la letra, me atrevería a decir que la cantaría con una cierta emoción, paladeándola incluso, pues encierra referencias a algunos de sus amores, trasunto de otro más grande: el de Cristo.

El fundador del Opus Dei amaba apasionadamente a Roma. Y es que Cristo y Roma forman un matrimonio indisoluble desde que aquel Pescador de Galilea estableciera allí hace veinte siglos la sede de la Iglesia. En *La Divina Comedia*, Dante nos habla del Paraíso como «*esa Roma donde Cristo es romano*». Un corazón católico, universal,

como el de Josemaría Escrivá, tenía forzosamente que escribir este profundo sentimiento en su libro póstumo, *Forja*: «Hazte cada día más 'romano', ama esa condición bendita, que adorna a los hijos de la única y verdadera Iglesia, puesto que así lo ha querido Jesucristo». Se entiende así muy bien su reacción, hacia las nueve y media de la noche del sábado 23 de junio de 1946. En ese instante, y tras un prolongado y fatigoso viaje por mar, llegaba san Josemaría a Roma. En esa noche de San Juan, la más corta del año, las sombras se imponían pesadamente sobre el crepúsculo vespertino, aunque la cúpula de San Pedro resultaba todavía perceptible en el horizonte. El coche que le llevaba cruzaba la vía Aurelia. No habían entrado aún en la ciudad pero la repentina y majestuosa aparición del *cuppalone*, como lo conoce el pueblo romano, emocionó vivamente al fundador del Opus Dei. Su sueño de tantos años se había cumplido, y su alegría, fiel compañera de su fe, se manifestó en un *Credo* rezado en voz alta. Había escrito años antes en *Camino*: «Católico, Apostólico, ¡Romano! — Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu 'romería', 'videre Petrum', para ver a Pedro». Venía a hacerse, si cabe, más romano aún. Venía a quedarse para siempre. Estaba destinado a ser, tal y como diría el cardenal vicario de Roma Ugo Poletti con motivo de la beatificación, «un santo romano».

Se entiende así que hiciera suya una canción romana, *Quanto sei bella Roma*, escrita en «romanesco», ese peculiar dialecto que ha producido en los dos últimos siglos una literatura impregnada de un ingenioso y penetrante sentido del humor, del que dan testimonio los poemas de Giuseppe Gioachino Belli y de Trilussa. *Quanto sei bella Roma* encierra emoción o, más bien, fascinación por Roma en pocas y escogidas palabras. Canta la belleza de Roma en primavera pero además se fija en otra belleza cotidiana: la belleza del *tramonto*, del crepúsculo romano, cuando los colores ocre y rosa de las fachadas de los edificios se transfiguran en tonos fosforescentes. Es *prima sera*, como dice la letra de la canción, es el atardecer. A diferencia de otros lugares, se diría que los atardeceres romanos son lentos y pausados, como si la naturaleza se extasiara en el preludeo a la noche. Josemaría Escrivá aprovecharía la contemplación de esas luces maravillosas para rezar. En algún momento su corazón se impregnaría de ansias de eternidad: las mismas que expresara san Agustín al final de sus *Confesiones* (13, 50), cuando piensa en un tiempo sin ocaso y pide a Dios «la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin ocaso».

Quanto sei bella Roma se refiere además a tres lugares de la Urbe: el Tíber, el Capitolio y San Pedro. «*Er Tevere te serve de cintura*», el Tíber ciñe a Roma, la rodea y contempla a cada orilla los dos símbolos de su grandeza: el Capitolio, expresión de las glorias de la ciudad fundada por Rómulo, y San Pedro del Vaticano, el lugar que ha convertido a Roma en la Ciudad Eterna, en una antesala del paraíso.

SAN JOSÉ MARÍA RUBIO PERALTA

CON LA FUERZA DE LA ORACIÓN

Al entrar en la iglesia del Sacramento en Madrid, que en otros tiempos fuera la sede del convento de las Bernardas, llama la atención la presencia de dos confesonarios en la entrada. Uno de ellos fue utilizado por el jesuita san José María Rubio Peralta entre 1893 y 1907 cuando fue capellán de las monjas. Según diversos testimonios, pasó allí muchas horas, sin contar las que estuvo en la tribuna de la iglesia haciendo oración ante el sagrario, un rasgo habitual de muchos santos que han sido personas contemplativas. No pude por menos de recordar, a la vista de aquel confesonario, este pasaje del salmo 33, 3: «*Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo libra de sus angustias*». Allí se sentó un padre de los pobres y desamparados de Madrid, alguien puesto por Dios para escuchar a quien no tiene quién le escuche y para perdonar sus pecados. El padre Rubio era de carácter tímido y callado. Desde una óptica puramente humana no habría sido el más adecuado para una labor apostólica. Sin embargo, Dios le había dado el don de ver a Cristo en los más necesitados. Caridad y apostolado van siempre unidos.

Pero José María Rubio no habría sido el apóstol de aquel Madrid de suburbios, de soledades y desarraigos, en el que las miserias humanas eran a la vez miserias espirituales, si no hubiera tenido el fundamento imprescindible de la oración. Era un recurso que utilizaba antes de subir al púlpito, plenamente convencido de las palabras de Jesús: «*Sin Mí, no podéis hacer nada*» (Jn 15, 5). Con todo, no debemos olvidar que la oración no consiste en bombardear a Dios con peticiones y desplegar ante Él un gran abanico de proyectos, que por el hecho de que nos consideremos buenos, pensamos que tenemos derecho a que nos salgan bien. La oración es, ante todo, dejar hablar a Dios en el interior de nuestras conciencias. Muchas veces no encontraremos las palabras oportunas y tendremos que limitarnos a contemplarle, a pensar en Él, pues hemos ido a la oración para estar a su lado. Para el cristiano se ha hecho una realidad plena lo que la Biblia dice de Moisés, que hablaba cara a cara con Dios como si se tratase de un amigo (Ex 33, 11). «*Jesús no se cansa de esperarte*», acostumbraba a decir el padre Rubio. Y sabía muy bien lo que estaba diciendo. Buscaba continuamente tiempo para la oración, aunque llegaría a aprender, poco a poco, que todo puede transformarse en oración.

El Madrid del padre Rubio era más galdosiano que arnichesco, un Madrid de miserias y escaseces en el que los más pobres trabajaban duramente por un pedazo de pan y se hacinaban en los pisos altos de los edificios o en infraviviendas de barrios periféricos.

Enfermedades como el tifus, la tuberculosis y la gripe hacían estragos entre ellos. Las mujeres y los niños llevaban siempre la peor parte, condenados a trabajos agotadores y privados de toda instrucción, mientras que los hombres pasaban las horas en la taberna discutiendo con pasión y escaso discernimiento sobre los toros o la política. El progreso técnico de aquella España, llegada con retraso a la revolución industrial, contrastaba con la falta de progreso social. Esto era terreno fértil para manifestaciones, huelgas y atentados, expresiones de un remolino de odios que afloraría en toda su crudeza en la guerra civil española. Por desgracia, la reacción ante estos hechos de ciertos sectores acomodados de la población era la indiferencia, y no pocas veces exhibían un orgulloso desprecio ante las situaciones de miseria. Hay quien se consideraba oficialmente católico, con toda clase de prácticas religiosas externas, aunque en su corazón se asemejaba a una especie de calvinista, supuestamente bendecido por Dios con una riqueza a la que no podían tener acceso todos aquellos «inútiles» dominados por la pereza, la embriaguez y otros vicios.

La España de aquella época era más trágica que castiza, pero era un lugar en el que no faltaban oportunidades para hacer el bien, algo practicado por aquel jesuita amable y sonriente que no se arredraba ante miradas hoscas o desconfiadas. Había sacado una fuerza, que no era la suya, de las largas horas de oración ante el sagrario. La iglesia no era para él un lugar de refugio frente a un ambiente social enrarecido, pues el Cristo encontrado en el templo, en la celebración de una misa intensamente vivida, tenía su prolongación en el Cristo de los pobres. En cada momento histórico no faltan seguidores de Cristo para alumbrar a los que viven en la oscuridad. El padre Rubio fue uno de ellos, y no escondía su lámpara sino que la colocaba de forma visible para alumbrar a todos los de la casa (*Mt 5, 15*). Pero su lámpara no estaba encendida desde la ostentación sino desde la sencillez. Como muchos otros santos, procuraba hacer bien sus labores cotidianas como ofrenda agradable a Dios. Toda su existencia e inquietudes podían resumirse en la frase que acostumbraba a repetir: «*Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace*». No siempre es fácil, aunque costará menos esfuerzo desde una vida de oración frecuente y de confianza total en Dios, como la que practicaba el padre Rubio. Era un tesoro recibido de su familia cristiana, y por eso aconsejaba a uno de sus amigos en una carta: «*De todo lo mucho que debemos a nuestros padres, el mayor beneficio ha sido educarnos cristianamente, y Dios les premiará este bien que nos han hecho*». Pensaría muy especialmente en su madre, Mercedes Peralta, que le educó con el ejemplo continuo de su fe, en su pueblo natal, la localidad almeriense de Dalías.

Tener la presencia de Dios, recomendada por el padre Rubio, no aleja a un cristiano de sus ocupaciones habituales, pues está llamado a encontrar a Dios en todas las cosas. Decía el santo jesuita: «*¿Cómo no vamos a pensar en otra cosa si, aunque no queramos, tropezaremos con Él en todo? ¿No ve que lo llena todo y está trabajando por usted y por mí?*». La vida para el santo jesuita es un camino que Cristo recorre con nosotros. Al ver en los demás a otros Cristos, su actitud era de pleno servicio, como sucedió en los meses en que fue párroco de la localidad madrileña de Estremera, donde demostró tener una cercanía y una familiaridad similares a las de Jesús. Aquel sacerdote era la expresión del

rostro misericordioso de Jesús contemplado en los pobres y en los necesitados de toda condición, carentes de lo espiritual y lo material. Demostró que era contemplativo en todas las ocasiones, pues igual que a su Maestro le importaba la gente: «*Me da lástima esta gente*» (Mc 8, 2).

Pero el padre Rubio no reducía la compasión a los buenos sentimientos, una actitud poco operativa. Por el contrario, su actitud era la de la entrega de sí mismo, muy semejante a la entrega de Jesús que da la vida por sus ovejas (Jn 10, 11). «*Hay que lanzarse*», decía a las personas que dirigía espiritualmente y a las que animaba para levantar escuelas en los suburbios madrileños. El padre Rubio era consciente de su propia debilidad, aunque su audacia era el fruto de una estrecha unión con Cristo. La confianza que le infundía el trato con el Maestro le llenaba de una paz que sabía transmitir a otros.

SAN JUAN DE ÁVILA

UN MAESTRO DE ORACIÓN

Los cristianos creen que Dios tiene la última palabra en sus vidas y que puede intervenir en ella deshaciendo los propios planes y sustituyéndolos por los suyos, porque «*mis pensamientos no son vuestros pensamientos, mis caminos no son vuestros caminos*» (Is 55, 8). Vendrá un día en que lleguen a la conclusión de que la elección divina ha sido mejor que la suya. Esta elección se presentará muchas veces por medios ordinarios, y otras por extraordinarios, como le sucedió a Pablo en el camino de Damasco, cuando rindió sus intenciones de perseguidor y preguntó a Jesús: «*Señor, ¿qué quieres que haga?*» (Hch, 9, 6). Algo parecido le sucedió a san Juan de Ávila en Sevilla, en 1527. Hacía un año que se había ordenado sacerdote y tras celebrar su primera misa en su pueblo natal, Almodóvar del Campo, repartió entre los pobres la fortuna heredada de sus padres para marchar a las Indias, con punto de partida obligado en la ciudad hispalense. Sin embargo, Fernando de Contreras, doctor por Alcalá y prestigioso catequista, al que Juan conoció al llegar a Sevilla, pronto se dio cuenta de sus cualidades y de su fervor apostólico. Pidió al arzobispo sevillano que le disuadiera de su viaje, pese a que todo estaba ya preparado. Juan iba a acompañar al dominico aragonés fray Julián Garcés en su partida hacia México, donde había aceptado, pese a tener setenta y cinco años, su nombramiento como obispo de Tlaxcala.

Finalmente, renunció a su aventura americana para desarrollar su apostolado en España, particularmente en Andalucía, al tiempo que continuaría sus estudios teológicos en los años siguientes. No sabemos si por algún momento llegó a arrepentirse de este cambio de rumbo en su vida, pues en 1531 fue procesado por la Inquisición y encarcelado durante dos años en Sevilla, pues algunas de sus palabras y escritos fueron tachados de disparatadas herejías. Sin embargo, dio muestras de paciencia e incluso redactó en la cárcel su tratado de espiritualidad, *Audi filia*, una de las obras cumbres de la literatura mística española. Absuelto de las acusaciones de heterodoxia en 1533, Juan partió para Córdoba y luego para Granada, llamado por el arzobispo Pedro Guerrero, conecedor de sus dotes teológicas. Aquel sacerdote de escasa salud y menor fortuna terminó por convertirse en uno de los más grandes teólogos y directores espirituales de su tiempo, y se relacionó con personajes que llegaron a ser santos: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Dios, Francisco de Borja, Ignacio de Loyola, Pedro de Alcántara, entre otros. Para todos ellos era el Maestro Ávila, que realizó además numerosas

contribuciones al concilio de Trento, aunque por motivos de salud no pudiera estar presente en las sesiones. Fundó la universidad de Baeza y varios colegios menores para la formación del clero, con lo que se anticipó a las disposiciones conciliares que dieron origen a los seminarios. Su pasión por formar sacerdotes ejemplares y santos llevó a Pío XII a proclamar a Juan de Ávila patrón del clero español. Finalmente el 7 de octubre de 2012, Benedicto XVI le elevó a la categoría de doctor de la Iglesia. No consiguió un doctorado en vida, aunque su magisterio fue ampliamente reconocido en la España en que vivió y en otros países europeos. Se cuenta que los católicos ingleses, en época de persecución, acostumbraban a leer para confortarse una traducción de *Audi filia*, que sigue siendo la obra de referencia de Juan de Ávila.

Nuestro santo podía haber sido un gran misionero entre los tlaxcaltecas, pero su misión apostólica se desarrollaría exclusivamente en España, donde había mucho por hacer por un pueblo con necesidad de santos y doctos pastores. De ahí la preocupación de Juan de Ávila por los sacerdotes y por la renovación de la vida consagrada, que en aquella época se manifestó con la aparición de nuevas órdenes como los jesuitas y de otras reformadas como los carmelitas descalzos. Se cuenta que el propio san Ignacio hubiera querido tener al maestro Ávila en las filas de la compañía de Jesús y que santa Teresa le pedía consejo en las cartas que le dirigía. Ambos admiraban la fe profunda y viva de aquel gran lector de san Pablo, uno de cuyos pasajes glosaba en estos términos: *«Tomad las armas de la fe (Ef 6, 11) porque el que se arma con la fe viva, está fuerte para resistir, porque lo que en su corazón tiene de las cosas espirituales y eternas le hace menospreciar todo lo de acá y tener en poco cualquier trabajo que por alcanzar aquellas le viene».*

Sin embargo, los grandes obstáculos para la fe suelen provenir del ambiente. La España del siglo XVI era oficialmente católica, aunque también era la primera potencia europea, pródiga en territorios y recursos naturales, si bien con el paso del tiempo se iría quedando exangüe. En situaciones de prosperidad para las sociedades suele haber dos obstáculos para el mensaje cristiano: el de la semilla caída entre las zarzas (*Lc 8, 14*), los afanes por las cosas terrenas que sofocan la recepción de la palabra de Dios; y luego, el olvido de los desfavorecidos o marginados de la sociedad, los que no participan del bienestar de los que están arriba, o ven sus escasos recursos esquilados por la voracidad de un Estado ansioso por consagrar su hegemonía y prestigio. En estas circunstancias muchos pueden llegar a un olvido progresivo de Dios, pese a las apariencias externas de religiosidad. Es la eterna tragedia del hombre de todos los tiempos, que pone el cristianismo entre paréntesis porque sus ojos se van detrás de muchas otras cosas, en apariencia más atractivas. A este respecto, san Juan de Ávila escribía: *«El hombre con Dios es como Dios, y sin Dios es grandísimo tonto y loco. ¿Qué es el mundo sin el sol? Una noche oscura. ¿Qué es la gente sin Dios? Una noche oscura. ¿Qué hacemos sin Él sino tornarnos en nada?».*

El maestro Ávila fue hombre de acción y de contemplación, pues antes de hablar de Dios dedicaba mucho tiempo a profundizar en la Sagrada Escritura y a la oración mental. Recomendaba a sus oyentes y lectores ser *«amigos de la Palabra de Dios»*, auténtico

punto de partida para la oración, para la que habría que buscar un lugar apartado del bullicio. La lectura espiritual ayuda a buscar la presencia de Dios, si bien nuestro santo matizaba que debemos pedir humildemente al Señor que nos hable. Habrá que interrumpir la lectura si las palabras leídas nos sugieren algún pensamiento, afecto o propósito para nuestra vida cristiana. Es el momento de dejar obrar a Dios que suscita buenas inspiraciones en el alma. Pero además la oración debe de ser de arrepentimiento, en sintonía con las palabras del salmista: «*Un corazón contrito y humillado tú no lo desprecias*» (Sal 51, 17).

La oración no consiste, sin embargo, en hablar mucho, porque también hay que dejar hablar a Dios. En la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14), el primero habla demasiado aunque solo lo hace para justificarse. San Juan de Ávila definía así a los fariseos: «*Tienen el cuerpo de rodillas y el alma tiesa*». En cambio, la actitud del cristiano ha de ser conforme a lo expresado en el salmo 44, 11-12: «*Escucha, hija mía, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, prendado está el rey de tu belleza*». Estas palabras dan título a *Audi filia*, uno de los grandes libros de todos los tiempos para hacer oración. En esta obra el maestro Ávila propone un itinerario espiritual al cristiano para superar al viejo Adán, recibido en el nacimiento, y llegar después a identificarnos con Cristo, el nuevo Adán, cuya voz es una invitación a la perfección.

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

ALMAS PARA FORMAR

La segunda mitad del siglo XVII fue una época en Francia de turbulencias político-sociales y de debates ideológicos y religiosos. Por un lado, este reino alcanzaba la hegemonía en Europa, pero internamente se veía desgarrado por la frecuencia de las querellas en la universidad de la Sorbona y la difusión del jansenismo y del quietismo. Tampoco olvidemos los intentos del galicanismo, paralelos al ascenso al poder de Luis XIV, de someter a la Iglesia bajo su dominio. A esto habría que añadir el crecimiento de la indiferencia religiosa, con base en el racionalismo exacerbado que se extendía en los ambientes intelectuales y que empezaba a confundir la fe con modos arcaicos de superstición. Eran años de crisis de conciencia no solamente en Francia sino también en Europa, como recordaría en 1935 el historiador Paul Hazard. En aquella sociedad pululaban los reformadores de todo tipo, rebosantes de perfeccionismo y purismo, aunque en ella brillaba por su escasez la caridad y existía una cierta indiferencia ante las miserias materiales y morales del pueblo. Las principales víctimas de esta situación eran los niños y los jóvenes, abandonados a su suerte en las tinieblas de la ignorancia cultural y religiosa, con riesgo de caer en toda clase de vicios.

No obstante, no todos los hombres de Iglesia veían la urgencia de combatir aquellas lacras sociales. Para algunos, su condición eclesiástica era más un estado que una misión. Ese habría sido el destino de Juan Bautista de La Salle, hijo primogénito de una noble familia de Reims. Con tan solo quince años, ya había sido nombrado canónigo de la catedral de su ciudad de origen, sin ni siquiera haber sido ordenado sacerdote. La ordenación le llegaría en 1678, próximo a cumplir los treinta años, y todo apuntaba a que Juan Bautista haría carrera eclesiástica, como otros hijos de familias nobles de la época. Pero al igual que le sucediera casi un siglo antes a José de Calasanz, el joven clérigo tenía los ojos bien abiertos y un gran espíritu de amor al prójimo, en paralelo a su amor a Dios. Esto le haría reparar en el lamentable estado de tantos niños y adolescentes que vagaban errantes por las calles, sin cariño y sin hogar, como ovejas sin pastor, y madurará la idea de crear escuelas gratuitas, en las que se pueda proporcionar formación académica y educación cristiana. Con todo, a Juan Bautista, que terminó por renunciar a su canonjía, le entraron las dudas, pues no sabía cómo llevar a cabo la tarea a la que se sentía llamado. Resolverá sus vacilaciones, como han hecho otros santos, con el abandono incondicional en Dios a la hora de fundar sus escuelas cristianas. Se postró

ante el Sagrario y exclamó: «*Si las fundáis Vos, estarán bien fundadas. Si no las fundáis, no tendrán fundamento*». Dejaría que Dios sea el auténtico artífice de la fundación, pues estaba convencido de que no era una iniciativa puramente humana. Podría cantar con el cántico del profeta Habacuc: «*Señor, he oído tu fama, me ha impresionado tu obra. En medio de los años, realízala; en medio de los años, manifiéstala; en el terremoto, acuérdate de la misericordia (Ha 3, 2)*».

Juan Bautista de La Salle buscaba mucho más que instruir. Quería una entrega total de sus maestros hacia los alumnos, y les recordará en una meditación: «*Vosotros os habéis comprometido ante Dios a responder de todos aquellos a los que instruíis. Al tomar el cuidado de sus almas, os habéis comprometido en cierto modo a responder alma por alma. ¿Ponéis tanto cuidado en su salvación como en la vuestra? Para procurarla debéis no solo dedicarles todos vuestros desvelos, sino consagrarles la vida entera y todo lo que sois*». Los maestros no solo han de enseñar sino que han de practicar con el ejemplo, pues la conducta puede convencer mejor que todas las palabras. Un maestro cristiano, tal y como recordará La Salle, tiene la obligación de orar por aquellos de quien está encargado de instruir, como si todos fueran huérfanos, pobres y abandonados. Esto explica que el espíritu de las Escuelas Cristianas naciera bajo los signos de la fraternidad y del servicio. Será posible gracias a un grupo de jóvenes sinceros y generosos que deseaban ser maestros de los niños pobres. Ellos conseguirán que se abran a lo largo de la geografía francesa escuelas para niños, escuelas de artes y oficios, escuelas para maestros e incluso escuelas en las que se ofrece ocupación a quienes estaban en la cárcel. Pese a todo, la idea de una educación concebida como servicio, molestaba a quienes solo la consideraban como un modo más de ganarse la vida. Por el contrario, el fundador de las Escuelas Cristianas no veía en los niños «*un vaso que llenar sino un alma que formar*».

Sin embargo, las envidias estuvieron a punto de terminar con la obra de La Salle e incluso algunos de esos jóvenes maestros, a los que el fundador había recibido con tanto cariño, le abandonaron y le traicionaron. Hay que recordar el caso de uno de los primeros jóvenes que vivieron en la comunidad de La Salle, destinado por sus padres al estado eclesiástico. Era un muchacho que tenía un criado a su servicio y disponía de una habitación exclusiva, pero el ambiente de la comunidad, lleno de alegría y de sencillez, terminó por atraerle. Renunciará a su criado, compartirá los trabajos más humildes y pedirá la admisión entre los hermanos de las Escuelas Cristianas. Con todo, su familia no podía aceptar que un noble rebajara su posición social al estatus de un maestro pobre y para los pobres, por lo que le obligaron a abandonar la comunidad e ingresar en otra orden religiosa, donde falleció dos años después.

Por un momento, Juan Bautista de La Salle estaba convencido de haber sido la principal causa de su fracaso, por lo que se apartaría de su comunidad para rezar y reflexionar. Al cabo de un tiempo, los Hermanos le pedirían volver a hacerse cargo de las escuelas, pese a que su salud está muy deteriorada. Fueron años, hasta su fallecimiento en 1719, en los que el santo se dedicó a redactar una serie de meditaciones para todos los domingos del año, así como para otras fiestas del año litúrgico. Las

meditaciones serían el fruto de su oración, pues de allí sacaba la fortaleza y la audacia que le acompañaron a lo largo de su vida. Fue un hombre de profunda vida interior y de gran amor a la Iglesia en una época en la que muchos se postraban ante el galicanismo político y eclesiástico. Pero antes que al César, representado por el «cristianísimo rey de Francia», Juan Bautista de La Salle reverenciaba al representante de Cristo en la tierra, el Papa de Roma. Solía añadir a su firma las palabras «sacerdote romano» y soñaba con trasladar un día la sede de su instituto a Roma. Esto se haría realidad a principios del siglo XX, al tiempo que recibían allí definitiva sepultura sus restos mortales. Era el merecido reposo de quien también fue perseguido por su fidelidad a Roma. Unos meses antes de su muerte, escribía una carta en términos claros y expresivos de sumisión al Papa y a la Iglesia romana. Su fervorosa fidelidad fue reconocida por Juan Pablo II, con motivo del tercer centenario de la fundación del instituto lasaliano, en una carta en la que ponía como ejemplos a imitar en San Juan Bautista de La Salle *«su vida de continua unión con Dios, su sentido profundo de la presencia de Dios»*.

SAN JUAN DE LA CRUZ

¿ADÓNDE TE ESCONDISTE?

Un amigo me comentó una vez que estaba leyendo un libro apasionante, una novela histórica cuyo protagonista recorría diversos países en busca de un libro que contenía uno de los nombres ocultos de Dios. Tras ser invocado, otorgaría a su conocedor una defensa frente a todo peligro y un sinfín de poderes. Me recordó el argumento de una conocida película de aventuras que narra la búsqueda de un peculiar santo grial: un cáliz de madera que daría a su poseedor la «vida eterna», entendida como inmortalidad para ejercer el dominio sobre el mundo. Es curioso que en un tiempo tan desmitificador como el nuestro, abunden estas evasiones de la realidad no solo con novelas y películas sino, sobre todo, con la lectura de libros esotéricos cuyas estanterías se miden en metros en las librerías de las grandes superficies. «Ni son ciencias ni están ocultas» me recordó una vez, con certera expresión, un amigo biólogo.

Sin embargo, hay personas que confunden la religión con la magia, como escribiera una vez monseñor Fulton J. Sheen, un arzobispo americano con fama de santidad. Por si fuera poco, están persuadidas de que los *misterios* religiosos son exclusivamente para los «iniciados», para una minoría selecta de autosuficientes a la caza de unos pretendidos conocimientos dispensadores de toda clase de satisfacciones y poderes. En otros casos, hay quien busca lo que Aristóteles calificaba de virtudes *dianéticas*, la adquisición de una serie de hábitos perfeccionadores de ciertos aspectos de la persona. Una tendencia en la que predomina el esoterismo, el *marketing* o ambas cosas a la vez. Esta obsesión por las «sabidurías ocultas» se ha dado incluso en épocas supuestamente más cristianas que la nuestra. Sin ir más lejos, en el siglo XVII san Luis María Grignon de Monfort no creía en la existencia de la piedra filosofal y señalaba que la única piedra filosofal de los cristianos era «*la que por medio de la paciencia hace preciosos los metales más viles y transforma los dolores más agudos en delicias, las humillaciones más profundas en alegría*». Una referencia a la paciencia que solo puede entenderse desde la imagen de un Dios hecho hombre.

En la España del siglo XVI vivió un hombre llamado Juan que creía en la existencia de un camino para la divinización, accesible por lo demás a todo aquel que quiera recibirlo: llegar a ser hijos en el Hijo del Padre por obra del Espíritu Santo. Lo dice también otro Juan, el evangelista: «*Pero a todos los que le recibieron, les dio el poder de hacerse hijos de Dios*» (Jn 1, 12). Juan de Yepes se convirtió para buscar a Dios en el carmelita

fray Juan de la Cruz. No le faltaron cuatro años de estudios en la universidad de Salamanca en cuyo archivo aparece matriculado como *artista*, pero Juan también había leído este pasaje evangélico que le llevó a huir del camino fácil: «*El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí*» (Mt 10, 38). Con las penalidades y prisiones experimentadas en su tarea reformadora del Carmelo, san Juan de la Cruz pudo comprobar personalmente que no se trata de un seguimiento sencillo. Tampoco lo es en la vida interior.

En su *Cántico espiritual* pregunta a su Amado: «*¿Adónde te escondiste?*», y glosa a continuación que es la propia alma el aposento donde Él mora y el escondrijo donde está escondido. Sin embargo, es permanente la tentación de los hombres de buscar a Dios fuera de sí mismos. El resultado no puede ser otro que la forja de dioses falsos, de ídolos que pretenden llenar las ansias del ser humano. Son dioses hechos a la imagen del hombre por un hombre que ha olvidado que es imagen de Dios y templo suyo (2 Cor 6, 16). Con todo, muchos preguntarán que si Dios está dentro de nosotros, ¿cómo es que no lo encontramos ni sentimos? La respuesta nos la da el propio Juan de la Cruz: «*La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle*». Es una clara invitación a la oración en la que también está presente aquel consejo de Jesús: «*Entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*» (Mt 6,6).

A Dios se le encuentra en el recogimiento interior. Es el espíritu el que ha de replegarse y solo así podrá llenarse de la presencia de Dios tanto en los lugares más solitarios como entre el ajetreo de las muchedumbres. Dios está escondido pero no oculto. Hay que recordar que los dioses ocultos son falsos dioses de engañosas promesas. Los cristianos tenemos que dar razón de nuestra esperanza de ver un día, cara a cara, al Dios escondido. Mientras tanto, nuestra vida viene a ser una ascensión, con alternancia de dificultades y descansos, al Monte Carmelo. Nuestra búsqueda del Dios escondido ha de ir siempre acompañada de aquello que recomienda el santo carmelita: la fe y el amor. «*La fe son los pies con los que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina*». Podríamos añadir que la fe y el amor son los dos ojos de una misma cabeza. Nuestra visión del mundo sería necesariamente incompleta si nos faltara uno de esos dos ojos. La fe sin amor son ásperas espinas que al final acaban sofocando la propia fe (Mc 4, 18-19). El amor sin fe es una semilla caída entre pedregales que termina marchitándose cuando cae de plano el sol de las dificultades (Mc 4, 16-17). No son indispensables, por tanto, grandes estudios y especializados libros para encontrar al Dios escondido, pues es un Dios que ha querido ponerse al alcance de todos los hombres.

SAN JUAN DE DIOS

UNA VIDA INQUIETA

La vida de João Cidade Duarte, un comerciante portugués que llegaría a ser conocido como san Juan de Dios, es un itinerario de búsqueda, una existencia de corazón inquieto. Se prolongó hasta el 8 de marzo de 1550, fecha en que se extinguió en Granada su vida terrena. Sus inquietudes se remontaban a los años de infancia en su tierra natal. Aquel hijo de un vendedor de fruta soñaba, y en esto coincidía con su padre, en vivir una vida rica en gloria y aventuras en lejanas tierras. Los nombres de Bartolomé Dias, Alvares Cabral o Magallanes evocaban para el pequeño João mundos y escenarios en los que él también quería estar presente. Se desbordaría, sin duda, su imaginación con la sola mención de Guinea, el cabo de Buena Esperanza, Goa o Malaca. Sin embargo, Dios le tenía preparada una aventura mucho más grande y perdurable, una aventura con raíces sobrenaturales que ha tenido su continuidad, a lo largo de cinco siglos, en los hermanos de san Juan de Dios.

João Cidade, al que el arzobispo de Granada mudaría el nombre en Juan de Dios, tenía el aspecto de un soñador errante. Con tan solo ocho años abandonó la casa de sus padres para irse con un desconocido que había encontrado allí comida y alojamiento por una noche. Aquel desconocido fascinó a la familia con el relato de sus supuestos viajes. Nada sabemos de él, mas lo cierto es que Juan dejó su casa y deambuló por tierras castellanas hasta acabar como pastor del toledano Francisco Mayoral, intendente de los ganados del conde de Oropesa. Allí encontró una nueva familia que le educó como un hijo y hasta podría haberse convertido en el yerno de su patrón. Tenía veintiocho años y todo parecía indicar que la vida de Juan se estabilizaba definitivamente. No fue así, pues las pasadas ansias de ser navegante fueron sustituidas por las de ser hombre de armas. Sin embargo, en Juan vivía más el espíritu del caballero medieval que el del soldado. De ahí su decepción con la vida militar, que solo le aportará sufrimientos físicos y humillaciones morales. No encontró la gloria de las armas cuando se puso al servicio de Carlos V, ni al luchar en Fuenterrabía contra los franceses ni en la espectacular expedición de 1529 que, sin grandes combates, obligó a los turcos a levantar el asedio de Viena. Próximo a cumplir cuarenta años, encontramos otra vez a Juan en tierras españolas, aunque esta vez como tratante de ganado en Sevilla y librero en Granada. Esta última ocupación podría haber servido para asentar su vida, pero tampoco fue así.

El oficio de librero le despertó nuevamente unas inquietudes espirituales que nunca

había perdido. Le dio por leer muchos textos de espiritualidad, hasta el punto de gastar sus escasos ingresos en adquirirlos. Seguía de este modo el consejo de un sacerdote al que conociera en Ceuta y que le había recomendado la lectura del evangelio y de libros espirituales. Estas lecturas servirían para remover su corazón, si bien una cosa muy distinta es leer y otra poner las lecturas en práctica. Todos podemos ser teóricos formidables, y las buenas lecturas son capaces de despertar toda clase de afectos e inspiraciones. Pero lo importante es escuchar —o leer— la palabra de Dios y ponerla en práctica en nuestra vida (*Lc 11, 28*). No es difícil asentir a las palabras del Evangelio. Lo complicado es adaptar la propia vida a sus exigencias.

El librero Juan era consciente de la superioridad de los libros espirituales sobre los libros de caballería, tan demandados en aquella época. De hecho, recomendaba a sus clientes adquirir libros de espiritualidad al tiempo que los de caballería. Con todo, llegó un momento en que los ideales terrenos y espirituales chocaron. Juan había experimentado personalmente que la gloria de los caballeros era oropel y gloria vana. Una cosa eran las relucientes armaduras, y otra muy distinta la soldadesca. Aquella gloria tenía muy poco de laureles heroicos y mucho de saqueos y botines. Pero Juan apreciaba los libros espirituales y citaba en sus cartas pasajes bíblicos y de la *Imitación de Cristo*. No obstante, esto no calmaba sus inquietudes y tendría que dar otro paso: el de la conversión personal. Un sermón de san Juan de Ávila, escuchado el 20 de enero de 1539, fue un revulsivo para el librero de Granada. Desde entonces solo tuvo deseos de hacer penitencia por sus pecados y entregarse al servicio de los pobres y de los enfermos. Sus inquietudes ya no tenían que satisfacerse en lejanas tierras. Empezaba en su vida la aventura del amor a los demás por el amor a Cristo.

No le importó que le tacharan de loco, y en los últimos diez años de su vida se dedicó a dar a los enfermos un trato humano, o mejor dicho, cristiano. En los hospitales de la época se agolpaban los enfermos, sin distinción de dolencias, y era frecuente que varios ocuparan una misma cama. Juan había comprobado con amargura que muchas veces los que tenían que cuidar a los enfermos, los maltrataban. Eran carceleros más que enfermeros. El hospital fundado por Juan de Dios no sería así. El santo partía de la convicción de que los pobres y los enfermos son el mismo Cristo. Recuerdo todavía la impresión que me produjo una talla moderna de madera del santo que se venera en la capilla del hospital de San Rafael, en Granada. San Juan de Dios carga sobre sus hombros a un pobre anciano y enfermo. Lo lleva con exquisito cuidado como si se tratara de la oveja perdida del evangelio (*Lc 15, 1- 7*), pero lo que conmueve es que los rasgos del enfermo se identifican con los de Cristo.

¿Quién habría de tratar mal a Aquel que había dicho que lo que hicisteis a estos mis humildes hermanos a mí me lo hicisteis (*Mt 25, 40*)? Pero Juan nunca olvidaba la finalidad última de todas estas labores: llegar las almas a través de los cuerpos. Su caridad y piedad ardientes harían que la fama de loco se transformara en fama de santo. De él dijo Lope de Vega: «*Amó a Dios niño en la cuna, y en el hospital, a Dios enfermo en el lecho*».

31

SAN JUAN MARÍA VIANNEY

EL SANTO DE LA PERSEVERANCIA

Los santos tienen que combinar su fe y las gracias recibidas divinas con una constante perseverancia para seguir adelante en el camino por el que Dios les ha llamado. No todos los santos han sido brillantes teólogos ni han destacado por sus escritos. No todos han tenido las mejores cualidades humanas y ninguno carecía de defectos. Si han alcanzado la santidad es por haber sabido mostrarse dóciles a las mociones divinas, que no les habrían llegado si no hubieran sido almas de intensa y continua oración. El caso de san Juan María Vianney, más conocido por el Cura de Ars, es un claro ejemplo de cómo Dios sabe sacar adelante a quienes corresponden a su llamada y de cómo transforma a aquellos que son tenidos por poca cosa en el mundo.

El Cura de Ars es el patrón de los párrocos del mundo y muchos sacerdotes se acogen a su intercesión. No tuvo fácil el camino del sacerdocio, y no solo por el ambiente hostil o indiferente de la Francia posterior a la Revolución Francesa que le tocó vivir. El primer obstáculo residía en sus limitadas capacidades de estudio. Se ordenó tardíamente, con veintinueve años, y a punto estuvo de no hacerlo dadas sus dificultades con el latín, el idioma de las clases y de los exámenes en los seminarios. ¿Cómo podía estudiar teología alguien que no dominara el latín? ¿Cómo podría desenvolverse ante un tribunal que le examinaría en esa lengua antes de acceder al sacerdocio? San Juan María tuvo que estudiar Teología en francés gracias a la benevolencia de alguno de sus profesores, aunque los resultados de sus exámenes siguieron sin ser brillantes. Los responsables del seminario de Lyon llegaron a pedirle que abandonara, y durante unos meses, el joven seminarista estuvo barajando la posibilidad de ser un simple religioso. Ni siquiera tenía el consuelo de su madre, fallecida pocos años antes, para mitigar su angustia y pasó mucho tiempo llorando ante el sagrario. Solo le quedaba abandonarse en Dios y en su Madre ante lo que parecía un callejón sin salida.

Pese a todo, sería su vida de intensa piedad la que le abriría las puertas del sacerdocio. El vicario de la diócesis de Lyon, monseñor Courban, fue testigo de su piedad, de su amor a la Virgen y de su persistencia confiada en el rezo del rosario. Si era un alma de oración, podría llegar a ser un buen sacerdote. Habría que dejar a Dios poner el resto. En consecuencia, recibió el orden sacerdotal el 13 de agosto de 1815. Alcanzó así su ilusión más esperada. No concebía nuestro santo el sacerdocio como un remedio para campesinos sin recursos o un medio para alcanzar gloria y honores humanos. Ser

sacerdote le sobrepasaba y en alguna de sus catequesis está muy presente lo que sintió el día de su ordenación: *«El sacerdote es algo grande. No; no se sabrá lo que es, sino en el cielo. Si lo entendiéramos en la tierra, moriríamos, no de espanto, sino de amor»*.

A san Juan María le costó un tremendo esfuerzo llegar al sacerdocio, y por si fuera poco, su casi único destino, en el que estuvo más de cuatro décadas como párroco, fue Ars, una aldea desconocida, de tan solo 230 habitantes. Allí cundía la ignorancia religiosa y los prejuicios. El joven sacerdote tendría que partir en busca de las almas. Visitaría una a una a las familias y se interesaría por sus preocupaciones y necesidades materiales, aun a sabiendas que no le recibirían bien en todas partes. Pero las puertas se le abrieron por medio de la oración y el sacrificio. Su perseverancia de pastor tendría el efecto de que muchas personas, tanto de otros lugares de Francia como del extranjero, acudirían a él durante los años pasados en Ars. Desempeñó el papel del labrador que aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe la lluvia (*Sant 5, 7*). No confundió, sin embargo, la perseverancia con el amor propio, un mal fundamento para el sólido edificio sobre el que debe asentarse un cristiano.

Y lo peor que puede pasar es añadir al amor propio el volátil ingrediente de la imaginación. Por ejemplo, un cristiano puede pensar que su vida espiritual sería mejor si estuviera en otro sitio y con otra actividad. Hay quien piensa que Dios le pide un giro radical en la propia existencia, aunque no sea lo ordinario. Eso le sucedió a un sacerdote, profesor en un seminario, que dijo al cura de Ars que ansiaba, desde hacía veinte años, el estado religioso. Pero san Juan María le recomendó que perseverase en su actual estado. Eran buenos sus deseos de llevar una vida contemplativa y debería seguir cultivándolos hasta hacer de ellos un estímulo para una mejor práctica de su sacerdocio. No debió quedar del todo convencido aquel clérigo porque a los tres años, tras ser destinado a un colegio católico, vio una oportunidad para pasarse al estado religioso. Pese a todo, el consejo del cura de Ars siguió siendo el mismo: no abandonar e ir de profesor al colegio, pues resultaba una tarea urgente la educación cristiana de la juventud.

El santo cura de Ars fue un apóstol de la perseverancia, nunca entendida como un esfuerzo extraordinario de la voluntad, pues su auténtica fortaleza procedía del trato continuado con el Maestro. Era su íntima amistad con Cristo el secreto que hacía que las almas se sintieran atraídas hacia él.

SAN JUAN XXIII

LA MANSEDUMBRE DE DAVID Y LA SABIDURÍA DE SALOMÓN

Antes del buen Papa Juan XXIII existió el diplomático vaticano, monseñor Ángelo Roncalli, administrador apostólico en Grecia y Turquía entre 1935 y 1944, una etapa que influyó decisivamente, además de sus otros destinos en Bulgaria y Francia, en la trayectoria vital de quien fuera elegido para la cátedra de Pedro en 1958.

En tierras de Grecia y Turquía, y desde la sede de su administración en Estambul, monseñor Roncalli tuvo ocasión de poner en práctica el consejo que le había dado un monje ortodoxo durante su estancia en Bulgaria, un destino no menos comprometido para aquel representante vaticano. El consejo encierra una gran verdad sobre el cristianismo, y no es solo válido para un diplomático: hay que actuar con la mansedumbre de David y la sabiduría de Salomón. En el fondo, no deja de ser una invitación a configurarse con Cristo, que reunía, y superaba, las cualidades de estos dos reyes antepasados suyos. Jesús dijo de sí mismo: «*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*» (Mt 11, 29), y recordó a quienes no querían creer en Él: «*Aquí hay alguien más grande que Salomón*» (Mt 12, 49).

El vicariato apostólico en Estambul hubiera sido para algunos diplomáticos un tedioso destino burocrático en tierras con muy pocos cristianos, e incluso entre estos los católicos eran minoría. Sin embargo, monseñor Roncalli dejó profundas huellas en Turquía, como queda patente en una calle en Estambul que lleva su nombre desde diciembre de 2000. Pero cuarenta años antes, el gobernador de esa misma ciudad, el general Refik Tulga, descubrió una lápida y pronunció un discurso en que calificó a Juan XXIII con el insólito título de «primer Papa turco de la historia». Recordó que había destinado una parte de sus ingresos personales para donativos a los pobres y para la restauración de la nunciatura apostólica. Mucho tiempo después, el 28 de noviembre de 2006, Benedicto XVI evocó la memoria de su antecesor en un viaje a tierras turcas que puso bajo su intercesión. En dos ocasiones, el Papa Ratzinger empleó en sus discursos una de las citas más emotivas de monseñor Roncalli en su *Diario del alma*, fechada a finales de 1939: «*Yo amo a los turcos, aprecio las cualidades naturales de este pueblo, que tiene también su puesto preparado en el camino de la civilización*».

Se ha dicho que la diplomacia vaticana no escatima en cortesías, aunque la auténtica cortesía no se queda en buenos modales: va acompañada de paciencia, pues la caridad es benigna y no descortés (1 Cor, 13,5), tal y como enseñaba Pablo de Tarso, nacido en

tierras de Anatolia. Pero la paciencia no será suficiente si a la vez no se pone en práctica este consejo de monseñor Roncalli para su jornada diaria en Turquía: «*No omitir nunca la oración: breve, si no se puede más, pero viva, ágil y sosegada*». Lo mismo para la diplomacia que para la vida cotidiana, es aconsejable hacer uso de la paciencia, iluminada por la caridad y la confianza en Dios. «El método Roncalli» era una mezcla de paciencia, firmeza y capacidad de persuasión. Era hombre de buenas maneras y dulce sonrisa; una persona sencilla que sabía mantener el delicado equilibrio entre el corazón y la inteligencia.

En 1935 se entrevistaba en Ankara con Numan Rifat Menemengioglu, subsecretario de Asuntos Exteriores, en un clima de gran cordialidad, pese a la profusión de leyes laicistas del régimen republicano implantado por Mustafá Kemal Atatürk. Una de estas leyes prohibía el uso en público de cualquier vestimenta religiosa. Monseñor Roncalli no tuvo inconveniente en ponerse chaquetas y pantalones oscuros, aunque al mismo tiempo un cuello blanco almidonado atestiguaba su condición de obispo católico. Quería demostrar con esta actitud el respeto de los católicos hacia las leyes del país. La vestimenta era un asunto menor para Roncalli, y tampoco se inquietaba demasiado por algunos de los principios contenidos en la Constitución turca, pues recordó al funcionario que se ajustaban al Derecho natural, y no eran, por tanto, incompatibles con el cristianismo. No obstante, expresó en la entrevista su desacuerdo con el espíritu laicista con el que se llevaban a la práctica. En cualquier caso, Roncalli hizo gala de optimismo para decir que podían caminar juntos en algunos aspectos. Había que tomar aquello que une, y no lo que separa. Aquí resulta obligado el recuerdo de una cita de san Pablo: «*Me he hecho todo a todos, para salvar a toda costa a algunos*»(1 Cor, 9, 22). ¿Habría pensado en ella Roncalli cuando tomó la decisión de que, en la iglesia, se rezaran en turco algunas oraciones y se leyeran en esta lengua pasajes evangélicos? Era esta una decisión marcada por la voluntad del obispo de salir al encuentro de los otros, por encima de las diferencias de raza, lengua, educación o religión. Lo recalcó en su homilía de Pentecostés, el 28 de mayo de 1944, en la catedral de Estambul, al denunciar lo que llamaba «*una lógica falsa*» desde una dimensión evangélica: la de encerrarse en el propio círculo de sus tradiciones familiares o nacionales, como la de los habitantes de muchas ciudades de los tiempos de la edad del hierro, cuando cada casa era una fortaleza inexpugnable. En dicha homilía, monseñor Roncalli subrayaba: «*Jesús ha venido a derribar estas barreras; ha muerto para proclamar la fraternidad universal; el punto central de sus enseñanzas es la caridad, el amor que vincula a todos los hombres a Él como el primero de los hermanos, y que le vincula a nosotros con el Padre*».

En el diálogo interreligioso, uno de los grandes desafíos de la Iglesia contemporánea, las dosis de paciencia quizás tengan que ser mayores que en el diálogo con otras confesiones cristianas. Ante todo, no debemos olvidar que ese diálogo no es para buscar textos consensuados, como sucede en las reuniones políticas, sino que ha de ejercerse desde la autenticidad de cada una de las partes. El respeto y la admiración que monseñor Roncalli se granjeó entre los turcos, nació del simple hecho de que estaban ante un cristiano auténtico, un enamorado de su Dios que irradiaba sencillez evangélica. Pero en

ningún caso la doctrina de Juan XXIII puede reducirse a consideraciones de diálogo y paciencia. Su opción es más radical, como radical fue la de Cristo, su modelo. Roncalli demostró gran confianza con monseñor Adriano Bernareggi, obispo de Bérgamo, al escribirle estas palabras: *«Con todo, amo a estos queridos turcos en Jesucristo. Los amo porque pertenece a mi ministerio de padre, de pastor y de Delegado Apostólico; los amo porque creo que están llamados a la Redención»*. En la misma línea se encuentran estas consideraciones anotadas durante unos ejercicios espirituales, que Roncalli realizó en Bérgamo en 1936: *«Veo que amo al pueblo turco al que me ha enviado el Señor. Sé que el camino que he emprendido en las relaciones con los turcos es bueno y, sobre todo católico y apostólico. Debo proseguirlo con fe, prudencia y celo sincero, a costa de cualquier sacrificio»*. Se explica así el emotivo discurso que Juan XXIII dirigió al presidente de la república de Turquía, Celal Bayar, el 11 de junio de 1959 durante su visita al Vaticano. Ni siquiera falta en él una salutación turca habitual: *«¡Qué Dios te guarde y florezcan las rosas en tu camino!»*

¿Cómo no recordar el espíritu católico, verdaderamente universal, de Juan XXIII, tras leer la homilía de Benedicto XVI en el santuario de Meryem Ana Evi, la Casa de la Madre María, en Éfeso? El papa mencionaba la Carta a los Efesios (2, 14) en la que el Apóstol señala, en referencia a judíos y paganos, que Cristo ha hecho de ambos un único pueblo. Realmente estas palabras trascienden el significado originario de judíos y no judíos. Hoy, más que nunca, pueden extenderse, según el papa Ratzinger, a *«las relaciones entre los pueblos y civilizaciones presentes en el mundo, pues Cristo ha venido como el mensajero de la paz a todas las naciones, pues todas proceden del mismo Dios, único creador y señor del Universo»*. No es casualidad que estas palabras se pronunciaran en un lugar mariano, venerado y respetado por los musulmanes en el recuerdo de la madre de Jesús, considerado por ellos como un gran profeta.

SAN JUAN PABLO II

EL ENCUENTRO CON LA ROMA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Juan Pablo II venía de un mundo, el comunista, en el que no se amaba realmente la cultura, sino que esta estaba al servicio de la manipulación política. No era extraño, porque el comunismo reducía la cultura a una superestructura más. Solo le importaban las relaciones materiales de producción. Se entiende que la consecuencia fuera un empobrecimiento del pensamiento y que historiadores, poetas o filósofos vivieran siempre bajo sospecha en aquel régimen. Sin embargo, Karol Wojtyła, desde los años de la ocupación nazi de Polonia, tenía muy claro que el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. Fue la cultura la que hizo que Polonia sobreviviera cuando desapareció como Estado, durante más de un siglo, y también la que la hizo resistir a los totalitarismos del siglo XX que pretendían injertarle raíces tan ajenas como deshumanizadoras.

El catolicismo, que impregna la cultura polaca, tiene su referente universal en Roma; pero no la de los Césares, que un polaco podría asociar a las tiranías que conoció a lo largo de la Historia. Su referencia es la Roma cristiana, en la que los primeros creyentes encuentran la libertad en Cristo con la fuerza del amor. Por eso, en la homilía de inauguración de su pontificado, el 22 de octubre de 1978, Juan Pablo II se refirió a un conocido nexo entre Polonia y Roma, que forma parte de la cultura popular cristiana en todo el mundo. Me refiero a la novela *Quo vadis*, del Premio Nobel Henryk Sienkiewicz, basada en una antigua tradición presente en una capilla de la Vía Apia, junto a la puerta de San Sebastián. El pontífice la recordaba en estos términos: «*Según una tradición (que ha encontrado también una magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero el Señor ha intervenido: le ha salido al encuentro. Pedro se dirige a Él diciendo: Quo vadis, Domine? —¿Dónde vas, Señor?—. Y el Señor le responde enseguida: Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez. Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta su crucifixión*».

Tres décadas antes de este discurso, Karol Wojtyła, recién ordenado sacerdote, había alcanzado una de sus ilusiones: ir a Roma, un ideal vislumbrado desde las lecturas de su infancia. Esta confianza la hizo a un grupo de jóvenes, durante la celebración del Miércoles de Ceniza, de 1946, en las catacumbas de San Calixto. Su primer encuentro con la Ciudad Eterna, en noviembre de 1946, fue el culmen de una preparación: «*Me*

preparé sobre todo con la lectura de un libro que, aunque fue escrito por un autor polaco, está enteramente dedicado a la Roma de los primeros cristianos: Quo vadis. Nos encontramos muy cerca de aquel lugar en el que Cristo ha salido al encuentro de Pedro y le ha pedido volver a Roma, precisamente en el período de persecución». La novela representó, sin duda, un gran acercamiento de Wojtyla al mundo de los primeros cristianos. Fueron precisamente las catacumbas y las primeras basílicas cristianas las que le hicieron reconocer la Roma que vivía en su alma, tal y como señalara en la citada alocución cuaresmal.

Además conviene recordar que la basílica de San Pedro está construida en el área del circo de Nerón, donde muchos cristianos sufrieron el martirio, como el propio Apóstol. El obelisco, en el centro de la plaza desde el siglo XVI, fue testigo de aquellos acontecimientos, pero hoy simboliza algo que supera el devenir de los siglos. Bastó con colocar una cruz en lo alto del monumento, según recordaba Juan Pablo II, con motivo del estreno de una versión cinematográfica de *Quo vadis*, dirigida por el polaco Jerzy Kawalerowicz, en 2001: «*En la cima del obelisco destaca la cruz, como para recordarnos que el cielo y la tierra pasarán, con los imperios y los reinos humanos, pero Cristo permanece: Él es el mismo ayer, hoy y siempre*».

Por lo demás, *Quo vadis* es una novela que puede ser percibida como una expresión de fe. La escribió un autor que había participado del positivismo a la moda, y que creía en el resurgir paralelo del cristianismo y de una Polonia subyugada. Sin embargo, sería erróneo considerar esta obra como ejemplo de una fe sentimental. Por el contrario, subraya una realidad ineludible: el cristianismo no es una religión entre tantas del Panteón romano, sino que exige acomodar la conducta a la fe profesada. Plantea al hombre cuestiones trascendentales. De ahí que Juan Pablo II hiciera otra lectura de la conocida pregunta: *¿Quo vadis, homo? ¿Vas al encuentro de Cristo, o sigues otros caminos que te llevan lejos de Él y de ti mismo?*

El encuentro con Cristo no deja a nadie indiferente. Es la puerta de la esperanza, la Persona que lleva al Padre que sigue esperando y no se ha olvidado de su hijo pródigo. El desasosiego de este, a lo largo de todos los tiempos, no es otra cosa que nostalgia de Dios.

SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL

LA HUMILDAD UNIDA A LA DULZURA

En 1604 una noble dama borgoñona, Juana Francisca Fremiot, joven viuda del barón de Chantal, se dirigió a un convento de carmelitas descalzas en Dijon para solicitar su admisión. Quería ser contada entre las hijas de santa Teresa, pero la priora le dijo estas enigmáticas palabras: «*La Madre Teresa la quiere hermana, y no hija suya*». La respuesta le desconcertó, pues Juana aspiraba a un estado de perfección religiosa, sobre todo tras la muerte de su marido en un desafortunado accidente de caza. Sin embargo, su director espiritual, san Francisco de Sales, le recordó que no estaba sola en el mundo. Tenía un padre anciano al que cuidar, y debía ocuparse de la educación de sus cuatro hijos, aunque moderando su actitud demasiado estricta hacia ellos. No era, por tanto, el momento de entrar en el claustro. Cuando pudo llevar a cabo su propósito, sería en una orden nueva, la de las hermanas de la Visitación, fundada por san Francisco de Sales en 1610. El santo obispo de Ginebra había concebido una orden religiosa femenina que combinaba la caridad con la vida contemplativa, pero al ser una institución de clausura, la caridad debería practicarse, sobre todo, entre las propias hermanas. Por hablar en términos más concretos, la nueva institución debería asentarse sobre la humildad, la piedad y la caridad. Son virtudes todas ellas presentes en uno de los episodios claves de la vida de María: la Visitación a su prima santa Isabel.

Siempre me ha llamado la atención el pasaje evangélico de san Lucas (1,39), «*se encaminó María, a toda prisa*» para viajar desde Nazaret a una aldea de las montañas de Judea para visitar a su prima santa Isabel, que se encontraba en su sexto mes de embarazo. No tuvo en cuenta su propio estado ni se aferró al privilegio de ser la futura madre del Mesías. Su celeridad en el obrar denota una actitud de servicio, caracterizada por adelantarse a las necesidades de los demás. Es la misma actitud de Dios, presente en las palabras de del profeta, «*me hallaron los que no me buscaban y me presenté a los que no preguntaban por mí*» (Is 65,1). Pero también es la actitud de una madre, y María estaba destinada a ser madre de todos los hombres. Recordemos además que en aquella visita la Madre de Jesús entonó el Magnificat (Lc 1, 46-56), un himno de gozo y alabanza que solo cabe ser entendido desde la humildad.

María será dichosa entre todas las mujeres porque Dios se ha fijado en su sencillez para elevarla a la condición de Madre del Redentor. De ahí que san Francisco de Sales reitere a las hermanas de la Visitación: «*La humildad es la fuente de todas las otras*

virtudes; no pongáis límites a la humildad y haced de ella el principio de todas vuestras acciones». Sin embargo, el gran problema de la humildad es ser siempre malentendida. Muchos la confunden con la timidez o la pusilanimidad. Según esa percepción, los humildes serían siempre personas temerosas. Por el contrario, la definición que mejor se ajusta a la humildad es la de «andar en verdad», expresada por santa Teresa. En realidad, la humildad supone dar gloria a Dios, creador y redentor del hombre. A este respecto, santa Juana señalaba a las religiosas: «Fuera de la sólida humildad, no hay otra cosa que sombra y apariencia de virtud». Pero tampoco la humildad debe presentar externamente los rasgos de la sequedad y la antipatía. Jesús en el evangelio (Mt 6, 16) rechaza la actitud de los hipócritas que ponen cara triste para que los hombres vean su ayuno. La auténtica virtud nunca puede ser desabrida ni melancólica sino que es alegre, pues la alegría y la dulzura de carácter deben ir siempre juntas. En los últimos años de su vida, santa Juana escribirá a una superiora de su orden: «Cuanto más crece mi edad, tanto más conozco que es necesaria la dulzura para entrarse y conservarse en los corazones, a fin de que estos correspondan con fidelidad a la obligación que tienen con Dios». Se obtiene mucho más de una palabra amable que de un cúmulo de reproches, por muy justificados que pudieran estar. Por eso, en su labor de gobierno como fundadora, santa Juana recomendará, especialmente a las superiores, que practiquen la amabilidad con sus hermanas: «Yo os ruego que acompañéis todas vuestras palabras y acciones con dulzura, tranquilidad, modestia y alegría; no seáis seca ni muy fría, y repito que seáis dulce y que no reprendáis con prontitud, sino mirad a Dios primero, pedidle su socorro para que la corrección sea provechosa a las que la necesitan, y observad esto mismo en todas las ocasiones importantes de vuestro empleo, y en toda la conducta de vuestra vida».

La santa vivió una época en la que la percepción del hombre como centro del universo se había impuesto en la práctica, aunque el Estado y la sociedad siguieran manteniendo un revestimiento cristiano. Pero con el paso del tiempo se extenderían concepciones sobre la naturaleza del hombre, opuestas a las del cristianismo. Desde el momento en que todo se quería explicar desde una perspectiva racionalista, la fe religiosa sería desechada o, en el mejor de los casos, reducida al interior de las conciencias, sin formar parte de las realidades de la vida cotidiana. Se despreció el sabio consejo de los griegos de «conócete a ti mismo». Por el contrario, todo contribuyó al triunfo del individualismo, del hombre seguro de sí mismo y dominador. La propia santa Juana experimentó entre sus parientes un rechazo de su condición religiosa, pues hubieran deseado de ella un segundo matrimonio para establecer otra alianza nobiliaria. No entendían que deseara involucrarse en un hábito de dos metros de tela y llevar una vida ajena a los honores y riquezas. Pero Juana había amado a su marido intensamente y sus hijos empezaban a ser mayores. Era el momento de su profesión religiosa, que tanto había deseado.

En su nueva vida su actitud seguiría siendo la del servicio, la misma que había tenido con su familia de sangre y la de su esposo. No comenzaba una vida fácil, pues los monasterios, pese a lo que algunos se figuran, no son lugares de reposo sino de acción. Juana por sí sola no podía llevar el peso y lo dejaba todo en las manos de Dios, pues

conocía sus propias carencias. Sobre este particular, decía a las hermanas de la Visitación: *«Este conocimiento de nosotras mismas consiste en que debemos creer, con gran certidumbre de fe, que no somos nada, que no podemos nada; que somos débiles, flacas e imperfectas, acostumbrando a nuestra voluntad a amar nuestra pobreza y miseria. La reforma del alma comienza por el conocimiento de sí misma y la confianza en Dios»*. Esta confianza no le abandonó ni en sus momentos de angustia y oscuridad, ante la pérdida de alguno de sus hijos o de sus hermanas religiosas, ni en las incomprensiones, ni en los momentos de sequedad espiritual que suelen tener las almas contemplativas. A Juana le bastaba el amor de Dios: *«Mirad solo a Dios y dejad que actúe en vuestra vida»*. Su abandono confiado en la voluntad de Dios es un cántico de alabanza muy semejante al de san Pablo: *«Bendito sea Dios, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones»* (2 Cor, 1, 3-4).

SANTA LUISA DE MARILLAC

LA CARIDAD DE CRISTO NOS APREMIA

En nuestros días la ayuda a los más desfavorecidos se eleva para algunas personas a la categoría de suprema felicidad, probablemente más para ellas mismas que para aquellas a quienes va dirigida. El punto débil de esta ayuda es que su fundamento radica en el sentimiento y en el entusiasmo, que son buenos y ayudan bastante en estas tareas, pero ¿cómo se sentirían los que ayudan si no se les agradeciera su labor e incluso se rechazara su presencia? La gran mayoría se marcharían irritados y tacharían de desagradecidos a los que tuvieran esa actitud. Recuerdo una película francesa de 1947, *Monsieur Vincent*, que no ha perdido con el paso del tiempo el descarnado realismo de sus escenas en las que aparecen los pobres y los enfermos. Esta biografía de san Vicente de Paúl fue un éxito de taquilla en su tiempo, obtuvo el Oscar a la mejor película extranjera y su protagonista, Pierre Fresnay, fue galardonado en la Mostra de Venecia. Cuenta con unos diálogos escritos por uno de los mayores dramaturgos franceses del siglo XX, Jean Anouilh. En una de sus escenas, Luisa de Marillac, cofundadora de las Hijas de la Caridad, aparece como una mujer delicada y de educación aristocrática. Tiene buenos deseos de ayudar al señor Vicente en un hospital en el que los enfermos de peste agonizan y no tienen camas suficientes para tumbarse. Los convalecientes se ven obligados a esperar a que muera alguien para ocupar su lugar en una cama compartida por varias personas, que incluso se pelean por el sitio. Luisa se reconoce como una mujer débil, vacilante y torpe, y repite en varias ocasiones que es incapaz de ayudar a esos enfermos. Le duele su impotencia ante la situación, pero quizás lo que más le duela sean los insultos y los escupitajos lanzados por los desesperados enfermos a quienes se les acercan. Ese gentío horroroso le inspira temor a Luisa. En cambio, el señor Vicente no tiene reparo en reconocer el aspecto terrible de aquellos pobres enfermos: *«Nos engañamos con nuestras ropas decentes y nuestros rostros atildados; pero esos harapos, ese horror, esas enfermedades, esa desnutrición, tras la que asoman miradas de lobos, son de hombres, jueces duros e injustos, pero a los que es preciso servir como a nuestros dueños, y amarlos»*.

Los discursos más logrados sobre la dignidad de la persona humana pueden venirse abajo cuando los ojos chocan con la miseria física y moral. Sin embargo, Luisa de Marillac superará sus prevenciones y se convertirá en una mujer fuerte, firme y eficiente. San Vicente de Paúl, su director espiritual, es el sacerdote que la inclinará a servir a los

pobres, a formarse en la alegría leyendo y meditando el evangelio, y a buscar la voluntad de Dios y abandonarse en los brazos de la Providencia. Esto no resultaría sencillo para una mujer con una vida marcada por un sufrimiento que la abocaba a la depresión. Luisa saldrá de sí misma gracias a la fe, y se revestirá del Espíritu de Jesucristo, tal y como le aconsejaba Vicente de Paúl.

Las hijas de la Caridad se ocuparon de los niños abandonados y crearon en 1647 un hogar para atender a los niños expósitos, que aquella sociedad despreciaba por considerarlos hijos del pecado. Luisa, en cambio, veía en ellos la imagen de Jesús niño y recordaba su propio origen. Ella también había nacido fuera del matrimonio de una madre que nunca llegó a conocer y de un padre, Luis de Marillac, que era señor de Ferrières y cuya familia estaba bien relacionada en la corte de Francia. Su padre la aceptó como hija, aunque no conoció el auténtico cariño de una familia. En realidad, las mayores atenciones las recibió de su tía abuela, sor Catalina Luisa de Marillac, priora del convento dominico de Poissy. Con ella Luisa aprendió sus primeras letras, el latín y la historia, además de adquirir una sólida piedad. Quizás en sus lecturas de infancia se encontró con el ejemplo de santo Domingo, joven y brillante estudiante en Palencia, que vendió sus queridos libros para socorrer a los pobres. Los años de Poissy sirvieron para inclinar a Luisa hacia una vocación religiosa. Sin embargo, su familia la destinó al matrimonio y se casó en 1613 con Antonio Le Gras, secretario de la reina María de Médicis. El único hijo nacido de esta unión, Miguel Antonio, dará a su madre muchos quebraderos de cabeza por su carácter inestable, y pasará tiempo hasta que Luisa lo vea casado y con un empleo. Pero mucho antes, una prolongada enfermedad de su marido, que le hace irritable y difícil de tratar, hizo mella en el ánimo de Luisa, que no había olvidado sus aspiraciones a la vida consagrada. Tenía serias dudas de todo, incluso de fe, y hasta le pasó por la cabeza abandonar a su marido y a su hijo.

Sin embargo, el 4 de junio de 1623, domingo de Pentecostés, Luisa sintió una iluminación en su espíritu en la iglesia parisina de San Nicolás. Vio claro que no debía dejar a su familia, a la espera de un día en que pudiera vivir en una pequeña comunidad religiosa y realizar votos de pobreza, obediencia y castidad. Su marido murió en 1625, pero la orientación de la vida de Luisa cambiará radicalmente al conocer al sacerdote Vicente de Paúl, que la animó a practicar diversas obras de caridad. Algunas la llevaron lejos de París para instruir a niñas campesinas o atender a enfermos. Este será el origen de la compañía de las hijas de la Caridad, aprobada por un decreto del arzobispado de París en 1646, y que también desarrollará una apreciada labor atendiendo a los soldados franceses en las diversas guerras emprendidas por Luis XIV para imponer su hegemonía en Europa. En una de sus cartas, Luisa recomendaba a las hijas de la caridad que trataran a los soldados, que no siempre las recibirán de buen grado, con *«espíritu de dulzura y de compasión muy grandes para imitar a Nuestro Señor Jesucristo que procedía así con los más importunos»*. Más adelante, otros desfavorecidos serán objeto de la caridad de Luisa y sus hermanas: los ancianos de las clases trabajadoras, los condenados a galeras, los dementes... En todas estas tareas Luisa hizo suyo el lema de san Pablo: *«La caridad de Cristo nos apremia»* (2 Cor 5, 14). Y es que Luisa de Marillac sabía ver más allá de las

apariencias, y su camino la llevaba tras los pasos de un Dios hecho hombre. Ella sabía apreciar la grandeza del ser humano en cualquier persona: un niño abandonado, un enfermo mental, un presidiario, un anciano...

Las hijas de la Caridad llamaron la atención en el siglo XVII por no querer ser otra comunidad religiosa más. No deseaban encerrarse en los muros de un convento, sin dejar por ello de tener una intensa vida espiritual. Encerrarlas es lo que desearían algunos que criticaban su presencia activa en la sociedad, entre los marginados y rechazados. Es la otra cara de la moneda de lo que los historiadores conocen como *Le grand siècle* de Francia. De ahí que no faltaran las calumnias y las maledicencias en su camino. Pese a todo, san Vicente de Paúl recalcó que las hermanas no eran monjas. Su monasterio era la casa de acogida a los enfermos, su capilla la iglesia parroquial, su claustro las calles de la ciudad que habitaban, su clausura la obediencia, su reja el temor de Dios, y su velo la santa modestia.

Estas religiosas hoy siguen saliendo al encuentro de la pobreza por medio del amor de Dios que arde en sus corazones. Requieren su atención, entre otros, los refugiados, los que no tienen trabajo, las víctimas de la droga, los hambrientos, tal y como señaló Juan Pablo II en 1985 en un mensaje a la Asamblea General de las Hijas de la Caridad.

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

JUNTO AL CORAZÓN DE CRISTO

El corazón es el símbolo por excelencia del amor humano. El lenguaje del corazón lo entiende todo el mundo, y así se entiende que lo utilice un Dios que ama con locura a los hombres, aunque estos puedan no corresponder a su amor. Sin embargo, hasta el siglo XVII no surgió la devoción al Corazón de Jesús, pese a las abundantes referencias bíblicas al corazón del Señor. Nos sorprende y conforta lo de «*Yo duermo, pero mi corazón vigila*» (Cant 5,2), pero nos conmueve más todavía que el discípulo preferido, Juan, pudiera reposar su cabeza en el pecho de su Maestro, junto a su corazón (Jn 13, 23).

Tenía que surgir, tarde o temprano, una devoción de profundas raíces humanas. Surgió finalmente en una época en que los ritos externos importaban más que la entrega del propio corazón, que la fidelidad al amor de Dios. Así lo demuestra aquella corte frívola y orgullosa del Rey Sol que no por ello dejaba de vanagloriarse con el título otorgado a sus antecesores de «Cristianísimo rey de Francia». Apareció la devoción frente a un rigorismo jansenista que buscaba la pureza espiritual, pero su supuesto retorno a los orígenes del cristianismo solo trajo consigo una religión para iniciados y fundamentada sobre un Dios distante y casi inaccesible al hombre. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús sería difundida por una religiosa de la orden de la Visitación, santa Margarita María de Alacoque, pero entre sus muchos destinatarios, encontraría una especial acogida en el Carmelo fundado por santa Teresa, que tanto sabía de amores humanos y divinos.

Otra carmelita del siglo XX, santa Maravillas de Jesús, que tenía mucho del espíritu de la Madre Teresa, vivió intensamente la devoción al Corazón de Cristo. Fue la fundadora en 1926 de un Carmelo junto al Cerro de los Ángeles, en el corazón geográfico de la Península Ibérica, el mismo lugar donde se alzó siete años antes una gran estatua del Corazón de Jesús y se consagrara España a su reinado en una ceremonia presidida por el rey Alfonso XIII.

La Madre Maravillas, junto con una veintena de carmelitas, fue desalojada por la fuerza de aquel lugar por milicianos armados al comienzo de la guerra civil. Pese a todo, aquella comunidad de religiosas, refugiadas en Getafe, ofrecería sus vidas y oraciones por los ocho milicianos que fusilaron el monumento el 28 de julio de 1936. Las carmelitas no sufrieron el martirio físico, pero solo se puede entender, desde la

perspectiva de una fe profunda, que supieran mantener su entereza y perseverancia en medio de la persecución. De esto sabía mucho la Madre Maravillas, dispuesta a tratar con amabilidad a aquellos hombres rudos y fanatizados que probablemente pensarían estar trabajando por la justicia cuando cometían toda clase de atrocidades contra las personas y las cosas vinculadas al cristianismo. Se cuenta incluso que cedió su asiento a un miliciano en el camión que llevaba a las religiosas a Getafe, pues le vio aspecto de estar cansado. Esta actitud heroica descansa en el abandono en Dios, pues nuestra santa solía repetir a lo largo de su vida: *«Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera»*. No creamos, sin embargo, que la serenidad ante la persecución, que algunos solo interpretarían como una especie de sangre fría, era producto de unas circunstancias en las que reinaba el temor. Antes bien, su serenidad fue siempre alegre, vinculada a un modo de vida elegido libremente desde que la Madre Maravillas entrara en el Carmelo de El Escorial en 1919. La alegría que nace de la confianza en Dios eleva el espíritu y ayuda a sobrellevar las dificultades, pues tal y como decía nuestra santa: *«¡Qué fácil se hace servir y agradar a Dios en cuanto uno se olvida un poquitín de sí mismo y no quiere guiar su vida, sino abandonarla en las manos de Dios!»*. Estaba convencida de que las penas personales había que dejarlas en el Corazón de Cristo, que había llamado a venir hacia Él a los cansados y agobiados (Mt 11, 28), y que en el propio corazón solo debía haber sitio para el amor y la gloria de Dios.

No es exagerado afirmar que santa Maravillas es la santa Teresa del siglo xx. Tiene el mismo espíritu de alegría, activa y contemplativa, que caracterizó a la santa de Ávila. En una de sus cartas a la priora del Cerro de los Ángeles, la Madre le cuenta con confianza algunas de sus dolencias, aunque enseguida interrumpe su relato con estas enérgicas frases: *«Basta de tonterías, que tenemos muchísimo que hacer, porque eso nos lo da Nuestro Cristo, porque amándole y sirviéndole, nada puede entristecernos»*. Sin embargo, la alegría de la Madre Maravillas no estuvo exenta de contratiempos. Los que más le podían afectar no eran los externos sino los que experimentan en su interior aquellos que se han consagrado a Dios, como les sucedió a santa Teresa y a san Juan de la Cruz, que también pasaron por la noche pasiva del sentido. Pese a todo, la luz de la fe y del amor les hizo seguir adelante, aunque no siempre encontraran las palabras adecuadas para dirigirse a Dios. La sequedad puede estar presente en la travesía del desierto de la existencia, pero entonces, como señala la Madre Maravillas, es la hora de los afectos, el tiempo de *«dar rienda suelta a ese amor callado»*. Es el momento de poner el alma como si estuviera delante de Dios, dejarse mirar por Él... Esto implica dejarse amar, pues, según otra de las certeras expresiones de la santa, *«con Él todo se hace suave y dulce, aun lo más amargo»*.

Con todo, hay quien no puede entender cómo se vive el amor al prójimo en el entorno de un monasterio de clausura y que, en el mejor de los casos, la caridad solo se podría vivir entre las propias religiosas. De esto sabía bastante la Madre Maravillas cuando afirmaba que *«la caridad para con Dios se mide con la caridad que se tiene con el prójimo y esta roba el corazón del Señor y... el de las criaturas también»*. La Madre se desvivía por sus hermanas carmelitas, de palabra, de obra o por escrito, y no dejaba de

socorrer a quien se lo pidiera. No pocas veces se adelantaba a las necesidades de quienes estaban cerca de ella. Santa Maravillas fue la fundadora de nueve Carmelos, pero también ayudó económicamente, con el dinero recibido de donaciones y herencias, a otras comunidades religiosas. Además promovió clínicas y sanatorios para religiosas de clausura, residencias, escuelas, guarderías e incluso viviendas como las entregadas en Perales del Río, cerca de Getafe, el 30 de septiembre de 1974, pocas semanas antes de su fallecimiento en el Carmelo de la Aldehuela. Su generosidad le hacía seguir el consejo de la Madre Teresa en *Las Moradas*: «*Mientras en el amor del prójimo os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios, porque es tan grande el que su Majestad nos tiene que, en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad*».

En los santos el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. No es extraño porque han pedido en sus oraciones tener un corazón a la medida del suyo, pues «*el Señor es cariñoso con todas sus criaturas*» (*Sal* 144, 9).

SANTA MARÍA MAGDALENA

ENCONTRÉ AL AMOR DE MI VIDA

María Magdalena se ha identificado en la tradición cristiana occidental con diversas mujeres del evangelio: la pecadora que unge los pies de Jesús en casa de Simón el fariseo (*Lc 7, 36-50*), la mujer adúltera a la que los judíos quieren apedrear (*Jn 8, 2-11*), o incluso María de Betania, hermana de Lázaro y Marta, que también unge los pies del Salvador seis días antes de la Pascua (*Jn 12, 1-11*). Sin embargo, en ninguno de estos pasajes, o en otros similares, se nos dice explícitamente que se trate de María Magdalena. En cambio, el evangelio de san Lucas refiere que Jesús arrojó de esta mujer siete demonios (*Lc 8,2*), aunque hay quien lo ha interpretado en sentido alegórico en referencia a los siete pecados capitales. En cualquier caso, la imagen de Magdalena en la tradición cristiana es la de una gran pecadora que luego hace penitencia por sus pecados. Muy diferente resulta, sin embargo, la visión que se nos da de María Magdalena en esa literatura esotérica tan de moda, en la que surgen templarios no extinguidos y supuestos secretos que la relacionan con una vida desconocida de Jesús que la Iglesia habría supuestamente tratado de ocultar. Es el tópico de la Magdalena, explotado por algunos *best sellers* y películas.

A la imagen tradicional de María Magdalena ha contribuido en España una obra ascética del agustino navarro Pedro Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, publicada en 1585. Es una obra que ha sustentado la iconografía del Barroco en el siglo XVII, si bien la imagen de una Magdalena penitente y con los cabellos sueltos se basa en la identificación que hiciera, a finales del siglo VI, el papa san Gregorio Magno entre María Magdalena y las otras dos Marías citadas en los evangelios. De hecho, de que el evangelio leído en la fiesta de la santa (22 de julio), antes del Concilio Vaticano II, se correspondía con el relato de la pecadora que unge los pies de Jesús. Por el contrario, en la liturgia actual el evangelio escogido es el de la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena (*Jn 20, 11-18*).

Es precisamente el citado evangelio el que ha convertido a la Magdalena en «apóstol de apóstoles» para la Iglesia ortodoxa, pues la santa recibe el encargo expreso de Cristo de anunciar su resurrección a los Apóstoles. La aparición de Jesús a María es habitual en el arte cristiano, y es una buena ocasión para reflexionar sobre el hecho que nuestros criterios no son los criterios de Dios. Quizá nosotros le habríamos dicho a Jesús que se apareciera, en primer lugar, a las autoridades judías y romanas que le habían condenado

a muerte. Sin embargo, esto no lo haría un Dios que no quiere la adhesión a Él por el miedo sino desde la plena libertad del hombre. También nos habría parecido correcto aparecerse enseguida a los Apóstoles para echarles en cara que la mayoría de ellos le había abandonado. Pero esa clase de reproches vengativos no son propios de Jesús. Antes bien, su primera aparición es a las mujeres que vienen a embalsamar su cuerpo, también por el agradecimiento de que algunas de ellas estuvieran al pie de la cruz mientras los discípulos habían huido. Cristo le da la vuelta a los convencionalismos sociales y legales, y no tiene en cuenta la condición discriminatoria sufrida por la mujer en la sociedad de su tiempo. Entonces el testimonio de dos mujeres equivalía, en razón de su supuesta inestabilidad emocional, al testimonio de un hombre. Por tanto, se aparece a las mujeres que le han acompañado durante su vida pública o han sido testigos de su muerte. Por si esto no fuera suficiente, Jesús se aparece a solas a una mujer, María Magdalena, a la que los Apóstoles no creerán porque pensaban que estaba delirando (*Lc* 24, 11).

No sé si existió, al menos como la han descrito, la Magdalena penitente de la tradición, pero yo me quedo con la del domingo de Resurrección. Su amor, que es tan desbordante como su llanto, le impide ver que tiene delante a Jesús resucitado. Ella no se espera algo así. Había llegado hasta la tumba para completar la labor de embalsamamiento de un cuerpo destrozado, pero no le importaba porque su amor por el Señor, aún después de muerto, seguía siendo grande, como el de todas las mujeres del grupo de los discípulos de Jesús. En las primeras horas de un día de abril, cuando aún está oscuro (*Jn* 20, 1), María se apresura en ir hacia el sepulcro. En realidad, está ansiosa por derramar todas sus lágrimas sobre el cuerpo de una persona muy amada. Dolor y amor son la misma cosa en la Magdalena. Sin embargo, el Jesús compasivo y misericordioso, el mismo que se compadeció de la viuda de Naím y le dijo «*No llores*» (*Lc* 7, 13), no duda en manifestarse a aquella mujer que llora desconsoladamente ante el sepulcro vacío. Solo aspira a recuperar un cuerpo llagado, aunque no llega a decir que está buscando a un muerto. El jesuita Baltasar Gracián, en una de sus meditaciones de *El Comulgatorio*, llega a decir ante esta escena: «*No hay horror donde hay amor*».

El amor tiene su recompensa y, como en otros pasajes del evangelio, Jesús llama a cada uno por su nombre. Decir «¡María!», basta para que la Magdalena reconozca a Jesús, al que hasta entonces había tomado por el hortelano. Ella quiere echarse a los pies de su Maestro, del mismo modo que la esposa del Cantar de los Cantares al exclamar: «*Encontré al amor de mi vida, me abracé a él y no lo soltaré jamás*» (*Cant* 3,4). Sin embargo, Jesús la llama a anunciar la buena noticia de su Resurrección, «*Anda, ve a mis hermanos y diles*» (*Jn* 20, 17). El amor cristiano no es egoísta ni es posesivo. Es un amor, como el de Cristo, abierto a todos, y ansía por desbordarse para transmitir a todos el motivo de una extraordinaria alegría y felicidad.

SAN PABLO APÓSTOL

TODO EMPEZÓ EN EL CAMINO DE DAMASCO

Damasco no solo es el nombre de una de las ciudades más antiguas del mundo, situada junto a un oasis en el desierto de Siria. Evoca, entre otras muchas cosas, a aquel general sirio del siglo VIII a. de C. llamado Naamán, orgulloso de su tierra natal y de sus ríos, el Abana y el Farfar (*2 Re 5, 12*). Por otra parte, Damasco, legendaria capital del califato Omeya y capital de un país castigado por una sangrienta guerra civil desde 2011, está asociada, para cualquier cristiano, con su propia conversión personal. Fue en el camino de Jerusalén a esta ciudad siria, donde Saulo de Tarso se encontró con el Jesús que perseguía en los cristianos (*Hch 9, 5*).

En la literatura de inspiración cristiana son frecuentes las alusiones a los Damascos personales que cambiaron la existencia de mucha gente, y algunos de ellos vieron reconocida su santidad por la Iglesia. En mis recuerdos de infancia afloran las imágenes de una colección de libros de bolsillo, editada por los salesianos, y que se llamaba precisamente «Damasco». Llevaba además el atractivo subtítulo de «Los grandes convertidos de nuestro tiempo». Se trataba, sobre todo, de actores de cine, políticos o deportistas, que tuvieron en su día una cierta notoriedad. La inmensa mayoría eran extranjeros y predominaban los anglosajones. Unos venían de un protestantismo de tradición familiar, y otros de un agnosticismo difuso. En todo caso, la conversión parecía haber dado un vuelco a sus vidas aunque la mayoría de ellos no había cambiado su anterior profesión para retirarse del mundo. Aquellas historias de conversiones no siempre terminaban con una entrada en la vida religiosa, pese a que en esa época muchos asociaban la conversión a un cambio de estado. En esas publicaciones de mi infancia se transmitía la emoción del convertido tras ser admitido en la Iglesia católica, y ese era el final feliz del relato. Al cerrar el libro, daban ganas de decir «salvado para siempre». Esta película sí que acababa bien. Con un elenco destacado de actores, escritores y deportistas católicos, casi podría decirse que teníamos asegurada la salvación con nuestras lecturas y espectáculos.

Pero con el paso del tiempo, descubrí algo que no encajaba en estas historias «rosas»: el silencio posterior de algunos convertidos sobre aquel acontecimiento que había cambiado sus vidas. Me quedé pensativo tras descubrir que, a veces, su modo de enfocar en las entrevistas los más diversos temas, no siempre encajaba con la idea que tenemos de un converso al catolicismo. Algo estaba sucediendo en el interior de aquellas almas,

que no quería salir al exterior. Esto me sirvió para entender que el converso, pese a todos sus fervores, no es un santo. Hay que desconfiar de los entusiasmos pasajeros. Tras la conversión, se pueden sustituir horas de frivolidad por otras de lecturas apasionadas de libros ascéticos, si bien no está garantizado en modo alguno que unos meses, o unos años después, esas lecturas se vuelvan monótonas y se quiera volver a los entretenimientos del pasado. «Conversión, vida nueva» es una falacia. Somos los mismos, con nuestras virtudes y nuestros defectos. Tampoco Saulo de Tarso se convirtió de una vez y para siempre en el camino de Damasco.

Saulo no había conocido personalmente a Jesús de Nazaret aunque bien podría haber sido, de haber pertenecido al Sanedrín, uno de los que aprobaron su condena y ejecución. Habría coincidido con los sumos sacerdotes y los letrados en que declararse hijo de Dios era la peor de las blasfemias y que debía ser castigada con la muerte (*Mc* 14, 64). ¿Por qué los seguidores de aquel crucificado, uno entre tantos de los ejecutados por los romanos como rebeldes a la autoridad imperial, persistían en sembrar la confusión entre el pueblo de Israel? El celo de un judío instruido y piadoso como Saulo exigía la persecución de los seguidores del Nazareno incluso entre los judíos de la diáspora. Se cumplía la advertencia de Jesús a sus discípulos, y que es una realidad en todas las épocas, de que *«aquel que os dé muerte, pensará que está rindiendo culto a Dios»* (*Jn* 16, 2). Saulo marchaba a Damasco en busca de cristianos, y habría llegado a otros lugares más distantes en su celo por la pureza de la religión judía. Pero Saulo, supuesto instrumento de la justicia de Dios, se encontró con el objeto de su odio en el camino de Damasco. Ese objeto se transformó desde entonces para él en un sujeto: Jesús de Nazaret. Lo resumía muy bien el gobernador romano de Judea, Porcio Festo, ante el que compareció años después: el ciudadano romano Pablo habla continuamente de un tal Jesús, muerto hacía tiempo, y lo presenta como alguien que está vivo (*Hch* 25, 19).

Cuando iba camino de Damasco, Saulo, del que no se puede decir que no fuera hombre con aspiraciones de justicia, se encontró con Alguien infinitamente justo, Alguien capaz de colmarlo todo con la medida del amor. Pese a lo que algunos piensan, el odio al enemigo y la sed de justicia no son compatibles. ¿Cómo puede la justicia, hija de la razón, estar sometida a la arbitrariedad de un sentimiento como el odio? Finalmente Saulo se rindió a la voz de Jesús de Nazaret, y dejó de dar inútiles *«coces contra el aguijón»* (*Hch* 26, 14) para iniciar el camino de su conversión. La conversión del futuro apóstol Pablo no se verifica solo por la fuerza de la luz que le envuelve y le hace caer en tierra (*Hch* 9, 3). Escribirá años más tarde: *«No soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la iglesia de Dios»* (*1 Cor*, 15, 19). Sin embargo, Dios sabe hacer borrón y cuenta nueva.

¿Por qué Lucas, autor de los Hechos de los Apóstoles, relata en tres ocasiones el suceso del camino de Damasco? En dos de estas ocasiones, es Pablo el que habla en primera persona (*Hch* 22, 1-21; *Hch* 26, 4-23). No es un recordatorio más: es la afirmación gozosa de que allí empezó todo, de que ese Cristo que perseguía, cambió su vida para siempre y le transformó en uno de sus grandes apóstoles. La historia de su conversión no es la de un final feliz sino la de un principio feliz.

39

SAN PEDRO APÓSTOL

EL HOMBRE DE LA PROMESA

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). Son las palabras de una promesa mantenida a lo largo de los siglos, y que nos siguen sorprendiendo por el hecho de que se dirigieran a un rudo pescador de Galilea, al que solo su Maestro pudo transformar, pues su fe, al principio, era débil y vacilante. Pedro tuvo muchas ocasiones de presenciar milagros asombrosos como el de la pesca en el lago de Genesaret (Lc 5, 1-11), o la curación de la hemorroisa y la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5, 21-43). Fue incluso testigo privilegiado de la transfiguración de Jesús en el monte Tabor (Mc 9, 2-10). Pero también fue el hombre que negó conocer a su Maestro, en el patio de la casa del sumo sacerdote Caifás, entre juramentos y maldiciones (Mc 14, 66-72).

Pedro es el apóstol reprendido más veces por Jesús, si bien es el mismo Cristo quien lo elige para ser el jefe de su Iglesia. Le hace una promesa asombrosa: la de que la Iglesia sobrevivirá a todas las instituciones humanas. En esa promesa tenía plena confianza un católico como el novelista polaco Henryk Sienkiewicz, autor de *Quo Vadis*, que en 1894 cerraba su famoso libro con estas palabras: «Pasó Nerón, al igual que pasan la tempestad, el incendio y la peste, pero en el monte Vaticano se yergue inmensa la basílica de San Pedro gobernando a la ciudad y al mundo». El escritor había experimentado por entonces toda clase de sinsabores en su vida personal, y la amargura de que, un siglo antes, su patria hubiera sido borrada del mapa de los Estados europeos. Sin embargo, su fe le hacía comprender lo que era perdurable y lo que no. En principio, el Pedro retratado en su novela poco tenía que ver con el Pedro débil y cobarde que nos presentan los evangelios. Sienkiewicz pone en su boca la esperanza y la emoción que le suscitan el recuerdo de Cristo en la tierra, unido a la creencia firme de que su Maestro está vivo y presente junto a los primeros cristianos de Roma. Con todo, la debilidad humana también acecha a Pedro, que huye de la Urbe a causa de la persecución de Nerón. Encontrará a Cristo en la puerta Capena, en la salida a la vía Apia. El Maestro le dirá que vuelve a Roma para ser crucificado de nuevo, ya que Pedro está abandonando el rebaño que le fue confiado. Ni siquiera en esta tradición, situada en vísperas de su martirio, cesa la imagen de la debilidad de Pedro.

Por lo demás, recordemos que una aparente fragilidad ha acompañado a muchos de sus sucesores, expulsados incluso de su sede romana como Pío VI y Pío VII. Fueron

prisioneros de la Francia revolucionaria y napoleónica que, en la euforia de su mesianismo político, llegó a pensar que los tiempos del papado habían tocado a su fin. ¿Y qué decir del siglo XX? Son bien conocidas la anécdota de Stalin preguntado sobre el número de divisiones que tenía el Papa, o las presiones de Hitler sobre Pío XII, que podían haber desembocado en una violación de la soberanía y neutralidad del Vaticano. Eran políticos que bien podían haber hecho suyo el juicio de Kamenev, aquel dirigente soviético de la novela *Las sandalias del pescador* de Morris West. Kamenev no comprendía cómo podía ser objeto de preocupación quién gobernaría un Estado de medio kilómetro cuadrado de superficie.

Nadie está exento de debilidades y flaquezas, ni siquiera el papa. Pero su fe, como la de los demás cristianos, puede transformar la debilidad en fortaleza y confundir los cálculos de los poderosos de este mundo. La fe se alimenta además de la Palabra de Dios, lo que convierte todo pontificado en una gran catequesis. Pedro tenía muy claro lo que es permanente y lo que no. De ahí que cite a Isaías en la primera de sus cartas: «*Se seca la hierba y cae la flor, pero la Palabra del Señor permanece para siempre*» (Is 40,8).

Sobre Pedro recae la responsabilidad última de apacentar el rebaño (Jn 20, 17-18). Es a la vez Pastor y Padre. Representa la continuidad del cristianismo a través de la historia, pese a la obsesión de algunos, llevados por los prejuicios ideológicos o las modas esotéricas, de asegurar que este o aquel es el último papa. Pedro es el depositario de la promesa de Cristo, el hombre que recuerda en la segunda de sus cartas: «*No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión*» (2 Pe 3, 9).

SAN PEDRO POVEDA

MUJERES DE VIDA ACTIVA Y CONTEMPLATIVA

Junto al remanso de paz del santuario de Covadonga, surgió en 1911 la Institución Teresiana, fundada por san Pedro Poveda. Era un capellán de la *Santina*, hombre de profunda unión con Dios y sensibilizado con los problemas de su tiempo, como había demostrado en su anterior destino de Guadix al buscar la evangelización y promoción social de los habitantes de las cuevas de esta localidad granadina. Sin embargo, la esencia de su labor no se centraría tanto en los pobres y marginados como en los cambios sociales que afectaban a la condición de la mujer. Por aquel entonces, algunos se preocupaban por el hecho de que si las mujeres se incorporaban al mundo del estudio y del trabajo, ¿no iría en detrimento de su piedad cristiana? Esto hubiera significado dar argumentos a quienes consideraban la piedad como la expresión de una religión vulgar y rutinaria. Son los mismos que piensan en clave positivista: quien sobresale en la ciencia o la cultura, tiene que dar por superado el estadio primitivo de la religión.

¿Por qué no se podía ser creyente, y al mismo tiempo una persona culta? Es lo que se preguntaría el padre Poveda al rechazar el dualismo absurdo que separaba, tanto en hombres como en mujeres, la personalidad religiosa y la personalidad científica. Por el contrario, aquel sacerdote quería demostrar con hechos que la ciencia podía estar hermanada con la santidad de vida. Hay que subrayar que este dualismo no ha desaparecido por completo en nuestros días, pese a la proliferación de movimientos laicales en la Iglesia, pues responde al viejo prejuicio anticlerical de que el cristianismo es un obstáculo para el progreso científico y social. Recordemos uno de los mensajes de Juan Pablo II en su última visita a España en mayo de 2003, con motivo de varias canonizaciones, entre otros, la del padre Poveda. Afirmaba aquel santo pontífice que se puede ser cristiano y moderno en el mundo de hoy. San Pedro Poveda, gran defensor del diálogo entre la fe y la cultura, y hombre de acción y de contemplación, habría estado completamente de acuerdo en esta observación del papa: «*El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación*».

Uno de los grandes modelos de síntesis entre la vida activa y la contemplativa es santa Teresa de Jesús. Esto explica que el fundador de la Institución Teresiana pusiera su obra bajo el patrocinio de la santa de Ávila que, aunque no fue declarada doctora de la Iglesia hasta 1970, fue siempre un modelo para toda mujer cristiana que quisiera compaginar la cultura y la fe, sin dejar de mantener su lámpara encendida con el aceite del amor de

Cristo encarnado (*Mt 25, 1-13*). Santa Teresa es además la imagen de la mujer prudente y sencilla que se deja transformar por Cristo por medio de la oración y los sacramentos. El padre Poveda no podía encontrar mejor modelo de santidad para proponer a las mujeres de su tiempo que la santa carmelita. En algunas cartas a sus primas Antonia e Isabel, vinculadas a los primeros años de la Institución, les animaba a conocer en profundidad la doctrina de santa Teresa.

Otro de los rasgos inconfundibles del padre Poveda es haber sido un enamorado del estudio. A este respecto, escribió a las universitarias de una residencia de Madrid en 1930: «*Si sois mujeres de fe, estimaréis como deber primordial el estudio, el asiduo trabajo para capacitaros y ostentar dignamente un título que, si os da acceso a puestos sociales de importancia y honores, os obliga a adquirir el bagaje científico necesario para desempeñarlos dignamente y para no engañar a la sociedad*». Todo un contraste con esas teorías pedagógicas que han pretendido separar la enseñanza del estudio, que han arrinconado el afán de saber y de enseñar por el despliegue de toda una panoplia de procedimientos en los que importa más el continente que el contenido. Estas teorías responden, sin duda, a las exigencias de una sociedad que, al considerarlo todo relativo, ha perdido su confianza en el estudio, pues no cree posible que pueda conducirnos a la verdad. Se conforma con el exceso de información, aunque no sea muy rigurosa, aunque nada de esto tiene que ver con la profundización en el conocimiento. Triunfa una supuesta eficacia, el pragmatismo, pero a la vez el hombre se deshumaniza progresivamente. Quizás Pedro Poveda presintió esta situación en su insistente defensa de una sólida formación humana y cristiana.

El enamoramiento de Cristo llevó a nuestro santo a escribir: «*De Cristo podemos copiar todos, sea cual fuere nuestro temperamento, edad, condición, sexo y carrera, y al imitarle no destruimos nuestro modo especial de ser, dado por Dios, sino que lo elevamos y lo santificamos*». Enamorarse de Cristo significa llenarlo todo de Él, ver que el mundo creado por Dios es bueno (*Gn 1,31*). Es vivir una unidad de vida en la que no se puede separar la fe de los saberes, fruto de la inteligencia dada por Dios al hombre. Sobre este particular, el Fundador escribió con trazo enérgico a las mujeres de la Institución Teresiana: «*Si no destacáis por vuestra ciencia, por vuestro saber, habrá que dudar de vuestra virtud y temer por vuestra fe*». No entiende Pedro Poveda de falsas humildades que, en el fondo, pueden servir para disfrazar la pereza con pretexto de obras buenas. Se ajusta a la definición de santa Teresa de que «*humildad es andar en verdad*». En consecuencia, considera incompatible con tener fe y ser piadoso el que un estudiante o un profesional cristiano descuide los libros. El padre Poveda es un apasionado del estudio, entendido como una actividad intelectual que no es estéril, siempre y cuando no lleve a la autocomplacencia, sino a la búsqueda de Dios, pues cree, sin ningún género de dudas, que «*mucha ciencia lleva a Dios, poca nos separa de Él*».

El Fundador buscaba para su Obra vidas humanas, que al mismo tiempo fueran vidas henchidas de Dios. Pensaría acaso en el conocido poema de santa Teresa: «*Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta*». Quien tiene a Dios consigo, nunca sale perdiendo, pues tiene la oportunidad de vivir una vida realmente humana porque su modelo es

Cristo, el Verbo encarnado. Podemos considerar al padre Poveda como un apóstol de la Encarnación. Es alguien que sitúa en el centro de todas las cosas a Cristo y a María, y aspira a *«recapitular todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra»* (Ef 1, 10). Por cierto, este era el lema de san Pío X, el Pontífice reinante en los años que Pedro Poveda era capellán de la basílica de Covadonga.

Los años de Asturias fueron una época de preparación para su tarea fundadora, un tiempo de crecimiento en el amor a Cristo y a su Madre que le acompañará el resto de su vida. *«Soy sacerdote de Cristo»* será su confesión ante los milicianos que fueron a detenerle, tras celebrar su misa diaria, en Madrid el 27 de julio de 1936. Al día siguiente, llevará colgado de forma visible el escapulario del Carmen cuando le fusilen junto a las tapias del cementerio de la Almudena. El padre Poveda fue un testigo que no ocultó su fe en época de persecución, a la que respondería con la misma actitud pacífica de Cristo. En los años anteriores a su muerte promovió toda clase de iniciativas sociales, educativas y culturales, expresión de un deseo de evangelización de una sociedad progresivamente secularizada. Estos afanes de cristianizar los sintetizaría en una de sus expresiones más habituales: *«Creer y enmudecer no es posible»*. Es lo que hizo María, modelo del seguimiento de Cristo, cuyo espíritu proclamó la grandeza del Señor y se regocijó en Dios su Salvador (Lc 1, 46-47).

BEATA MARÍA PILAR IZQUIERDO ALBERO

UN AMOR HASTA LA LOCURA

En la catedral de la Almudena de Madrid se puede observar un cuadro de grandes dimensiones, obra de la pintora cisterciense sor Isabel Guerra. Representa a la beata zaragozana María Pilar Izquierdo Albero, que no tiene una capilla propia en el templo, como la de otros santos vinculados a Madrid. Sin embargo, con este cuadro la religiosa ha visto reconocida su labor en la diócesis por medio de la fundación de la Obra misionera de Jesús y María, que empezó su andadura entre las chabolas de los barrios de Vallecas y Tetuán allá por 1940, en años marcados por las secuelas físicas y morales de la recién terminada guerra civil. Aquella situación fue objeto de preocupación por el entonces obispo de Madrid-Alcalá, el patriarca Eijo y Garay, que animó a voluntarios religiosos y seglares para salir al encuentro de tantas personas necesitadas moral y espiritualmente.

El cuadro de la Almudena recrea distintos momentos de la vida de la Madre Pilar Izquierdo. No podía faltar en él la esbelta silueta de las torres de la basílica del Pilar, pues la Madre, al igual que muchos habitantes de Zaragoza, adquirió desde niña la costumbre de «*ir a ver a la Virgen*». Es esta una expresión que solemos emplear los que hemos nacido en esa ciudad para designar las frecuentes visitas a un santuario en el que la liturgia y la oración personal son constantes en cualquier día del año. La Madre Pilar confesaba en una de sus cartas: «*Un impulso me arrastraba para ir a ver a la Virgen. Te prevengo que era muy tontica y no sabía decirle muchas cositas y no entendía de finezas, de delicadezas y sólo me contentaba con mirarla y rezarle avemarías*». Un ejemplo de cómo María conduce siempre a los cristianos hacia el amor de su Hijo. Así se entiende que en el cuadro, debajo de las torres del Pilar, aparezca Pilar Izquierdo, que todavía no viste un hábito religioso, besando el crucifijo. Besa a su Amado al mismo tiempo que acepta llevar su Cruz, algo que, a lo largo de siglos de cristianismo, sigue siendo «*escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*» (1 Cor, 1, 18). La sabiduría de la Cruz es incomprensible para el mundo, como también resulta extraña para muchos la vida de la Madre Pilar, una de las más dolorosas y sacrificadas que pueden encontrarse en el santoral.

Los sufrimientos físicos empezaron con una rotura de la pelvis en 1926 al caerse de un tranvía. Tres años después, Pilar quedó paralítica, ciega, casi sorda y con varios quistes en todo el cuerpo, a lo que se añadiría una úlcera sangrante en el estómago. El 8 de

diciembre de 1939, en circunstancias que ella y otras personas consideraron milagrosas, alcanzó la curación de la mayor parte de sus dolencias físicas. De hecho, seguiría teniendo diversas limitaciones hasta su muerte en San Sebastián en 1945, a consecuencia de un cáncer de estómago con metástasis hepáticas y peritoneales. Sin embargo, los dolores más profundos fueron los derivados de sus padecimientos morales. Es muy duro soportar la humillación, que acompaña a menudo a la humildad, con mansedumbre y en silencio. La Madre Pilar pasó por la prueba de ser tachada de visionaria, histérica y embaucadora, sobre todo por el hecho de que un tribunal eclesiástico de Zaragoza no reconociera su curación como milagro. La amplia difusión de la noticia en la prensa española de la época provocó además que la Madre fuera vista con recelo en ambientes eclesiásticos. Por si fuera poco, su propia Obra, convertida en Pía Unión, sufrió una división interna que desembocó en la salida de la propia fundadora y de nueve jóvenes, que aparecen representadas en la parte superior derecha del cuadro de la Almudena, junto al padre Daniel Díez García, un religioso agustino considerado como cofundador de la institución. Esta vería reconocido su carisma en la diócesis de Logroño en 1948.

La Madre Pilar se convirtió en signo de contradicción, y es significativo que tuviera que transcurrir medio siglo desde que se produjera una curación en Logroño, atribuida a su intercesión, hasta ser beatificada por Juan Pablo II el 4 de noviembre de 2001. En la ceremonia, el pontífice subrayó: *«En el mundo actual, donde a veces prevalece la búsqueda desesperada del placer y la utilidad inmediata, la Madre María Pilar Izquierdo proclama con sublime elocuencia el valor redentor del sacrificio, libremente aceptado y ofrecido con el de Cristo para la salvación del género humano»*. En su vida se hizo presente la realidad de que el seguidor de Cristo acaba encontrándose con la cruz, pues Él mismo dijo: *«El que quiera seguirme, que tome su cruz y me siga»* (Mt 16,24). Estas palabras recuerdan que el cristiano no es un miembro de una especie de organización humanitaria, ni alguien que se complace consigo mismo porque se siente a gusto cuando está rezando. Antes bien, el cristiano es alguien que, en su vida, se va a encontrar con todo tipo de dificultades, como cualquier ser humano. Pese a todo, vive de la esperanza porque sabe que Cristo ha vencido al mundo (Jn 16,33).

La Madre Pilar era muy consciente del camino señalado por Jesús: *«Mi Rey Divino no quiso goces en la tierra, solo quería morir en la cruz para dar la vida eterna a las pobrecitas almas. ¿Cómo va a quejarse este pequeñísimo gusanillo de todo este sufrir, y de estas espinas que desgarran mi corazón?»* La Madre eligió también el silencio, al igual que Cristo en su Pasión ante las acusaciones y reproches (Mt 26, 63). Rezaba por todos, en especial por quienes le habían cuestionado hasta el punto de hacerle abandonar la Obra. Ofrecería por ellos sus terribles dolencias, pues solo quería acordarse del bien que le habían hecho en otros tiempos.

En la parte inferior izquierda del cuadro que estamos describiendo, podemos ver a Pilar Izquierdo postrada en la cama. Así pasó trece años en una buhardilla de Zaragoza, en la desaparecida calle Cerdán, inmovilizada por la parálisis y la ceguera. Su mayor deseo en aquellos años era poder recibir la comunión, lo que consiguió a partir de 1935, al ser admitida entre las Marías de los Sagrarios, la asociación fundada por el obispo de

Málaga, el beato Manuel González. Esto conllevaba el privilegio de celebrar la misa en casa de las asociadas. Quedaron así colmadas sus ansias de eucaristía en una situación prolongada durante cuatro años hasta su curación. Era una ilusión nacida de lo más profundo de su ser: *«Lo que es toda mi ilusión es amar a nuestro Jesús hasta llegar a morir de amor. No sé cuándo podré saciarme de este hambre que me devora de amar a nuestro Dios y Señor, sí hasta la locura»*. Esta era la clave de la alegría de Pilar en medio de los mayores padecimientos: crecer cada día en el amor a Cristo.

La Obra misionera de Jesús y María, fundada por la Madre Pilar, quería llegar también a los que estaban alejados de la Iglesia, en particular a los que vivían en los barrios pobres de las grandes ciudades, pues quienes buscan a Cristo terminan por encontrarse con sus hermanos los hombres, que son imagen suya (*Mt 25, 31-46*). De ahí que en la parte inferior derecha del cuadro de la Almudena estén representadas unas religiosas de la Obra que visitan unas chabolas, tal y como hacía la Madre Pilar a su llegada a Madrid. Atendían las necesidades materiales de la gente al tiempo que les anunciaban el amor de Cristo, el Hombre nuevo que vino a restaurarles en su dignidad. A este respecto, la Madre escribió: *«El Verbo se hizo hombre de María Virgen por obra del Espíritu Santo. De un modo análogo, el hombre se hace Dios por medio del amor»*.

María Pilar Izquierdo es un modelo en la tierra de la misericordia de Dios con los hombres. Quería que su Obra misionera reprodujera la vida activa del Señor mediante las obras de misericordia. Ella supo practicar tanto las corporales como las espirituales, pese a sus dolencias físicas, y lo hizo con una radiante sonrisa como la que vemos en el tantas veces descrito cuadro de la catedral de la Almudena.

SAN PÍO X

ANUNCIAR A DIOS EN TODO MOMENTO

En el dormitorio de mis padres estaba colgado un cuadro con una gran fotografía en blanco y negro del papa san Pío X, acompañada de una bendición fechada en Roma en 1911, año del matrimonio de mis abuelos maternos. Lo que más me llamaba la atención era el rostro sereno del Pontífice, a quien bien podría aplicarse el dicho de que la cara es el espejo del alma. Tendría setenta y seis años. Pese a todo, su rostro tenía bastante de juvenil, pues ni siquiera por sus cabellos blancos se podría dar por sentado que era un anciano. Desde entonces, he visto muchas fotografías de san Pío X y podría repetir lo mismo. Hay personas por las que no parece pasar el tiempo, y para un creyente la única explicación es que se trata de gente muy próxima a Dios, que llena de alegría su juventud (*Sal* 42, 4). Cabría aplicar a aquel Pontífice lo que decía el obispo san Ambrosio a sus fieles de Milán: «*Te has despojado de la vejez de los pecados y te has revestido de la juventud de la gracia*».

Su juventud en Cristo no ahorró a san Pío X el peso de la cruz. Sufrió especialmente porque intuía hacia dónde iba el mundo de su tiempo, y en particular Europa. Murió un 21 de agosto de 1914 con el dolor de no haber podido evitar la tragedia de la Primera Guerra Mundial, anunciada por tantos años de nacionalismos exaltados y de una vertiginosa carrera de armamentos. Luchaban dos bloques opuestos. Uno decía representar el «partido del orden» frente a las agitaciones revolucionarias, pero bien sabía el Pontífice que el orden construido al margen de Dios no resulta duradero y que la paz solo puede ser obra de la justicia (*Is* 32, 17). El otro bando era el de los herederos de las revoluciones liberales, decidido a construir un mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo y que oscilaba entre un pragmatismo individualista y una creencia casi religiosa en los dogmas políticos. Ese bando no hacía ostentación de Dios en las ceremonias públicas, como el bando rival, aunque pretendía relegarlo dentro, o más bien fuera, de la propia conciencia. Y en todos los casos, más allá de las ideologías al uso, imperaba una enorme voluntad de poder, tremendamente dañina para la paz.

Pese a la aparente sensación de que sus palabras no encontraran el eco esperado, san Pío X era muy consciente de que había que anunciar abiertamente el evangelio de Cristo a una sociedad y a unos gobernantes que creían haberlo superado en nombre de los nuevos dogmas del progreso científico. No compartía la postura de aquellos intelectuales, representantes del llamado modernismo, de separar la fe de la ciencia y la

historia. Ellos solo dejaban para la religión el terreno del sentimiento, con el que pretendían intuir la realidad de Dios. Sobre bases tan frágiles, tarde o temprano, los intelectuales desembocarían en el agnosticismo o en el ateísmo. La «lógica» de la fe cristiana, asentada en la revelación, llevaba al pontífice a afirmar las verdades esenciales, aunque esto le atrajera la incompreensión de algunos de sus contemporáneos y sirviera para trazar una imagen desvirtuada de su pontificado entre personas que vivieron tiempo después. Sin embargo, el mensaje de san Pío X sigue siendo muy válido. Por ejemplo, el cristiano no puede caer en simbolismos, atractivos en su apariencia externa, que diluyan no solo el mensaje sino la propia existencia humana de Jesús. No se puede pasar de la «transfiguración» del mensaje a su «desfiguración». En consecuencia, el lema de aquel pontificado fue *«instaurar todas las cosas en Cristo»* (Ef 1, 10). Era el mundo el que debía conformarse a Cristo, no al revés, si bien debería ser por medio del amor y de forma pacífica, porque Jesús es un rey pacífico.

San Pío X fue además un papa catequista que, en sus audiencias, aprovechaba la oportunidad de instruir en la fe, de un modo tan sencillo como apasionado, a sus oyentes. Una de sus inquietudes continuas, presente en alocuciones y documentos, era extender la devoción a la Eucaristía. En una época caracterizada por la confianza ilimitada del hombre en su propio poder, el pontífice solía citar una de las promesas del discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm: *«Quien come de este pan, vivirá eternamente»* (Jn 6, 51). Por tanto, la Iglesia tenía que vivir de la Eucaristía, pues los primeros cristianos *«perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la fracción del pan»* (Hch 2, 42). Por un respeto mal entendido, que conllevó un enfriamiento de la piedad cristiana, la comunión frecuente había sido abandonada por muchos fieles. En el siglo XVII la influencia del rigorismo jansenista había llegado al extremo de privar de la comunión a los comerciantes y a las personas casadas. Si bien algunos decretos pontificios salieron al paso de dichas prácticas, el abandono de la comunión frecuente estaría extendido por mucho tiempo. A esto se añadía, nuevamente en nombre de un purismo equivocado, el retrasar la primera comunión de los niños hasta los doce años o más. El papa advirtió muy claramente el peligro que existía en privar a los niños de la relación eucarística con Jesús en sus años de mayor inocencia. Esperar podría ser demasiado tarde, porque estarían entrando en la etapa crítica de la adolescencia. Así pues, no había que tener una preparación extraordinaria para recibir la comunión. Bastaba con ser conscientes de a Quién estaban recibiendo en el pan eucarístico. De otro modo, no se entenderían las palabras de Jesús: *«Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, pues de ellos es el reino de los cielos»* (Mt 19, 14).

43

BEATA TERESA DE CALCUTA

AÚN ASÍ

He conservado desde hace años una hoja parroquial que contenía algunos pensamientos de la Madre Teresa de Calcuta. Son reflexiones en las que van juntas una gran determinación y una gran fe, porque solo con fe puede ejercitarse una voluntad que supere el desánimo. Se referían los pensamientos a los inconvenientes de ser amable, honrado, sincero y manifestar abiertamente la propia felicidad. De hecho, una persona que canta, aunque sea en voz baja, mientras hace su trabajo, pueda ser vista como un ser extraño, pese a que la alegría es connatural al cristiano. Lo comprobamos en numerosos pasajes evangélicos, desde el anuncio del ángel a María, en que debe alegrarse la llena de gracia (Lc 1, 28), hasta el encuentro de Jesús resucitado con las mujeres junto al sepulcro y a las que dice «¡Alegraos!» (Mt 28,9). Sin embargo, se diría que el mundo de hoy se ha hecho para los desconfiados, esos a los que supuestamente nadie engañará nunca, los escépticos de toda condición que se pasan la vida repitiendo que nada merece la pena. Ese tipo de personas, por no creer no cree ni en la alegría, aunque a veces la confunde con risotadas y sonrisas burlonas.

Pese a todos los inconvenientes, la Madre Teresa no se dejó impresionar por las miserias de la condición humana, esos defectos que usan algunos para concluir que no hay que obrar el bien, pues la gente es mala. La religiosa conocía el material de que estamos hechos los seres humanos. Ni somos enteramente buenos ni enteramente malos, pero a todas las objeciones ella anteponía un «aún así». Las personas podían ser egoístas, ilógicas, e insensatas, pero *aún así* había que perdonarlas. Ser honrado y sincero conlleva el riesgo de ser engañado, pero *aún así* hay que ser honrado y sincero. Lo que se tarda años en construir, alguien puede destruirlo en un momento, pero *aún así* hay que construir. Estos y otros pensamientos similares de la Madre Teresa culminaban en un auténtico canto a la existencia, libre de pesimismo sobre cualquier mañana incierto: «*Da al mundo lo mejor de ti, aunque eso nunca puede ser suficiente. Aún así, da lo mejor de ti mismo*». He visto estos mismos pensamientos de Teresa de Calcuta citados en otros lugares, pero no siempre estaban completos. De hecho, no explican por sí mismos cuál es el fundamento de esa voluntad férrea, que parece más propia de un imperturbable estoico que de un cristiano. Lo comprenderemos mejor si después de estos consejos de la Madre Teresa, que invitaban a dar lo mejor de uno mismo, leemos la frase final que los remataba: «*Recuerda que, a fin de cuentas, es entre tú y Dios. Nunca fue*

entre tú y ellos».

Dicho de otro modo, el auténtico amor a Dios se desborda en un amor al prójimo sin condiciones. Tampoco las puso un Dios que quiso compartir la condición del hombre. La Madre Teresa, una de las grandes defensoras de la dignidad humana, lo tenía muy presente. Otros, ante las miserias y males del mundo, se han preguntado dónde está Dios. ¿Dónde está ese Cristo tan bueno y misericordioso? Teresa de Calcuta respondería que Cristo puede aparecer como invisible a los ojos de los hombres, pero *«el prójimo es visible y puedes hacer por él todo lo que harías por Cristo si fuese visible»*. Atendiendo a los más pobres de entre los pobres, a los enfermos y moribundos de las calles de Calcuta, la Madre Teresa hizo el descubrimiento de que la verdadera pobreza es la falta de amor, que es al mismo tiempo la peor de las enfermedades. El no ser querido, el ser ignorado o despreciado es una enfermedad mucho peor que la lepra o la tuberculosis. Con todo, hay una diferencia: esta enfermedad del espíritu puede ser curada con el amor, que está al alcance de todos, y en particular de los cristianos si hacen suyo el mandato imperativo de Cristo de amarse unos a otros (*Jn 13, 34*). Más allá de sus resultados materiales, el trabajo de la Madre Teresa, señalado muchas veces por ese estribillo del «aún así», consistía en sembrar semillas para el bien. Era un remedio para no privar de esperanza a un mundo tan desengañado como el nuestro. Con el ejemplo de su vida y enseñanzas, Teresa de Calcuta recuerda a los seres humanos que la misericordia es una de las cualidades de Dios, una bendición para el que la da y para el que la recibe, tal y como señala Shakespeare en *El mercader de Venecia*.

El amor a los demás es inseparable del amor a Cristo. Al ocuparse de los enfermos y necesitados, la Madre Teresa y sus religiosas creían que estaban tocando el cuerpo sufriente de Cristo. Aquel contacto se tornaba heroico. Y es que la Madre Teresa no creía en el amor que no supone esfuerzo, y que no está avalado por el sacrificio. Es algo perfectamente aplicable a todos los amores que existen el mundo, pues el amor es mucho más que un sentimiento. Es un ansia, una voluntad de amar por encima de todo, y está marcado por la alegría, una alegría auténtica incompatible con el egoísmo.

Por otra parte, la relación de la Madre Teresa con Dios era una relación de amor cimentada en la oración, que se convertía en una necesidad a lo largo del día. Amar y orar eran sinónimos para aquella religiosa. A quienes le preguntaban cómo podían amar, les respondía que tenían que rezar. Recordemos el consejo de Teresa de Calcuta al cardenal Angelo Comastri, en sus primeros años de sacerdocio, después de haberle preguntado cuántas horas rezaba al día. Comastri respondió que lo hacía en la Misa, la Liturgia de las Horas y el Rosario, pero la religiosa le contestó: *«Eso no es suficiente. No se puede vivir el amor de forma minimalista»*. Luego, le aconsejó que hiciera media hora de oración junto al Sagrario. Lo decía alguien que pasó por una terrible oscuridad en su vida interior, en la que parecía que Dios le había abandonado. *Aún así*, Teresa de Calcuta se aferraría siempre a la oración.

SANTA TERESA DE JESÚS

NUESTRA MAESTRA EN EL AMOR A DIOS

La historia de Teresa de Jesús es una historia de amor apasionado. Cuando la calificamos de mística, somos incapaces de expresar por entero y con propiedad lo que Teresa experimentaba en su interior. En primer lugar, su amor a Dios desbordaba toda imaginación. Antes bien, su imaginación estaba al servicio de su amor. Quería amar a Dios con su corazón de carne, y su trato con Jesús no se quedaba en disquisiciones teóricas. Era un trato que pretendía asemejarse al que hubiera podido tener con un amor terreno. Después de todo, tal y como afirma la Madre María de San José en su semblanza de la santa, *«tuvo en su mocedad fama de ser muy hermosa y hasta su última edad mostraba serlo»*. Se cuenta que Teresa tuvo pretendientes en su juventud, en la época en que leía libros de caballerías, y sus fantasías le llevaron a escribir una obra de este género con apenas trece años, aunque luego la quemó, pues con dieciocho años ya se había decantado por una vocación religiosa. Su carácter era ingenioso y amable, digno de ser amado. Su confesor, el padre Jerónimo Gracián, decía al respecto: *«a todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos, con los que se hacen a sí mismos y a la profesión aborrecible»*. Aquel sacerdote entendía muy bien que un santo serio y malhumorado es una contradicción en sí misma, por mucho que se revista de buenas obras. Ni Dios ni los demás sabrán apreciarlas porque les falta el bálsamo de la caridad, lo que, a la larga, puede privar a la persona de su camino hacia la santidad. Esta nunca podría entenderse sin la humildad. Por lo demás, las virtudes humanas estaban firmemente arraigadas en Teresa, y algunas de ellas fueron mencionadas por Benedicto XVI en una catequesis dedicada a la santa. Son la afabilidad, la veracidad, la modestia, la amabilidad, la alegría y la cultura. Si leemos los escritos de Teresa, nos daremos cuenta de la presencia de esas virtudes.

Una de ellas es la alegría, que, por ejemplo, puede demostrarse cantando. Cantar es propio de enamorados. Una de las carencias llamativas de nuestro tiempo es que muchas personas han dejado hace tiempo de cantar, pues no están alegres, lo que no es incompatible con ponerse unos auriculares o pasar el tiempo en un local en el que suena una música estridente. A Teresa le gustaba cantar y componer canciones, pues se enfrentaba a la vida no solo con serenidad, sino también con alegría y buen humor. *«Si haces cruces de nada, vivirás crucificada»*, escribió una vez.

La alegría de Teresa tenía un origen sobrehumano, porque nacía de su amor por Jesús, a la vez su Esposo y Maestro. La alegría y la ilusión iban juntas en ella, pues se asemejaba a la novia engalanada para el esposo (*Ap* 21, 2). Confesará en el libro de su vida (V, 27, 12) lo que siente dentro de sí, de un modo que pocos habían sabido expresar: «*No puedo decir lo que siento cuando el Señor me hace experimentar sus secretos. Es el gozo mayor que podemos vivir, todo lo demás se hace pequeño, basura... Y todos los gozos juntos, no son más que una gotita del que nos está reservado en el cielo*». No es extraño que Teresa tenga una profunda sed de Dios, pero es un alma que busca con insistencia, y acaba encontrando al Señor. No buscaba, sin embargo, una mera amistad con Dios. Es una mujer ambiciosa, y tal como nos cuenta en *Las moradas*, y aspira no a una mera unión espiritual, sino a un matrimonio espiritual, donde Dios quede en el centro del alma y la inunde de paz, una paz presente en el saludo de Jesús resucitado a los apóstoles en el Cenáculo (*Jn* 20, 19). Sin embargo, Teresa no practica la pasividad en la vida espiritual. Es incapaz de entender esa actitud que lleva la relación con Dios a un total anonadamiento y que marca las distancias entre la criatura y un Dios todopoderoso. ¿Dónde queda, entonces, el amor?

En cambio, la santa en una de sus obras menos conocidas, *Conceptos del Amor de Dios*, en la que glosa algunos pasajes del Cantar de los Cantares, se deja llevar por un simbolismo nupcial. Expresa de modo apasionado sentimientos que confundirían, sin duda, a algunos eclesiásticos de la época. Se entiende que su confesor, fray Diego de Yanguas, le pidiera que no escribiera más comentarios a las Escrituras. Teresa obedeció, pero nos ha dejado la citada obra, de corta extensión, y que culmina con estas encendidas frases: «*Pues Señor mío, yo no pido otra cosa en esta vida, sino que me beséis con beso de vuestra boca, y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre Señor de mi vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mío y gloria mía, con verdad que son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino (Cant 1, 1)*».

La existencia de Teresa de Jesús es una continua invitación a los cristianos a buscar el trato frecuente con Dios, a caer en la cuenta que es un gran don «*poder tratar a solas con quien sabemos que nos ama*» (Libro de la Vida 8, 5).

SANTA TERESA DE LISIEUX

LA FORTALEZA DE LA FRAGILIDAD

Un verano conocí a un nuevo amigo con profundas inquietudes religiosas, y le pregunté si podía recomendarme algún libro de espiritualidad. Sin dudarlo un instante, mencionó la *Historia de un alma*, la conocida autobiografía de santa Teresa de Lisieux. Sin embargo, cuando me puse a leer aquel libro, me sentí bastante decepcionado. Sus primeras páginas eran demasiado infantiles: expresiones cariñosas de una niña por su papá y hermanitas, sentimientos de tristeza ante la muerte de seres queridos, descripciones poéticas del mar y del campo... No llegué a terminar el libro y lo devolví a una biblioteca. No me gustó calificarlo de cursi, expresión que suele encerrar algo de crueldad, aunque pensé que no era una obra adecuada para los tiempos que vivimos.

No obstante, pasados unos años, mi opinión había cambiado por completo. Me encontraba atravesando por una serie de dificultades a las que no veía salida. Otra persona me recomendó que leyera la *Historia de un alma*. Puse las consabidas objeciones pero al final lo leí y encontré en él una paz muy diferente a la que da el mundo (*Jn 14, 27*). Una paz que nace del convencimiento de saberse un niño muy pequeño en los brazos de su Padre Dios. Experimenté al mismo tiempo un cierto alivio al darme cuenta de que en la vida de aquella religiosa no había ocurrido nada excepcional, ni existía en su carácter una especial predisposición a las acciones heroicas. Una vez más. Dios había exaltado lo pequeño, lo débil y lo insignificante.

Santa Teresa de Lisieux sufrió los zarpazos pequeños y grandes de la vida cotidiana. Pasó por muchísimos instantes de absoluta aridez en su oración, en el coro de su convento, al tiempo que luchaba contra un intenso frío o un sinfín de distracciones. A pesar de todo, Juan Pablo II la proclamó Doctora de la Iglesia el 19 de octubre de 1997. No hizo ninguna aportación especial a la doctrina de la gracia pero, como dijera entonces el papa, «*la enseñanza de Teresa es la expresión luminosa de su experiencia personal de la gracia*».

En nuestras sociedades occidentales abundan las personalidades frágiles, hipersensibles, resignadas, y no pocas veces desesperadas. Es el fruto de la difusión de una mentalidad que predica la autosuficiencia, el no tener que agradecer nada a nadie, las ansias de realización personal rodeadas de supuestos símbolos de poder o de prestigio... ¿Cómo oponer a este estilo de vida la figura de una carmelita muerta en plena juventud? ¿Cómo borrar de la mente de quienes se consideran «adultos» el estereotipo de una

Teresa encaramada en un pedestal y supuestamente ocupada en deshojar lánguidamente pétalos de rosas ante un crucifijo? Esto no es nada nuevo. En 1947, Gilbert Cesbron, un escritor católico, estrenó en París una obra titulada *Romper la estatua*. Con esta pieza teatral, el autor pretendía romper una imagen ajena a la realidad y que sonaba extraña a una Francia que por entonces se dejaba influir por el existencialismo nihilista de Sartre. Cesbron pretendía demostrar que Teresa es una persona muy próxima a cualquiera de nosotros, un ser de carne y hueso con sus alegrías y sufrimientos. En su vida también estuvieron presentes la duda, los sentimientos de fracaso, las sensaciones aparentes de inutilidad e incluso la tentación de la desesperación. En los últimos meses de su enfermedad, Teresa sintió en su espíritu la imposibilidad de rezar, y apenas podía dirigir miradas a la imágenes de la Virgen o de Jesús. Pero también esto es orar porque, pese a estas dificultades no exentas de las más extravagantes tentaciones, Teresa experimentó más que nunca que *«la oración es un impulso del corazón, una simple mirada hacia el cielo, un grito de agradecimiento y amor en medio de la prueba y en medio del gozo»*(*Historia de un alma, cap. XI*).

Santa Teresa de Lisieux demuestra a los cristianos que la santidad es posible. Sin embargo, nunca será el resultado del mero esfuerzo humano. Es más bien la consecuencia de lo que Teresa dice a Jesús con palabras del Cantar de los Cantares: *«Llévame en pos de ti: corramos»* (*Cant 1, 4*). La gloria es fruto de la gracia. Consiste en dejarse llevar por Dios. Es dejarse llevar por la fe, crecer en la confianza y rendirse finalmente ante el Amor.

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ

LA CIENCIA DE LA CRUZ

En el Carmelo se llamó sor Teresa Benedicta de la Cruz. En esos nombres están los ecos de Benito, el gran iniciador de la vida monástica en Occidente, de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, los excelsos maestros de la mística carmelitana que, con sus escritos, abrieron el espíritu de una brillante profesora universitaria al encuentro con Cristo crucificado. No es casualidad que la última obra de nuestra santa se titulara *La ciencia de la cruz*, en expresión tomada precisamente de san Juan de la Cruz. Un título apropiado para la culminación de toda una vida de búsqueda e inquietud, que fue una invitación a configurarse con la imagen del Hijo de Dios entregado por amor a los hombres. Es un recordatorio al cristiano de que, tras los sufrimientos y penalidades de este mundo, aguarda al alma la unión eterna e indestructible con Dios. Pero antes hay que pasar por la cruz, signo del cristiano y «*ciencia muy sabrosa*» que se deja entrever en el Cántico de Juan de la Cruz. Dios enriquecería de modo singular a sor Teresa Benedicta en esa ciencia, pues la gracia divina la transformó en una enamorada de la cruz. Buscó sin descanso en ella, y por medio de ella, al Autor de la Vida.

Sor Teresa Benedicta fue en la vida seglar Edith Stein, una hija de Israel que tuvo que vivir en la turbulenta Alemania de la primera mitad del siglo XX. Fue una época en que las ideologías del irracionalismo produjeron monstruos, un tiempo en que la alianza entre las emociones exacerbadas y los mitos trajo consecuencias letales. Edith Stein era una filósofa formada en la fenomenología de Edmond Husserl, del que fue una de sus discípulas preferidas. Sin embargo, su constante búsqueda de la verdad no quedaba satisfecha con aquella filosofía que, entre otras cosas, quería superar el formalismo kantiano y sus contradicciones. Recordemos que san Justino, otro filósofo y mártir del siglo II, tampoco se conformaba con el platonismo. Ciertas inquietudes intelectuales solo las llena el Dios cristiano, y nunca el Dios inmóvil de los filósofos. El camino de la fe siempre se demuestra más enriquecedor que el pensamiento filosófico, pues nos pone en relación con un Dios Persona que sale al encuentro del hombre. Edith Stein quedaría deslumbrada ante la experiencia de Teresa de Jesús relatada en el *Libro de la Vida*. Allí percibirá la estrecha relación entre libertad y verdad, identificará a Dios con la verdad, y finalmente sentirá la llamada de un Dios amoroso que se dirige a cada uno por nuestro nombre.

Tras aquella clarificadora lectura, Edith tomó inmediatamente la resolución de

estudiar un catecismo y un misal católicos. Vendrán luego el bautismo y las incomprendiones familiares, en particular la de su madre, que fue para Edith la más dolorosa. La señora Stein era una fervorosa judía y como mucho, podía admitir que Jesús había sido un hombre bueno, aunque no Dios, ni el Mesías aguardado por Israel. En cambio, para su hija, Jesús irá tomando progresivamente el rostro encarnado del amor divino. Al final, su gran deseo era convertirse en esposa del Crucificado y por amor, cambiar una prometedor trayectoria intelectual por el sacrificio y la quietud del Carmelo. Con todo, Edith, transformada en sor Teresa Benedicta, no olvidó nunca su condición judía. Pertenece al mismo pueblo que Jesús, un Jesús que siempre amó entrañablemente a los suyos y lloró ante el destino de Jerusalén (Lc 19, 41-44). En la Alemania de Hitler, el pueblo elegido por Dios sufrió persecución a manos de otro pueblo que también se proclamaba elegido, no por Dios, sino por los falsos dioses de la sangre y de la fuerza. Sor Teresa Benedicta de la Cruz no abandonará a sus hermanos de raza, imitará a Cristo y demostrará, como Él, que no hay amor grande que dar la vida por los amigos (Jn 15,13). Así, el 9 de agosto de 1942 entregó su vida en las cámaras de gas de Auschwitz por la Iglesia y la salvación del pueblo judío.

Sor Teresa Benedicta es la demostración de que la fe da al cristiano una seguridad que supera a todo conocimiento natural. Esa seguridad se basa en el Dios Verdad, en el Dios Redentor que ha tomado la condición humana y ha compartido el destino del hombre incluso en el dolor. Jesús y su cruz se han transformado así en el centro de la historia. Lo recuerdan unos versos compuestos por la santa en los últimos años de su vida: *«El que en Getsemaní, bañado en terrible sudor de sangre, luchó con el Padre en fervientes súplicas: Ese es el que consiguió la victoria, entonces se decidió la historia universal»*.

Proclamada copatrona de Europa por Juan Pablo II en 1999, santa Teresa Benedicta de la Cruz Edith Stein había susybrido que se pone en toda evidencia con una Europa que se aleja de sus raíces filosóficas y religiosas. Esta búsqueda de la Eternidad, así como los esfuerzos por dar papeles a los lingüísticos pragmáticos que hizo los siglos de la verdad y el tiempo. Pero al final la realidad del falso Mito y la señalaba su incompleta canonización: *«Este disfraz de la trascendencia que hizo gracias al amor, es inútil en sus categorías abstractas y personificado en Cristo, el Mesías se pone de la verdad, la que autentica a través del dolor, que el que mata la vida (el amor)»*. Hay que tener quietud. Él se las verdades de la gente común, y que a él, han bebido tanta fuerza que nada consiguen a lo que se despara por encima de la verdad. La nobleza del verdadero amor no se ajusta a cualquier clase de mentira, por pequeña que sea. Las causas justas nunca se beneficiarán por faltar a la verdad.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

EL HOMENAJE DE LA RAZÓN A LA FE

En el siglo III el filósofo pagano Celso calificaba a los cristianos de «gente tosca e iletrada». Eran unas personas crédulas y sin preparación intelectual, que habían aceptado sin rechistar la historia de un Dios resucitado por el testimonio de unas mujeres asustadas a la vista de un sepulcro vacío. ¿Qué pensaría el racionalista Celso si descubriera que la razón no goza de buena salud en el mundo de hoy, incluso entre algunos cristianos? La razón, elevada a la categoría de diosa en la Revolución Francesa, yace hoy en tierra, pisoteada por quienes han hecho de lo efímero su principal punto de referencia. Se nos ha dicho que el sueño de la razón produce monstruos, pero no es menos cierto que el triunfo de un nihilismo irracionalista los produce también. El emotivismo que impregna nuestra sociedad puede llevar a muchos cristianos a dejarse llevar por la tentación del fideísmo y a poner la razón entre paréntesis. En tales circunstancias, los reproches de Celso vuelven a cobrar vigencia. El fideísmo lleva a arrinconar el estudio de la Teología y la Filosofía. De hecho se siente más cómodo en círculos cerrados de cristianos temerosos de los embates del mundo exterior, con el consiguiente riesgo de una esterilidad que dificulta la difusión del mensaje cristiano y hace oídos sordos al mandato imperativo del Maestro de «*Id, pues, y haced discípulos de todas las gentes*» (Mt 28, 19).

El fideísmo nace de una abrupta separación entre la razón y la fe. Un racionalista ateo y un fideísta cristiano nunca podrían encontrar entre sí el mínimo punto de contacto. Se entiende que el papa Juan Pablo II tuviera que hacer, en la encíclica *Fides et ratio* un obligado llamamiento a la conciliación entre la fe y la razón. No pudo dejar de recordar a santo Tomás de Aquino, ejemplo de unión admirable entre la Filosofía y la Teología, el hombre que demostró que también se puede llegar a Dios mediante el recto uso de la razón. Si solo pudiéramos llegar a Él mediante la revelación, el cristianismo tendría mucho de religión del Libro, al igual que el judaísmo o el islamismo. Chesterton, autor de un sorprendente e ingenioso libro —que no biografía— sobre santo Tomás, escribió en 1933 que el siglo XX redescubrió la teología racional tomista porque había descuidado la razón. El mundo se estaba volviendo tan irracional que el cristianismo había regresado bajo la forma de un maestro de lógica.

La vocación de santo Tomás a la orden dominica fue una llamada de la fe. Esa fe le hizo también llevar con singular entereza un año de prisión en el castillo de su familia

paterna, recluido por sus propios hermanos que consideraban deshonoroso para su casa nobiliaria el que Tomás profesara en una orden religiosa. Tras las pruebas sufridas por causa de la fe, llegó el tiempo de la inteligencia, los años de aprendizaje en Colonia junto a san Alberto Magno. Allí, aquel joven corpulento y silencioso, se ganó de sus compañeros el apelativo de «buey mudo». Solo san Alberto supo darse cuenta enseguida de la categoría de un «buey» que, cuando empezara a mugir, asombraría al mundo entero. Con todo, llegó un día, pocos meses antes de su muerte, en que Tomás volvió a su celda, después de celebrar la misa, y manifestó a sus hermanos religiosos que no iba a seguir escribiendo. Lo decía quien había llegado a las cumbres más altas del pensamiento con la *Summa Theologica*, pero ahora afirmaba: «*Todo lo que he escrito me parece como paja comparado con lo que he contemplado y con lo que me ha sido revelado*». Esto explica que la *Suma* sea una obra inacabada y de carácter fragmentario.

¿Quién podría abarcar a Dios únicamente con la razón humana? De hecho, en la *Suma Teológica* podemos leer que no podemos saber lo que es Dios, sino más bien lo que no es. Un gran estudioso de santo Tomás, el filósofo Josef Pieper, nos recuerda que esto no supone caer en una especie de «agnosticismo». Santo Tomás no opina que sea imposible conocer a Dios ni a las cosas. Por el contrario, son tan cognoscibles que nunca podremos agotar la tarea de conocerlos. En consecuencia, conviene desconfiar de aquellos que presumen haber encontrado la fórmula perfecta para arreglar los problemas del mundo. El sistema filosófico perfecto tampoco existe.

El autor de la *Suma Teológica* supo además rendirse ante la fe, especialmente ante ese *mysterium fidei* de la Eucaristía. Se cuenta que, en ocasiones, Tomás acostumbraba a acercar su descomunal cabeza al sagrario para manifestar así que quería llenarse de la ciencia de Dios. Sin embargo, no se quedó en gestos. Sus palabras y su pluma cantaron a la Eucaristía como nadie lo hiciera antes. Aceptó el encargo de Urbano IV de componer un himno eucarístico en 1264, con motivo de la recién instituida fiesta del Corpus Christi. Más de siete siglos después, tres de las seis estrofas de este himno se siguen cantando en la bendición con el Santísimo. Millones de personas han entonado el *Pange lingua* y el *Tantum ergo*. Pero, ¿cuántos han meditado sobre ese gran testimonio de fe que encierran esas palabras latinas? Tomás escribió: *Praestet fides supplementum sensuum defectui*. Aquí la razón de un gran estudioso rinde homenaje a la fe. La razón sabe anonadarse ante el gran misterio. La razón se hace humilde ante la Eucaristía, pues en ella reside la Sabiduría que siempre estuvo buscando.

SANTO TOMÁS MORO

UN AMIGO PARA TODAS LAS HORAS

Los seres humanos tenemos la tendencia a idealizar la amistad y buscar en ella grandes expectativas, pero si algún día se ven decepcionadas, nuestro desconsuelo es grande y no exageramos al decir que puede ser igual o mayor que la pérdida de un ser querido. Quizás se deba a que desde la adolescencia valoramos mucho tener amigos íntimos que sean nuestros confidentes. Una pelea o una traición nos hierde profundamente, pero lo que verdaderamente nos entristece es saber que esa persona, que está viva y no ha muerto, ha dejado de ser amiga nuestra. No siempre es así, pues hay amigos para toda la vida. A lo mejor, no se han visto en años, aunque al reanudar el contacto, son tan amigos nuestros como lo fueron el primer día. La amistad se cultiva, ciertamente, pero por si alguna circunstancia se hubiera marchitado, en nuestras manos estará tomar la iniciativa para que la amistad siga dando agradables frutos.

El hombre de compañía agradable, en opinión de Erasmo de Rotterdam, es aquel a quien los antiguos llamaban «un hombre para todas las horas». De hecho, en los relojes de sol se podía leer esta inscripción latina *Amicis quaelibet hora*, para los amigos, cualquier hora. Es una forma de expresar que el amigo es alguien buscado y que se deja buscar. Un verdadero amigo es alguien que brinda no solo su presencia o sus palabras sino que, sobre todo, nos abre su corazón. Es alguien de puertas abiertas, cualidad siempre apreciable en un tiempo como el nuestro que parece no haber sabido superar aquel eslogan de Sartre de «El infierno son los otros». Erasmo tuvo un gran amigo, Tomás Moro, jurista, humanista y con responsabilidades públicas en sus años de Lord Canciller de Inglaterra. En una carta dirigida en 1519 a Ulrich von Hutten, el humanista holandés hizo un retrato físico y psicológico de Moro que no tiene parangón. Tras su lectura, nos dan ganas de decir que nos gustaría tener un amigo así. La descripción la hizo Erasmo a petición de Hutten, que era un gran admirador de los escritos del humanista inglés.

En la carta encontramos descrito al hombre erudito, al que hace vida de familia y es apreciado en sociedad, al erudito que es brillante escritor y ameno disertador. Sin embargo, lo más llamativo es el elogio que Erasmo hace sus cualidades de amigo: *«Parece haber nacido y haber sido hecho para la amistad; nadie tiene un corazón más abierto y sincero para hacer amigos o más tenacidad para conservarlos... Para todos tiene el camino abierto a un lugar en su afecto. En la elección de amigos no es difícil de*

complacer; en sostener la amistad es el más flexible de los hombres; y en mantenerla es el más persistente... Si alguien busca un ejemplo perfecto de verdadera amistad, en ninguna parte lo encontrará con más provecho que en Moro». Quien crea que la amistad no cuesta esfuerzo, es que está confundiendo la amistad con la complicidad. La amistad es una planta que requiere de laboriosos cuidados y de no poca paciencia. Hay personas que se asombran de la amistad entre personas con diferentes ideologías o religiones, aunque lo realmente asombroso es que se asombren.

Tomás Moro era un hombre amable y cortés, pero la correcta explicación de su conducta no reside en la educación recibida ni en sus inclinaciones humanistas y cosmopolitas. Más allá de estos o aquellos rasgos de su carácter, Moro es un auténtico amigo porque es a la vez un auténtico cristiano. De ahí que Erasmo tampoco oculte su condición de hombre piadoso: *«No descuida la práctica de la piedad verdadera, pero está muy lejos de toda superstición. Tiene sus horas en las que dice a Dios sus oraciones, y no por mero hábito sino salidas desde dentro. Habla con amigos sobre la vida del mundo que ha de venir y lo hace de tal manera que reconoces que está hablando con convicción y con buena esperanza. Y Moro es así hasta en la Corte. ¡Y hay quienes piensan que solo se encuentran cristianos en los monasterios!»*. A este respecto, se cuenta la anécdota de que alguien criticó sus prácticas de piedad en la Corte, pero Tomás Moro replicó con fina ironía: *«No es posible que disguste al rey mi señor por rendir público homenaje al Señor de mi rey»*.

Cabría añadir que los verdaderos amigos son aquellos que siempre dicen la verdad, pues de otro modo no serían amigos auténticos. No tuvo reparo Moro en decirle a Enrique VIII en lo relativo a sus pretensiones para conseguir el divorcio de su esposa Catalina de Aragón. Por razones de conciencia, se enfrentó al monarca que le había honrado con su amistad porque apreciaba sus cualidades de hombre íntegro y gran intelectual. Está claro que Moro no compartía aquella expresión del historiador Tácito en sus *Anales*, al relatar el reinado del emperador Augusto, y que daba por sentado que la amistad lleva consigo la adulación. Por el contrario, Tomás Moro está más cerca del buen amigo de la parábola en que un amigo inoportuno le despierta a medianoche para pedirle prestado tres panes para agasajar a un visitante inesperado (Lc 11, 5-8). Es de los que se habrían levantado de la cama para dar al inoportuno todo lo que le pidiera. Bien sabía Moro que los amigos son ladrones de horas, pero él era un amigo para todas las horas. Un auténtico discípulo de Cristo es siempre un buen amigo.

SAN VICENTE DE PAÚL

CARIDAD Y APOSTOLADO

Hace años compré un libro francés en una librería anticuaria, e ignoro si se tradujo alguna vez al castellano. Estaba escrito por André Frossard y fue editado en París en 1960. Era una biografía de San Vicente de Paúl, una cuidada edición plastificada y en tela con numerosas ilustraciones en blanco y negro. Me llamó la atención que en el extremo de una de las fotografías de la iglesia donde el santo celebró su primera misa, había una dedicatoria con una letra quizás femenina y, sobre todo, bien cuidada. Estaba fechada en Orleáns en 1963 y en ella, seguramente una madre, felicitaba a su querido hijo A. L. con motivo de su cumpleaños.

Pensé en el ambiente católico de la Francia del Loira, en una ciudad cargada de referencias a la Edad Media y sobre todo a Juana de Arco. Pero en los siglos XIX y XX, la revolución industrial marcó el triunfo de la Francia periférica, la de París, Lyon y Marsella, y se impusieron otros valores muy distintos a los de una sociedad marcada por el peso de los siglos. Las tormentas político-sociales de los años 60 y 70 del siglo pasado afectarían finalmente a la Francia católica de provincias. Acaso ahí resida la explicación de cómo había ido a parar a una librería anticuaria madrileña la biografía de un santo bien conocido en España, del que no se ha confirmado con seguridad que cursara estudios universitarios en Zaragoza en 1596, hecho que omiten algunas biografías o ponen en duda otras. Sea como fuere, el santo conoció la lengua castellana, pues entre sus lecturas de místicos españoles, figuraba una primera edición de las obras de santa Teresa. Era una santa que le atraía de modo especial, pues en alguna ocasión recordaba a las monjas de la Visitación: «¿Quién sabe si el Señor no os llama a ser otras santa Teresa?».

Como la de otros santos, la vida de san Vicente se va configurando a través de las palabras del evangelio. En su caso, le quedarán muy grabadas estas: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). Vicente de Paúl conoció personalmente algunas facetas del sufrimiento humano, pues él mismo fue cautivo de los piratas berberiscos en Túnez, y tras una serie de aventuras, pudo regresar a Francia. Comprobó sobre el terreno la miseria moral y material de los campesinos, la soledad y la indefensión de los enfermos, los desoladores efectos de las luchas entre católicos y protestantes, la confusión doctrinal y el devastador pesimismo de las teorías jansenistas, las ambiciones y maquiavelismos de políticos en hábito eclesial como

Richelieu y Mazarino... En definitiva, su vida fue la de un hombre de acción, y no la de un mero autor de tratados de espiritualidad. Sin embargo, el hombre de acción cristiana bebió en las fuentes del evangelio y de los místicos; y se adentró en los misterios de la fe al considerar con frecuencia en su predicación cuestiones referentes la Santísima Trinidad.

En la meta de sus actuaciones nunca perdió de vista el fin último. Así, por ejemplo, rectificó estas palabras en uno de sus sermones: «*rescatar las almas del pecado y atraerlas hacia el bien*». Redujo la frase a las palabras «*atraerlas hacia el cielo*». De hecho, solía decir que no le bastaba con amar a Dios si su prójimo no lo amaba. Su apostolado no estaba en la línea de una simple mejora de las condiciones materiales o ambientales de la gente. Si no cambian los espíritus, es imposible modificar al hombre. De ahí que la labor asistencial de las instituciones de la Iglesia, como las promovidas por san Vicente de Paúl, sea una labor de caridad, una labor que ha de ver realmente a Jesús en los pobres y en los enfermos. Ellos son Él. Esta es la clave de la eficacia en lo humano y en lo espiritual, en la asistencia material y en el apostolado. San Vicente escribía a sus seguidores: «*Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea con el esfuerzo de nuestros brazos y el sudor de nuestra frente*». El amor es, ante todo, un servicio a los demás, en la caridad de Cristo.

Se diría que la época de nuestro santo, el siglo XVII, no fue un buen momento para los cultivadores de la humildad y la piedad cristianas. Los príncipes cristianos habían adoptado, a base de malabarismos con su conciencia, el dogma de la razón de Estado. Razón y Estado darán nombre en los siglos siguientes a dos dioses con frecuencia sedientos de sangre. Richelieu habría dicho que «la razón de Estado exige...» y así se justificaba la alianza de la católica Francia con turcos y protestantes. San Vicente de Paúl, en cambio, tenía un sentido más profundo de la historia y de la vida que cualquier político de su época. Quien ha hecho de toda su vida un servicio, ve los acontecimientos con esa tranquilidad nacida de la humildad cristiana. El santo puede decir: «*Dios quiere que sea así*». Dios no produce temor, pero sí la razón de Estado.

El carisma de este santo se fundamenta en el amor y la humildad. No es casualidad que san Vicente de Paúl venerara desde niño imágenes de la Virgen María colocándolas en el hueco de los árboles y se arrodillara para rezar ante ellas. Tuvo una buena Maestra en el amor y la humildad.

BEATO VLADIMIR GHIKA

LA LITURGIA DEL PRÓJIMO

Un sacerdote amigo, destinado en Rumania, me habló una vez de un hombre excepcional, un puente de unión entre católicos y ortodoxos, y que fue beatificado en Bucarest el 31 de agosto de 2013. Su biografía es apasionante y sus escritos, no muy conocidos fuera de Rumania o Francia, me llevaron a profundizar en un personaje del que he hablado a mucha gente. Es al lector a quien corresponde ahora descubrirlo y beber en la fuente de su rica espiritualidad aplicada a la vida cotidiana.

El invierno de 1953 a 1954 fue particularmente terrible en una de las celdas de la prisión de Jilava, próxima a Bucarest, donde se hacinaban más de cuarenta prisioneros, víctimas del régimen comunista. Las gélidas temperaturas, unidas a las escasas raciones de víveres y las deficientes condiciones sanitarias, pesaban sobre el ánimo de los encarcelados, aunque no mucho más que su desasosiego, en el que los miedos al futuro inmediato se mezclaban con los recuerdos de las torturas y humillaciones sufridas. Sin embargo, quienes sobrevivieron a aquella prisión, nunca olvidarían a un anciano de ochenta años, que contribuyó a despertar su esperanza, y al que consideraron un enviado de Dios en un lugar habitado por sombras de muerte. Les escuchaba, confesaba y ayudaba a rezar, y levantaba su ánimo con anécdotas de una vida marcada por una infinitud de relaciones sociales y amplios saberes humanos. Quizás también les recordara lo que una vez escribiera en uno de sus libros de pensamientos: «*Si existo es porque Dios me ama*».

Era monseñor Vladimir Ghika, sacerdote católico y descendiente de familia de príncipes de Valaquia y Moldavia, que contribuyeron a forjar una Rumania independiente en el siglo XIX. Representaba, por tanto, todo lo más odiado por el gobierno de Gheorghe Gheorgiu-Dej, preconizador de un comunismo nacional, aunque no menos estalinista en sus métodos que sus colegas soviéticos. Los comunistas hubieran querido que Ghika confesara ser un espía del Vaticano y que dejara su fe católica para unirse a una iglesia ortodoxa manipulada por el régimen. Sin embargo, no consiguieron doblegarle y en consecuencia, le condenaron a tres años de prisión. Moriría en total soledad humana, aunque muy próximo a ese Dios sufriente que había visto en tantas personas, en la enfermería de Jilava el 16 de mayo de 1954.

Ghika podía haber evitado aquella situación. Hubiera bastado con volver a París poco antes, cuando los comunistas maniobraban para hacerse con los resortes del poder en

Rumania. Después de todo, los años de entreguerras en la capital francesa habían sido inolvidables para él. Un tiempo para cultivar la amistad de grandes intelectuales de la época como Maritain, Bergson, Claudel o Mauriac, pero además para atender espiritualmente a la diáspora de los exiliados del este de Europa, particularmente los rusos, en la actual iglesia de Saint Ignace, en la rue de Sèvres, e incluso para vivir una experiencia, muy próxima a la de Charles de Foucauld entre los tuaregs, en el barrio marginal de Villejuif. Allí llegaría a habitar en una barraca para acercarse a unas gentes alejadas de Dios y de los demás hombres. París había sido además el lugar de su ordenación sacerdotal en 1923, con cincuenta años, y el punto de partida para una actividad apostólica a lo largo del mundo con escalas en EEUU o Japón. Su labor era completada por sus libros, entre los que tuvieron un gran éxito aquellos que recogían los pensamientos que iba anotando en hojas de bloc o en sobres, y a los que luego daba forma definitiva. Eran llamadas de atención a una sociedad no pocas veces frívola y aburrida. Ghika consideraba el aburrimiento como una forma de cobardía, aunque a la vez lo consideraba como un signo de la vocación divina del hombre.

Aquel París podía haber colmado las expectativas de muchas vidas, pero Ghika eligió quedarse en Rumania desde el verano de 1939, cuando la II Guerra Mundial era inminente. Quería quedarse para aliviar el sufrimiento de tantas personas, compatriotas o refugiados, durante el conflicto y en los años que seguirían con la llegada del comunismo. «*No es Dios quien se oculta, son las cosas las que nos lo ocultan*», había escrito en sus años parisinos. Y seguía pensando lo mismo. Los horrores inhumanos de aquel tiempo no eclipsaron a Dios. Seguía estando presente, entre otras cosas, porque «*nada hace a Dios tan próximo como el prójimo*».

Vladimir Ghika acuñó la expresión «liturgia del prójimo», que también calificó de «liturgia de la necesidad», quizás influenciado por el espíritu de las hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl, a las que ayudó a instalar un dispensario en la Rumania de hace un siglo. Su encuentro con los pobres y necesitados de todas clases era una prolongación de la misa celebrada a diario. De Ghika podía decirse que luchaba por tener unidad de vida. Lo vemos en otro de sus pensamientos: «*Para ser perfecto, es preciso que tus oraciones sean verdaderas acciones y tus acciones verdaderas plegarias*». Al encontrarse con los necesitados, tenía la convicción de que era el momento de la unión entre el Cristo salvador y el Cristo sufriente. De la integración de ambos surgiría un Cristo resucitado y glorioso.



© 2014 *by* Antonio R. Rubio Plo
© 2014 *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá 290, 28027 Madrid
www.rialp.com

Conversión ebook: [MT Color & Diseño, S. L.](#)
ISBN: 978-84-321-4415-8

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Índice	3
Prólogo	6
Introducción	8
1. San Agustín	10
2. San Alberto Hurtado	12
3. San Alberto Magno	15
4. Santa Ángela de la Cruz	17
5. San Antonio de Padua	19
6. San Antonio María Claret	21
7. San Benito de Nursia	23
8. San Bernardo	25
9. Santa Brígida de Suecia	28
10. San Buenaventura	30
11. Santa Catalina de Siena	33
12. San Cayetano	35
13. San Charbel Makhlouf	37
14. Santos Cirilo y Metodio	39
15. Santo Domingo de Guzmán	42
16. San Francisco de Asís	45
17. San Francisco Javier	47
18. San Francisco de Sales	49
19. Santa Genoveva Torres Morales	52
20. San Ignacio de Loyola	55
21. Santa Isabel de Hungría	57
22. Santa Isabel de Portugal	59
23. San José	61
24. San José de Calasanz	63
25. San Josemaría Escrivá de Balaguer	66

26. San José María Rubio Peralta	68
27. San Juan de Ávila	71
28. San Juan Bautista de la Salle	74
29. San Juan de la Cruz	77
30. San Juan de Dios	79
31. San Juan María Vianney	81
32. San Juan XXIII	83
33. San Juan Pablo II	86
34. Santa Juana Francisca de Chantal	88
35. Santa Luisa de Marillac	91
36. Santa Maravillas de Jesús	94
37. Santa María Magdalena	97
38. San Pablo apóstol	99
39. San Pedro apóstol	101
40. San Pedro Poveda	103
41. Beata María Pilar Izquierdo Albero	106
42. San Pío X	109
43. Beata Teresa de Calcuta	111
44. Santa Teresa de Jesús	113
45. Santa Teresa de Lisieux	115
46. Santa Teresa Benedicta de la Cruz	117
47. Santo Tomás de Aquino	119
48. Santo Tomás Moro	121
49. San Vicente de Paúl	123
50. Beato Vladimir Ghika	125
Créditos	127